EL MAYOR MONSTRUO
LOS ZELOS,
Y
TETRARCA DE JERUSALEN.

PERSONAS.

El Tetrarca.
Octaviano.
Aristóbulo.
Filipo.
Tolomeo.
Un Capitan.
Polidoro, gracioso.
Mariene.
Sirene.
Libia.
Arminda.
Soldados, y Músicos.

La mayor parte de la escena es en Jerusalen.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE MARINA.

El Tetrarca, Mariene, Libia, Sirene y Filipo.

Música.

La divina Mariene,
el sol de Jerusalen,
por divertir sus tristezas,
vió el campo al amanecer.
Las aves, fuentes, y flores
la dan dulce parabien,
repitiendo por servirla,
al aire una y otra vez,
sea triunfo de sus manos
lo que es pompa de sus pies:
fuentes, sus espejos sed,
corred, corred, corred,
aves, su luz saludad,
volad, volad;
flores, paso prevenid,
vivid, vivid.

Tetrarca.

Hermosa Mariene,
á quien el Orbe de zafir previene
ya soberano asiento,
como estrella añadida al firmamento,
no con tanta tristeza
turbes el rosicler de tu belleza:
¿qué deseas? ¿qué quieres?

¿ qué envidias ? ¿ qué te falta ? ¿ Tú no eres,
amada gloria mia,
Reyna en Jerusalen ? ¿ Su Monarquía,
en cuanto ciñe el sol, el mar abarca,
no me aclama su ínclito monarca,
como dan testimonio
letras de Marco Antonio,
y firmas de Octaviano ?
por qué los dos intentan aunque en vano,
repartir el imperio,
que dilata y estiende su emisferio
desde el Tiber al Nilo;
y yo con cauto pecho y doble estilo,
¿ de Antonio no defiendo
la parte, porque asi turbar pretendo
la paz, y que la guerra
dure, porque despues cuando la tierra
de sus huestes padezca atormentada,
y el mar cansado de una, y otra armada,
pueda yo declararme,
y en Roma, tú á mi lado, coronarme ?
¿ Tu hermano y Tolomeo,
no son á quien les fio mi deseo,
y ley de mi alvedrío;
pues con los dos socorro á Antonio envió ?
Y en tanto ¡ ó cielo hermoso !
que al triunfo llega el dia venturoso,
¿ no estás de mi adorada ?
¿ de mis gentes no estás idolatrada ?
¿ no habitas esta Quinta,
que sobre el mar de Jope el cielo pinta ?
Pues no tan facilmente
se postre todo el sol á un accidente :
liberal restituya tu alegria
su luz al alba, su esplendor al dia,

su fragancia á las flores,
al campo sus colores,
sus matices á Flora,
sus perlas á la aurora,
su música á las aves,
mi vida á mí, pues con discursos graves
á zelos me ocasionan tus desvelos;
no sé qué mas decir, ya dige zelos.

Mariene.

Tetrarca generoso,
mi dueño amante, y mi galan esposo,
ingrata al cielo fuera,
y á mi ventura ingrata, si rindiera
el sentimiento mio
á pequeño accidente su alvedrío.
La pena que me aflige,
de causa ¡ay cielos! superior se rige;
tanto, que es todo el cielo
depósito infeliz de mi desvelo,
pues todo el cielo escribe
mi desdicha, que en él grabada vive
en papel de cristal con letras de oro;
no con causa menor mi muerte lloro.

Tetrarca.

Ahora entiendo menos y mas dudo
el mio, y tu dolor; y si es que pudo
tanto mi amor contigo,
hazme ya de tu mal, mi bien, testigo;
sepa tu pena yo, porque la llore,
y mas tiempo no ignore
muerte, que ya con mis sentidos lucha.

Mariene.

Nunca pensé decirlo, pero escucha.
Un doctísimo hebreo
tiene Jerusalen; cuyo deseo

siempre ha sido estudioso
apresurar al tiempo presuroso
la edad, como si fuera
menester acordarle que corriera.
Este, pues, vigilante,
en láminas leyendo de diamante
caractéres de estrellas,
hoy los futuros contingentes de ellas
á todos adelanta:
tanta es la fuerza de su estudio, tanta,
que es oráculo vivo
de todo este cuaderno fugitivo,
que en círculos de nieve
un soplo inspira, y un aliento bebe.
Yo, que muger nací (con esto digo
que amiga de saber) docto testigo
le hice de tu fortuna, y mi fortuna;
porque viendo, que al orbe de la luna
hoy empinas la frente,
el futuro previne contingente.
Con el mio juzgó tu nacimiento,
y á los delirios de la suerte atento,
hallé..... aquí el labio mio
torpe muda la voz, el pecho frio
se desmaya, se cansa y desfallece,
y aquí todo mi cuerpo se estremece.
Halló, en fin, que sería
trofeo injusto yo ¡qué tiranía!
de un monstruo el mas cruel, horrible y fuerte
del mundo: halló tambien, que daria muerte
(¿qué daño no se teme prevenido?)
ese puñal, que ahora traes ceñido,
á lo que mas en este mundo amares:
mira si tales penas ni pesares
tan grandes, es forzoso,

que tengan mi discurso temeroso,
muerta la vida y vivo el sentimiento;
pues infaustos los dos, con fin sangriento,
por ley de nuestros hados,
vivimos á desdichas destinados;
tú, porque ese puñal será homicida
de lo que mas amares en tu vida;
y yo, siendo con llanto tan profundo
trofeo del mayor monstruo del mundo.

Tetrarca.

Bellísima Mariene,
aunque este libro inmortal
en once hojas de cristal
nuestros discursos contiene,
dar crédito no conviene
á los secretos que encierra;
que es ciencia que tanto yerra,
que en un punto solamente
mayores distancias miente,
que hay desde el cielo á la tierra.
De esa ciencia singular
solo se debe saber
el mal que se ha de temer:
mas no el que se ha de esperar;
sentir, padecer, llorar,
desdichas que no han llegado,
ya lo son, pues tu cuidado
no puede haberte oprimido,
despues de haber sucedido,
á mas que haberlas llorado.
Y si ahora tu desvelo,
lo que ha de suceder llora,
tú haces tu desdicha ahora
mucho primero que el cielo;
que llorar con desconsuelo,

por imaginada dicha,
ó la desdicha, ó la dicha,
ya es hacer cara en rigor,
pues no hay desdicha mayor,
que el esperar la desdicha.
Con otro argumento yo
vencer tu dolor quisiera:
si ventura acaso fuera
la que el Astrólogo vió,
¿diérasla crédito? = no,
ni la estimáras, ni oyeras;
¿pues porque en nuestras quimeras
han de ser escrupulosas,
las venturas mentirosas,
las desdichas verdaderas?
Dé crédito el llanto igual
al favor, como al desden:
ni aquel dudes porque es bien
ni este creas porque es mal:
y si en argumento tal
no estás satisfecha, mira
otro, que al discurso admira.
Esta prevista crueldad,
ó es mentira, ó es verdad;
dejémosla si es mentira,
pues nada nos asegura;
y aunque sea verdad, vamos,
porque siéndolo, arguyamos.
que es el saberla ventura;
ninguna vida es segura
un instante: cuantos viven,
en su principio aperciben
tan contados los alientos,
que se cumplen por momentos
los números que reciben.

Yo, en aqueste instante no
sé si mi cuenta cumplí,
ni si la ví ya: tú si,
á quien el cielo guardó
para un monstruo: luego yo
llorar deberia ignorante
mi fin; tú no, si este instante
á ser tan dichosa vienes,
que seguro el vivir tienes,
pues no está el mónstruo delante.
Y pasando al fundamento
de lo que sabes de mí,
¿cómo es compatible, dí,
que aqueste puñal sangriento
dé en ningun tiempo violento
muerte á lo que yo mas quiero,
y á tí un monstruo? Ver no espero
cosa de mí mas querida;
luego amenaza tu vida
aquel monstruo y este acero.
Pues si hoy el hado importuno,
que es de los gentiles Dios,
te ha amenazado con dos
fines, no temas ninguno:
no hay mas rigor para el uno,
que para el otro piedad;
luego será necedad
temer al rigor atenta,
cuando es fuerza que uno mienta,
que el otro diga verdad;
y porque veas aquí
como mienten las estrellas,
y que triunfar puedo de ellas,
mira el puñal.

Mariene.

¡Ay de mí!
tente, señor.

Tetrarca.

¿De que así
tiemblas, dí?

Mariene.

Mi muerte advierte
mirarle en tu mano fuerte.

Tetrarca.

Pues porque no temas mas,
desde hoy inmortal serás:
yo haré imposible tu muerte.
Sea el mar, campo de yelo,
sea el orbe de cristal
de este funesto puñal,
monstruo acerado del suelo,
sepulcro. (1)

Dentro Tolomeo.

¡Válgame el cielo!

Mariene.

¡O que voz tan triste he oido!

Filipo.

Ayre, y agua han respondido
con asombro, ó con desmayo.

Libia.

El trueno fué de aquel rayo
un lastimoso gemido.

Mariene.

¡Qué mucho que á mí me asombre
acero tan penetrante,
que hace heridas en las ondas,
é impresiones en los aires!

---

(1) *Arroja el puñal al mar.*

Tetrarca.

Los pequeños accidentes
nunca son prodigios grandes;
acaso la voz se queja;
y porque te desengañes
iré á saber lo que ha sido,
penetrando á todas partes
las entrañas de los montes,
los cóncavos de los mares.

ESCENA II.

Mariene y Libia.

Mariene.

Toda soy horror.

Libia.

El mar
es monumento inconstante
de un mísero, que rendido
entre sus espumas trae.

Sirene.

Ya tu esposo, el gran Tetrarca,
con generosas piedades
movido: al bajel humano
ha dado puerto en la margen.

Mariene.

El puñal que fue cometa
de dos esferas errantes,
harpon del arco del cielo,
clavado en un hombro trae.

Libia.

Tolomeo es; ay de mí!
mas bastaba ser mi amante
para ser tan infelice;

¡ qué prodigio tan notable!
¡ qué espectáculo tan triste!

Mariene.

¡ Qué asombro tan admirable!
vamos de aquí, que no tengo
ánimo para mirarle.

ESCENA III.

El Tetrarca, Filipo y los criados que traen á Tolomeo con el puñal clavado.

Tetrarca.

Ya del mar estais seguro,
infelice navegante,
así la mortal herida
diera lugar á mis males.

Tolomeo.

Detente, señor, detente,
este puñal no me saques,
porque al ver la puerta abierta,
sus espíritus no exhalen
el alma: ya que los cielos
solamente en esta parte
son piadosos, pues me dan
para verte y para hablarte
tiempo, no se pierda el tiempo:
mi muerte y la tuya sabe.

Tetrarca.

¿ Tolomeo ?

Tolomeo.

Sí Señor.

Tetrarca.

Llevadle de aquí, llevadle
á curar.

Tolomeo.

Aqueso no,
que cuando el riesgo es tan grande,
menos importa mi vida
que la tuya; y asi, antes
que acabe mi poco aliento
desdichas que son tan grandes,
oye las tuyas, señor;
y cuando helado cadáver
me falte tiempo al decírlas,
al saberlas no te falte.
Octaviano en tierra y mar,
ondas ocupando y valles,
llegó á Egipto, salió Antonio
con tu socorro á buscarle,
de Cleopatra acompañado
en el Bucentoro, nave
que labró para él Cleopatra
de marfiles y corales.
A los principios fue nuestra
(¡fuerte pena, injusto trance!)
la fortuna; pero ¡cuándo
estuvo firme un instante!
Enojáronse las ondas,
y el mar, Nembrot de los ayres,
montes puso sobre montes,
ciudades sobre ciudades.
La armada del enemigo,
como estaba hácia la parte
del puerto abrigada, en él
quiso el Cielo que se ampare.
Mas la nnestra dividida,
deshecha y sin órden sale
á la campaña del mar,
donde impelida mi nave,

caballo fué desbocado,
que no hay freno que le pare.
Atormentada, en efecto,
desmantelado el velamen,
los árboles destroncados,
enmarañados los cables,
y trayendo, finalmente,
arena y agua por lastre,
á vista ya de las torres
de Jerusalen la grande,
fue ruina en un escollo,
y aquí una tabla á los ayres
repetidos fué delfin,
enseñado á sus piedades.
¿Quién creerá que la fortuna,
en un hombre que se vale
de la piedad, un fragmento
pudiera hacer otro lance?
Yo lo afirmo; pues yo ví
de acero un cometa errante
contra este humano bagel,
correr de la esfera el ayre.
Este, pues, que de mi vida
tasando está los instantes,
solo el decir me permite
que tu enemigo triunfante
queda en Egipto, y Antonio,
ó rendido ó muerto yace;
que de Aristóbulo, hermano
de tu esposa, no se sabe;
y en fin, que tus esperanzas
como el humo se deshacen.
Y ya que de tu desdicha,
siendo el todo, no soy parte,
dále sepulcro á las mias,

aunque las mias son tales,
que ellas se harán su sepulcro;
pues tiene para labrarle
sangre y acero, y podrán
enternecer un diamante,
que aun los diamantes se rinden
al acero y á la sangre.

Tetrarca.

Ser un hombre desdichado
todos han dicho que es fácil,
y yo digo que es difícil,
porque es estudio muy grande
aqueste de las desdichas,
que no le ha alcanzado nadie.
Quitadme ese asombro, ese
funesto horror de delante,
llevadle donde le curen;
y aqueste puñal guardadle,
que importa saber que debo
hacer de él, que ya él me hace
tenerle por prodigioso.
¡Ay Filipo! hagan alarde
mis suspiros de mis penas,
mis lágrimas de mis males.

ESCENA IV.

El Tetrarca y Filipo.

Filipo.

Señor, los grandes sucesos
para los sugetos grandes
se hicieron, porque el valor
es de la fortuna exámen.
Ensancha el pecho, que en él
cabrán todos tus pesares,

sin que á la voz ni á los ojos
se asomen.

Tetrarca.

¡Ay! que no sabes,
Filipo, cual es mi pena,
pues quieres darla esa cárcel.

Filipo.

Sí sé, pues sé que has perdido
tal república de naves.

Tetrarca.

No es su pérdida mi pena.

Filipo.

Serálo el mirar triunfante
á tu enemigo.

Tetrarca.

No tengo
miedo á las adversidades.

Filipo.

De Aristóbulo tu hermano,
ni de Marco Antonio sabes.

Tetrarca.

Cuando sepa que murieron,
tendré envidia á bien tan grande.

Filipo.

Los prodigios del puñal
preñeces son admirables.

Tetrarca.

Al magnánimo varon
no hay prodigio que le espante.

Filipo.

Pues si prodigios, fortunas,
pérdidas y adversidades
no te rinden ¿qué te rinde?

Tetrarca.

¡Ay! Filipo, no te canses

en adivinarlo, puesto
que mientras no adivinares
el amor de Mariene,
todo es discurrir en balde.
Todos mis intentos son
entrar con ella triunfante
en Roma, porque no tenga
que envidiar mi esposa á nadie.
¿Porqué ha de gozar belleza,
que no hay otra que la iguale,
(error del mérito) un hombre,
que hay otro que le aventaje?
Piérdase la armada, muera
el César, Antonio, falte
Aristóbulo, Octaviano
de un polo á otro polo mande,
con trágicas prevenciones
hoy los cielos me amenacen,
vuelva el prodigioso acero
á mi poder, que á postrarme
nada basta, nada importa,
siempre con igual semblante;
sino solamente al ver
que yo no he sido bastante
á hacer Reyna á Mariene
del mundo; y en esta parte
dirás, y diránlo todos,
que es locura: no te espantes,
que cuando amor no es locura,
no es amor; y el mio es tan grande,
que temo (advierte Filipo)
que pasando los umbrales
de la vida, y que llegando
de la muerte á esotra parte,
ha de quedar en el mundo

por un prodigio admirable
de las fortunas de amor
á las futuras edades.

ESCENA V.

SALON DE PALACIO.

Octaviano y soldados.

Octaviano.

Felice es la suerte mia,
pues de Egipto victorioso,
dilato la Monarquía
de Roma, dueño famoso
de los términos del dia.
Cante, pues, victoria tanta
la fama, y en testimonio
de que á todas se adelanta,
sean triunfo de mi planta
hoy Cleopatra y Marco Antonio.
Presos á los dos procura
llevar mi heróica ventura,
porque, lidiador bizarro,
sean fieras de mi carro
el poder y la hermosura.

ESCENA VI.

Octaviano, Polidoro, Aristóbulo y un Capitan.

Capitan.

Aunque habemos discurrido
de Cleopatra el gran palacio,
hallarla no hemos podido,
ni Antonio, porque su espacio
laberinto de oro ha sido.
Solamente hemos hallado

á Aristóbulo, cuñado
del que hoy en Jerusalen
Tetrarca asiste, de quien
nos informó este criado.
Tu contrario fué; y así,
porque averigües aquí
sus designios, le traemos
de la parte en que le habemos
hallado: llega.

Polidoro.

¡Ay de mí! *ap. á Aristóbulo.*
¿Cuál diablo me metió, cuál,
Cielos, en engaño igual?
¿No son notables errores,
que otros vivan de traidores,
y yo muera de leal?

Aristóbulo.

Si así la vida me dás, *ap. á Polidoro.*
no temas, seguro estás, *ap.*
que yo á tí te la daré:
disimula.

Polidoro.

Yo lo haré
hasta que no pueda mas.

Aristóbulo.

Grande César Octaviano,
cuyo renombre inmortal
el tiempo asegure ufano
en láminas de metal,
que intente borrar en vano;
no manches, no, rigoroso
los aplausos que has teñido
con sangre, que es ser piadoso
vencedor con el vencido,
ser dos veces victorioso.

Octaviano.

Aunque pudiera (¡ó valiente
Aristóbulo!) vengarme
en tu vida dignamente
de tí y tu hermano, mostrarme
quiero piadoso y clemente.
Alzate del suelo, y pues
el fin de mis glorias es
entrar en Roma triunfante,
con Marco Antonio delante,
y con Cleopatra á los pies;
díme donde están, que no
he sabido de ellos yo,
desde que aquel Bucentoro,
armada nave de oro,
de la batalla salió.

Polidoro

Yo de los dos te dijera,
si yo de los dos supiera,
pues por mis discursos hallo,
que hiciera mas en callallo
yo, que en decirtelo hiciera;
mas desde que llegué aquí,
nunca mas á los dos ví.

Octaviano.

Eso no es agradecer
mi piedad; yo he de saber
de ellos, y ha de ser así:
ola.

Capitan.

Señor.

Octaviano.

Al Infante (1)

(1) *Entiende Octaviano que Polidoro es Aristóbulo.*

Aristóbulo llevad
á una torre, y ni un instante
goce de la claridad
del sol: la noche le espante,
por eterna.

Polidoro.

Aquí llegó, *ap.*
señor, de tu engaño el fin.

Aristóbulo.

Sufre.

Polidoro.

¿Torre oscura yo?

Octaviano.

Llevadle.

Polidoro.

El demonio
sin duda me Aristobuló,
que yo...

Capitan.

Calla.

Polidoro.

¿Qué es callar?
vive Baco, que he de hablar:
¿yo Principe? Muy errado,
engañado, y muy culpado
soy.

Octaviano.

No teneis que esperar;
y ese criado, primero
padezca un tormento fiero,
ó muera en él de leal.

Polidoro.

¿Qué es tormento? mal por mal,
torre pido, noche quiero;
vamos á la torre, yo

soy Aristóbulo, no
Príncipe errado, segun
decia: sin duda que algun
ángel me Aristobuló.

Aristóbulo.

Enfrena un poco el rigor,
sabrás de los dos, señor,
y de mí voz advertido,
oirás que los dos han sido
funestos triunfos de amor.
Apenas rota su armada
vió Antonio, cuando la alada
nave, haciéndose á la vela,
náda, pensando que vuela,
vuela, pensando que náda;
pues con ligereza suma,
pez sin escama nadaba,
ave volaba sin pluma,
tan veloz, que no le ajaba
un solo rizo á su espuma.
A Ménfis en fin llegó,
donde rehacerse pensó
de la pérdida y tornar
á la campaña del mar,
que tantas desdichas vió;
mas viendo que le seguian
á Ménfis, y que traias
de tu parte á la fortuna,
pues al orbe de la luna
con alas suyas subias;
lamentando mal y tarde
la pérdida de su gente,
sin que á ser despojo aguarde,
del estremo de valiente,
dió al estremo de cobarde;

pues ciego y desesperado,
al Panteon, colocado
á Egipcios Reyes, entró
y una sepultura abrió,
donde vivo y enterrado,
dijo, sacando el acero:
nadie ha de triunfar primero
de mí que yo mismo, así
triunfo yo mismo de mí,
pues yo mismo mato y muero.
Cleopatra que le seguia,
viendo que ya agonizaba,
bañado en su sangre fria,
cuyo aliento pronunciaba
mas, cuanto menos decia:
muera, dijo, yo tambien,
pues por piedad ó por ira,
no cumple el amor con quien
llega á querer bien, y mira
muerto á lo quiso bien:
y asiendo un áspid mortal
de las flores de un jardin,
dijo: si otro de metal
dió á Antonio trágico fin,
tú serás vivo puñal
de mi pecho, aunque sospecho,
que no moriré á despecho
de un áspid, pues en rigor
no hay áspid como el amor,
y ha dias que está en mi pecho:
y él con la sed venenosa,
hidrópicamente bebe,
cebado en Cleopatra hermosa,
cristal que esprimió la nieve,
sangre que vertió la rosa.

Yo lo ví todo, porque
esi como aqui llegué,
el palacio examinando,
á Aristóbulo buscando,
hasta el sepulcro me entré,
donde rendido al valor,
y ella postrada al dolor
yacen, porque de esta suerte
aun no divida la muerte
á dos que junta el amor.

Octaviano.

Aquí dió fin mi esperanza,
aquí murió mi alabanza,
pues por asombro tan fuerte,
no ha de pasar mi venganza
los umbrales de la muerte.
Ya triunfar de ellos no espero,
que yo solamente quiero
saber, ¿qué intento ha obligado
al Tetrarca tu cuñado
para que sañudo y fiero
te enviase contra mí?

Polidoro.

Si tú estás diciendo aquí,
que es cuñado, ¿no es error
preguntarme que es, señor,
su intento? Pues digo así,
que lo que á esto le ha obligado,
es el verme de esta suerte,
pues solo me habrá enviado
á que tú me des la muerte,
propia alhaja de un cuñado.

Capitan.

Si examinar su intencion
quieres, yo te la diré,

pues con aquesta ocasion
este cofre les quité:
joyas, y papeles son
las que hay en él.

Octaviano.

Muestra á ver.
Cifra es del mayor poder
su inestimable riqueza:
mas la pintada belleza
de una estrangera muger
es la mas noble, y mejor
joya, y la de mas valor.
No ví mas viva hermosura,
que es alma de la pintura.

Aristóbulo.

Atento el Emperador *ap.*
mira el retrato fiel:
mas ¡ay fortuna cruel!
ver los papeles porfia;
¡mal haya el hombre que fia
sus secretos á un papel! (1)

Octaviano.

Lee. *En esta faccion está el fin de mis deseos, pues no espero para declararme Emperador de Roma, sino que Octaviano, rendido ó preso....*

¿Qué tengo que saber mas?
y pues sospechoso estás,
y aun convencido conmigo,
mientras pienso tu castigo,
en una torre estarás.

Polidoro.

No son buenos pensamientos

---

(1) *Saca Octaviano del cofrecillo una carta y la lee.*

andar pensando tormentos:
¿no será mucho mejor,
que no castigos, señor,
pensar gustos, y contentos?

Octaviano.

Llevadle de aquí.

Polidoro.

Escuchar
debes, que.....

Octaviano.

No hay que aguardar.

Polidoro.

Si hay.

Octaviano.

Dí.

Polidoro.

Solamente digo,
que no hay que esperar castigo,
pues no me dejas hablar.

ESCENA VII.

Octaviano, Aristóbulo y un Capitan.

Octaviano.

Tú partirás al momento
con gente y armas, y atento
á mi cesárea obediencia,
traerás preso á mi presencia
al Tetrarca; que es mi intento,
que como á Cesar me dé
del tiempo que ha gobernado
residencia: y tú, porque
en efecto, eres criado,
en quien tal lealtad se ve,
darte libertad espero;

pero por rescate quiero,
que ya liberal me des
el decirme cuyo es
este retrato.

Aristóbulo.

Aquí muero *ap.*
de confusion: si le digo
quien es, á amarla le obligo:
no decirselo es mejor,
halle imposible su amor
al principio; así consigo
su quietud. Esa pintura,
sombra ya de una escultura,
ceniza de un rayo ardiente,
es memoria solamente
de una difunta hermosura.

Octaviano.

¿Muerta es esta muger?

Aristóbulo.

Sí.

Octaviano.

¿Para qué, amor ¡ay de mí! *ap.*
sin esperanzas la veo?

Aristóbulo.

Bien se logró mi deseo.

Octaviano.

Libre estás, vete de aquí.

ESCENA VIII.

Octaviano.

La muerte, y el amor una lid dura
Tuvieron, sobre cual era mas fuerte,
Viendo que á sus harpones de una suerte
Vida ni libertad vivió segura.

Una hermosura amor divina, y pura
Perficionó, donde su triunfo advierte;
Pero borrando tanto sol la muerte,
Triunfó así del amor y la hermosura.
Viéndose amor entonces escedido,
La deidad de una làmina apercibe,
A quien borrar la muerte no ha podido.
Luego bien el laurel amor recibe,
Pues de quien vive y muere dueño ha sido,
Y la muerte lo es solo de quien vive.

ESCENA IX.

Decoracion de Selva.

Libia.

Por las faldas lisongeras
de estos elevados riscos,
que son del Puerto de Jafa
enamorados Narcisos,
á divertir mis pesares
melancólica he salido,
por no escuchar los agenos,
pudiendo llorar los mios.
Sola estoy, salga del pecho
en acentos repetidos
mi dolor. ¡Ay Tolomeo!
en tanto que lloro y gimo
desdichas tuyas, admite
este llanto que te envio:
bastaba quererte bien,
para que ¡rigor impio!
te sucediese mal todo,
tropezando en tus peligros,
cuando victorioso ¡ay triste!

te esperaba el pecho mio,
dulce fin de tus amores,
muerto has llegado y vencido!

ESCENA X.

Libia, Mariene y Sirene.

Sirene.

Casta Venus de estos montes,
si á divertir has venido
con la música y las flores
los ojos y los oidos,
la atencion vuelve y la vista
á ese bruto cristalino,
pues son flores sus zelages,
y música sus bramidos.

Mariene.

Nada puede para mí
servir, Sirene, de alivio.

ESCENA XI.

Dichas, Filipo y el Tetrarca.

Filipo.

Este es, señor, el puñal,
que ya una vez despedido
de tu mano, vuelve á ella.

Tetrarca.

Ya con asombro le miro
como á fatal instrumento:
mas dí, ¿cómo se ha sentido
Tolomeo?

Filipo.

No es la herida
señor, de tanto peligro,

como la falta de sangre.

Tetrarca.

¿Mariene?

Mariene.

¿Esposo mio?

Tetrarca.

Girasol de tu hermosura,
la luz de tus rayos sigo,
bien como la flor del sol,
cuyos zelages y visos,
iluminados á rayos,
tornasolados á giros,
le va siguiendo, porque
iman del fuego atractivo,
le hallan su vista, ó su ausencia,
ya luciente, y ya marchito.

Mariene.

Ya que del fuego te vales,
sea amor, ó sea artificio,
yo tambien; pues como aquella
ave, que tuvo por nido,
y por sepulcro la llama,
enamorando el peligro,
bagel de púrpura y oro,
bate los remos de vidrio;
así yo, que á tantos rayos
vida, muriendo, recibo,
hasta que abrasada muera
me parece que no vivo.

Tetrarca.

Dejadnos solos.

ESCENA XII.

Tetrarca y Mariene.

Tetrarca.

Ya, pues,
que serán mudos testigos
de mis lágrimas y voces
estos mares y estos riscos,
salgan, Mariene hermosa,
afectos del pecho mio
en lágrimas á las ondas,
y á las peñas en suspiros.
Este sangriento puñal,
sacre de acero bruñido,
(que no con poca razon
sacre de acero le digo,
pues cuando desenlazado
de mi mano le despido,
con la presa vuelve á ella,
en sangre y horror teñido)
es aquel que la dudosa
ciencia de un astro previno
para homicida de quien
mas adoro y mas estimo.
Y aunque es verdad que constante
á peligrosos juicios
no doy crédito, y desprecio
los contingentes delirios
del hado y de la fortuna,
dioses, que coloca el vicio:
no sé qué nuevo temor
en mi pecho ha introducido
verle volver á mi mano,
que ya le temo, y le admiro:

y entre el miedo, y el valor,
ya cobarde, ya atrevido,
sitiado dentro de mí,
me quiero dar á partido;
porque aunque bien yo no creo
los acasos prevenidos,
no los dudo, que no ignoro,
que ese estrellado záfiro,
república de luceros,
vulgo de astros y de signos,
á quien le sabe leer
es encuadernado libro,
donde están nuestros alientos
asentados por registro.
Y así, ni dudando bien,
ni bien creyendo, imagino,
que debe el varon perfecto
á los sucesos provistos
darlos al crédito en una
parte, y en otra al olvido,
aquí para no esperarlos,
y allí para prevenirlos;
pues señor de las estrellas,
por leyes de su alvedrío,
previniéndose á los riesgos,
puede hacer virtud del vicio.
Yo, pues, entre dos afectos
vacilante y discursivo,
ni creyendo, ni dudando,
el puñal á tus pies rindo.
Tú eres, bellísima hebrea,
la luz hermosa que sigo,
la beldad que sola adoro,
la imagen que sola admiro.
No es posible que yo quiera,

si inmortal al tiempo vivo,
otra cosa mas que á tí:
tanto que mil veces digo,
que el mayor monstruo del mundo,
que te amenaza á prodigios,
es mi amor, pues por quererte,
á tantas cosas aspiro,
que temo que él ha de ser
ruina tuya y blason mio.
Pues si lo que yo mas quiero
eres tú, y el cielo mismo
no puede hacer que no seas
sin borrar lo que ya hizo,
tú eres á quien amenaza
ese hermoso basilisco,
que en tus pies se disimula
entre dos cándidos lirios.
Yo quise hacer imposible
tu muerte, cuando atrevido
arrojé al mar el puñal;
pero habiendo una vez visto
que aun en él no está seguro,
pues por casos esquisitos
podrá llegar donde estés,
siempre ignorando el peligro;
para mas seguridad
tuya, cuerdo he prevenido
que tú, árbitro de tu vida,
traigas tu muerte contigo;
que mayor felicidad
nadie en el mundo ha tenido,
que ser, á pesar del hado,
el juez de su vida él mismo.
La parca, que nuestras vidas
tiene pendientes de un hilo,

para que el tuyo no corte
pone en tu mano el cuchillo.
En tu mano está tu suerte,
vive tú sola á tu arbitrio,
pues si acercas el aliento
podrás embotarle el filo.
Si es verdad, ó si es mentira
el hado, no lo averiguo,
mas prevengo los dos males,
pues prudente y advertido,
si es mentira la sospecha,
de que la temas te alivio:
si es verdad, con la razon
á hacerla mentira aspiro.
Luego mentira ó verdad,
para todo prevenido,
yo no puedo darte mas
que tu vida: esta te rindo.
Este acero y este amor
son hoy tus dos enemigos,
pues mientras yo te corono
de mil laureles invictos,
triunfa tú de ese, y al fin
dueño tú de tu albedrio,
guárdate tu vida tú,
huye tú de tu peligro,
hazte tú tu duracion,
líbrate tú tus designios,
cuéntate tú tus alientos,
y vive al fin tantos siglos,
que este amor y este puñal
triunfen de muerte y olvido.

Mariene

Oye, señor, oye, espera;
que aunque agradezco y estimo

el don que á mis plantas pones,
ni le acepto ni le admito,
que de púrpura manchado
y entre flores escondido,
tanto me estremezco, tanto
en verle me atemorízo,
que muda y helada creo,
torpe el lábio, el pecho frio,
que soy de aquestos jardines
estatua de mármol vivo.
Mas rompiendo á mi silencio
las prisiones y los grillos
con que en cárceles de yelo
el temor los ha tenido,
quiero declararme, y quiero
argüirte, que no ha sido
cuerda determinacion,
si bien de tu amor indicio,
la que contigo has tomado
y ejecutado conmigo.
Dejo á una parte, si es bien
el darse por entendido
hoy mi amor, de que yo sea
del tuyo sujeto digno,
y creyéndote cortés,
pues por amante y marido
me está tan bien el creerlo,
en mi argumento prosigo,
sin tocar si es bien ó mal
tampoco haberlo creido;
pues por verdad ó mentira,
ya tú en esta parte has dicho
que el prevenirlo es cordura,
esperarlo desatino,
y providencia discreta,

no esperarlo y prevenirlo;
y así, esto aparte dejando,
vuelvo á mi argumento y digo:
Si ese sangriento puñal
es el que cruel y esquivo
el hado esquivo y cruel
contra mi pecho previno,
¿Quién te persuadió, Tetrarca,
quién te informó, quién te dijo
que era la seguridad
de mi vida traer conmigo
la ejecucion de mi muerte?
¿y qué podrán ser amigos,
ni hacer buena compañía
la vida y el homicidio?
Si este mi suerte amenaza
con asombros ¿es arbitrio
para escusar que se encuentren,
hacer que anden un camino
los dos, siguiéndote siempre
el acáso y el peligro?
¿Fuera buena prevencion
en el humano sentido,
para estorbar que se abrase
este supremo edificio,
acompañarle del fuego?
¿Fuera acierto conocido
para escusar que un espejo
no se quiebre, junto á él mismo
poner piedras en que encuentre?
Pues piensa que es esto mismo
lo que intentas, pues intentas
que nunca estén divididos
este puñal y este pecho,
y han de ser siempre enemigos,

por mas que juntos los vea,
seguridad y peligro,
vida, muerte é impiedad,
sombra y luz, virtud y vicio,
homicidio y homicida,
torre, fuego, piedra y vidrio.
Confieso que la razon
es fuerte, cuando advertido,
dices que no es ocultarle
remedio, cuando le vimos
volver del mar á tus manos;
y que será gran martirio,
confieso, tambien estar
dudando siempre afligido
un pecho, quien será ahora
dueño de los hados mios;
pero entre apartarle tanto,
que ignore quien habrá sido,
y acercarle tanto, que
sepa que viene conmigo,
hay un medio, que es ponerle
con tal dueño y en tal sitio,
que lo sepa y no lo tema
Tú lo has de traer ceñido;
pues si del juicio me acuerdo,
el mágico no me dijo
que tú darias la muerte
á lo que mas has querido
con él, sino que con él
moriria; y pues colijo
que otro podrá aborrecer
lo que tú quieres, delito
fuera, echándole de tí,
dar armas á tu enemigo;
pues podrá venir á manos

de quien me haya aborrecido.
Y así, señor, yo te ruego,
y así, señor, te suplico,
que tú, alcaide de mi vida,
traigas el puñal contigo.
Con eso seguramente
sabré que aquel tiempo vivo
que tú le tienes: que escuches
el argumento te pido:
ó tú me quieres, ó no;
si me quieres no peligro,
pues á lo que tú mas quieres
no has de dar muerte tú mismo:
si no me quieres, no soy
á quien arrastra el destino
de tu amor, y al mismo instante
de la amenaza me libro.
Luego olvidada ó querida,
mi seguridad te pido,
mis temores desvanezco,
mis quietudes facilito,
mis deseos aseguro,
mis contentos solicito,
mis rezelos acobardo,
mis esperanzas animo,
cuando tu amor y mi vida
triunfen de muerte y olvido.

Tetrarca.

Tanto tu vida deseo,
que á ser tu Alcaide me obligo;
¡ojalá fuera verdad,
no prevencion este estilo,
para que nunca murieras!
y asi á tus voces movido,
en tu nombre, dulce esposa,

segunda vez me lo ciño. (1)
¡Pero válganme los cielos!
¿qué alboroto, qué ruido
es este?

Mariene.

El cielo parece
que se hunde de sus quicios.

Tetrarca.

¡Qué asombro!

Mariene.

¡Qué confusion!

ESCENA XIII.

Dichos, Filipo y Libia.

Filipo.

Señor.

Libia.

Señora.

Tetrarca.

Filipo,
¿qué es esto?

Mariene.

¿Qué es esto, Libia?

Libia.

No sé si sabré decirlo.

Filipo.

Gente del Emperador
Octaviano, tu enemigo,
á Jerusalen ocupa;
y ya todos sus vecinos,
sabiendo que Antonio es muerto,
parciales y divididos,

(1) *Dentro cajas.*

te buscan para prenderte,
diciendo á voces, que has sido
la causa de sus traiciones.

Mariene.

¡Ay de mí!

Tetrarca.

¡Pierdo el sentido!

Mariene.

Huye, señor, ese monte
sea tu sagrado asilo,
porque mejor las desdichas
se vencen en los principios.

Tetrarca.

¿Qué es huir? viven los cielos;
que tengo de recibirlos.

Mariene.

Mira señor....

Tetrarca.

¿Qué he de ver?

Mariene.

Que es un vulgo....

Tetrarca.

Ya lo miro.

Mariene.

Alborotado.

Tetrarca.

¿Qué importa?

Mariene.

Tu vida.....

Tetrarca.

Mi vida libro.

Mariene

¿Cómo?

Tetrarca.

Poniéndome....

Mariene.

¿ Donde ?

Tetrarca.

Delante de él

Mariene.

Es delirio.

Tetrarca.

No es.

Mariene.

¿ Porqué ?

Tetrarca.

Porque conviene ;
verás que su orgullo rindo. (1)

Tetrarca.

A Dios, esposa, que ya
segunda vez dan aviso
las cajas.

Mariene.

Tente.

Tetrarca.

¿ Qué temes ?

Mariene.

Tèmo, señor, tu peligro,
que vas solo

Tetrarca.

No voy tal :
tú vas, señora, conmigo,
y este ácero, que me basta,
si es de la muerte ministro,
á ser asombro del mundo,
á ser rayo, á ser prodigio.

---

(1) *Vuelven á tocar.*

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

Dos soldados que cuelgan un retrato de Mariene.

Soldado 1.

Ya que en sus melancolías
no hay cosa que le divierta
mas, que en varios trages ver
repetida esta belleza,
y este es el primer retrato
de cuantos de la pequeña
lámina al lienzo pasó
del noble arte la escelencia,
pongámosle de su cuarto
sobre el marco de esa puerta,
para que cuando entre y salga
á todas horas le vea.

Soldado. 2.

Bien has prevenido.

Soldado 1.

Pues
sea presto que ya llega.

Soldado 2

Con la prisa que me das,
no sé si bien puesto queda.
¡Quiera Dios que no se caiga,
vencido el clavo, ó la cuerda!

ESCENA II.

Dichos y Octaviano.

Octaviano.

Pasion tan desesperada,
que al primer paso tropieza
en un imposible, y cae
en otro, queriendo ciega
dar una esperanza viva
en una hermosura muerta,
bien se vé que no es pasion,
sino locura, y de tema
tan invencible, que triunfos,
aplausos, lauros y empresas
no la alivian, puesto que
ni todo ni parte sean
á echar de mí una aprehension
tan rebeldemente necia.

Soldado 1.

Como mandaste, señor,
que en todo Ménfis se hicieran
de este pequeño retrato
varias copias, traje esta,
por ser la mas parecida. (1)

Octaviano.

Dices bien, pues no pudiera
haberla mejor sacado
el pincel, cuando corriera
las líneas y los bosquejos
al lienzo desde mi idea.
¿Que nunca me hayas sabido,
ó con maña ó con cautela,

(1) *Dale un retrato pequeño.*

de Aristóbulo, quién fuese
alma de deidad tan bella?

Soldado 1.

Con ese intento mil veces
á la torre que le encierra
de guarda entré, pero nunca
lo supe, que de manera
Aristóbulo ha perdido
el juicio, desde que en ella
está, que es en vano ya
que á nada en razon atienda.

Octaviano.

¿Qué dices?

Soldado 1.

Que solamente
desatinos dice y piensa.

Octaviano.

No me espanto ¡ay infelice!
si la causa que le fuerza
á perder el juicio ha sido
perder esta hermosa prenda.
¿Cómo es compatible ¡ó rara
beldad! que un delirio sientan
dos, el uno porque te halle,
y el otro porque te pierda?
¿Qué mal hice, cuando necio,
de amor y de su violencia,
culpé á Antonio que adorase
á aquella Gitana, á aquella
que en los teatros del mundo
hizo la mayor tragedia?
¡O qué bien vengado está
de mi altivez y soberbia!
pues para mayor trofeo,
con instrumento se venga,

tan fácil como un retrato,
y ese de una beldad muerta. (1)
¿Pero qué es aquesto? ¿cuando
triste pronuncia mi lengua
muerta beldad, me responden
las cajas y las trompetas
destempladas? Si los cielos,
si los montes, si las selvas,
si los vientos, si los mares,
cuando mi voz les acuerda
de igual pérdida la ruina,
compadecidos celebran
de esa difunta hermosura
repetidas las exequias? (2)
Otra vez, piadosos cielos,
suena el rumor de mas cerca:
ved quien ese pavor causa.

Soldado 1.

Mucho estraño que las señas
no te lo digan, pues es
ceremonia usada esta
de los bárbaros Gitanos,
siempre que rendida ó presa
alguna Persona Real
en su Corte sale y entra.

Octaviano.

¿Pues quien entra ó sale hoy
ó preso, ó rendido en ella?

---

(1) *Cajas destempladas.*
(2) *Vuelven las cajas.*

ESCENA III.

Dichos y un Capitan.

Capitan.

El Tetrarca, á quien tú diste
órden de que yo le prenda,
y viendo cuanto supone
Virey que por tí gobierna,
usando la ceremonia
de que con sus armas venga,
y con salva se reciba,
bien que trágica y funesta,
llega á tus pies.

ESCENA IV.

Dichos, el Tetrarca en medio de soldados. (1)

Octaviano.

Mas estimo
ver postrada esa soberbia,
que el alto triunfo con que
Roma recibirme espera.
Quede él solo, y los demas
salgan, Patricio, allá fuera;
que por si acaso mi enojo
tras sí mis acciones lleva,
no quiero que nadie airado
con un rendido me vea.
Templad vos, pues sois mi espejo,
mi cólera. (2)

Tetrarca.

Suerte adversa, *ap.*

---

(1) *Cajas destempladas.*

(2) *Mira el retrato que tiene en la mano.*

¿á qué mas pudo llegar
de tus ceños la influencia?
Invicto Octaviano, cuyo
nombre en láminas eternas
el tiempo escriba, dictado
de las plumas y las lenguas:
á tus pies llego ofendido,
porque para que vinieran
mi lealtad y mi valor
á rendirte esta obediencia,
no era menester que fuesen
por mí; que el que se respeta
por fuerza, cuando por gusto
puede, á sí mismo se afrenta,
pues quita á la voluntad
lo que le añade á la fuerza.
Dame tu mano: (1) ¡Mas, cielos
divinos, al besar esta,
qué es lo que en la otra miro!
¿Habrá en el mundo quien beba
dos venenos á dos manos,
y aun mismo tiempo los sienta
en los labios y en los ojos? (2)

Octaviano.

Si informado no estuviera
de mi razon, á la tuya
bastante crédito diera;
pero si son destempladas
cláusulas, que no concuerdan,
esa afectada humildad

---

(1) *Al besar una mano, repara en el retrato que tiene en la otra.*

(2) *Vuelve Octaviano la espalda, y el Tetrarca le sigue de rodillas.*

con tu traidora soberbia;
no violencia, no rigor
la prevencion te parezca,
que con vasallos que son
de los de viva quien venza,
fuerza es que la voluntad
se aproveche de la fuerza.

Tetrarca.

¡Mortal estoy! Dadme, dioses, *ap.*
valor, que quizá no es ella.
¡Que ahora me la ocultase!
Si contra mi te aconseja
quien pretende.....

Octaviano.

No presumas
que mal advertido hiciera
estremos tales; de tí
sé la ambicion conque intentas
conspirar al sacro Imperio,
á cuyo efecto la guerra
mantenias, dando á Antonio
los socorros para ella.
Estas firmas te convencen,
de ellas lo sé; llega, llega,
míralas bien, tuyas son;
míralas. (1)

Tetrarca.

Ya miro, al verlas, *ap.*
mi muerte mas declarada
de lo que aun tú mismo piensas;
pues.... yo.... si.....

Octaviano.

Esa turbacion

(1) *Saca unas cartas y pónelas en el retrato.*

es ya segunda evidencia:
pero quien á un Iduméo
honró, baja estirpe hebrea
rebelada de sus nobles
Tribus, esto y mas merezca;
y así mientras el castigo
á los demas escarmienta,
sabe, que soy Octaviano,
que soy el único César
de Roma, y el Nilo y Tíber
humildes mis plantas besan;
y que á cuantos contra mí
con traiciones, con cautelas
quieran conspirar, negando
á mi poder la obediencia,
seré yo quien los corone
de laurel, para que sean,
con un impulso á mis plantas,
con una accion á mis huellas,
dos trofeos de una vez,
mi laurel, y su cabeza. (1)

Tetrarca.

¡Qué esto escuchen mis oidos,
y aquesto mis ojos vean,
sin que el dolor me despeñe!
Yo he de morir, cosa es cierta,
á sus manos, ó á mis zelos;
pues él á mis zelos muera,
y á mis manos, que una vida
tan grande, no es bien se venda
á menor precio. (2)

---

(1) *Vase Octaviano hácia la puerta del retrato.*
(2) *Al entrarse Octaviano va á herirle el Te-*

Octaviano.

¿Qué es esto?

Tetrarca.

Desesperada impaciencia,
que ha de costarme el decirla
aun mucho mas que el hacerla.

Octaviano.

¿Tú, con el desnudo acero,
cualdo yo la espalda vuelta,
y entre tu acero y mi espalda
esta hermosa imagen puesta?
¿Turbado tú, yo seguro,
y ella herida? ¿Tú con muestras
de venganzas, yo de agravios,
y ella de piedades? ¿Muerta
tú la accion, yo vivo al riesgo,
y ella ofendida? Vive ella,
(que como á deidad que adoro,
bien puedo este obsequio hacerla)
que este sacrílego acero,
ya que horrores repretenta,
el instrumento ha de ser,
pues lo fue de tu violencia, (1)
de tu castigo; vea el mundo
que el que me agravia, me venga.
Ola.

---

trarca, cae el retrato en medio de los dos, y se queda clavado en él el puñal.

(1) *Quila el puñal del retrato.*

ESCENA V.

Dichos, el Capitan y Soldados.

Capitan.

¿Señor?

Octaviano.

A la torre,
donde su hermano se encierra,
llevad tambien al Tetrarca,
donde un solo criado tenga
de los que le hayan seguido.

Tetrarca.

Cuando mi sepulcro sea,
la vida debo á un puñal,
yo le pagaré con ella.

Octaviano.

Y yo la vida á un retrato;
y pues que de otra manera
no puedo, con adorarle
tambien pagaré mi deuda.

ESCENA VI.

DECORACION DE CARCEL.

Dos soldados, y Polidoro paseándose.

Soldado 1.

Grande es tu melancolía.

Polidoro.

¿Melancolía decís,
vergantonazo? mentís.

Soldado 1.

¿Pues que es eso?

Polidoro.

Hipocondría,

que un Príncipe como yo
no habia de adolecer
vulgarmente, ni tener
mal, que tiene un sastre.

Soldado 1.

No
te enojes de eso.

Polidoro.

Sí quiero;
que estar triste solamente,
no es achaque competente
de un Príncipe prisionero:
y mas si se considera
la grande superchería
con que de noche y de dia
me tratan.

Soldado 1.

¿De qué manera?

Polidoro.

¿De qué manera, picaño?
¿Qué Príncipe se perdiera,
donde una infanta no hubiera,
que condolida á su daño
con músicas le avisára
desde el cubo del terrero,
y á pagar de su dinero
las guardas le sobornára,
para que una noche oscura,
en dos caballos los dos,
por parque, á la paz de Dios
se fuesen á su aventura?

Soldado 1.

Si estuviera por áca
(así saber algo trato)
la dama de aquel retrato,

quizá ella....

Polidoro.

Claro está
que mirara por su honor,
y caso que allá estuviera
preso un infante, y no hubiera
tenídole mucho amor;
las desdichas acabadas
de esta mi prision cruel,
por no haberse ido con él,
la matara yo á patadas,
segun la adoro, y sospecho,
que si donde estoy supiera,
estrafalaria viniera
por mí.

Soldado 2.

Lo medio está hecho;
porque yo, compadecido,
aderezo te traeré
de escribir.

Soldado 1.

Yo un propio haré
al punto que haya sabido
donde se ha de encaminar
la carta.

Polidoro.

¿Qué dices?

Soldado 1.

Digo
lo que por tí á hacer me obligo.

Polidoro.

Mil abrazos te he de dar,
mientras habiendo avisado
y librádome mi dama,
te hago el hombre de mas fama.

Soldado 1.

No es aquese mi cuidado, *ap.*
que mas que espero de tí
de Octaviano espero, pues
con eso sabrá quien es
dueño del retrato.

Soldado 2.

Aquí
hay ya de escribir recado.

Polidoro.

¿Con su tinta y pluma?

Soldado 2.

En él
se dice todo.

Polidoro.

¿Hay papel?

Soldado 2.

Tambien.

Polidoro.

¿Batido y cortado?

Soldado 2.

No, pero el que bastará.

Polidoro.

¿Polvos?

Soldado 2.

Polvos hay.

Polidoro.

¿Oblea,
lacre y sello?

Soldados.

Sí.

Polidoro.

Pues ea,
llegadme el bufete acá;
la silla.

Soldado 2.

Ya está llegada. (1)

Polidoro.

¿Papel, tinta y pluma aquí
no hay? ¿polvos y sello?

Los dos.

Sí.

Polidoro.

Pues aun no tenemos nada.

Soldado 1.

¿Qué falta de prevenir?

Polidoro.

Lo mejor.

Soldado 2.

Sepa qué fué,
volando por ello iré.

Polidoro.

El que yo no sé escribir.

Soldado 1.

Ahora sale con eso (2)
el tonto.

Soldado 2.

El loco.

Soldado 1.

El menguado.

Polidoro.

¿Quién vió Príncipe aporreado?

---

(1) *Llegan el bufete.*
(2) *Le aporrean.*

ESCENA VII.

Dichos, el Capitan y el Tetrarca.

Capitan.

Esta es la torre en que preso
Aristóbulo está: en ella
dejarte el César mandó.

Soldado 2.

Gente en la prision entró.

Soldado 1.

No vean que le atropella
nuestro enojo, que han mandado
con respeto le tratemos.

Soldado 2

Que le servimos mostremos. (1)

Capitan.

¿Cómo tu Alteza ha pasado
la noche?

Polidoro.

Mal, y peor
la mañana, que á porrazos
aquestos picaronazos (2)
me han muerto.

Capitan.

Tente, señor,
¿qué haces?

Polidoro.

Reñir, vive Apolo,
á manera de valiente
al uso, que habla si hay gente,
y calla cuando está solo.

---

(1) *Fingen que le sirven.*
(2) *Dá tras los soldados.*

Capitan.

Advierte que á estar contigo
viene el Tetrarca tu hermano.

Polidoro.

¿ El Te.... qué ?

Capitan.

El Tetrarca.

Polidoro.

En vano
es ya escusarse el castigo
de haber tal engaño hecho. *ap.*

Capitan.

Llegad ; bien podeis llegar
con Aristóbulo á hablar.

Tetrarca.

¡ Qué miro ! mas ya sospecho *ap.*
que hay algun secreto aquí ,
pues con su nombre no ignoro
que esté preso Polidoro
para grande fin ; y así ,
disimular me conviene.
Dame, en mis últimos plazos,
Aristóbulo , los brazos.

Polidoro.

Borracho el Tetrarca viene : *ap.*
Aristóbulo me llama.

Tetrarca.

Ya que en mis penas el Cielo
no me deja otro consuelo
que ver mentida la fama
que de tu muerte corrió....

Polidoro.

Vive Dios que insiste en ello ; *ap.*
¿ qué fuera que sin sabello
fuese Aristóbulo yo ?

Capitan.

Dejarlos solos es bien,
que hablen los dos, pues es llano,
que á algun efecto Octaviano
quiso que juntos esten.

ESCENA VIII.

Tetrarca y Polidoro.

Tetrarca.

¿Estamos ya solos?

Polidoro.

Sí.

Tetrarca.

¿Qué es aquesto, Polidoro?

Polidoro.

Un fingimiento que lloro.

Tetrarca.

¿De que suerte?

Polidoro.

Escucha.

Tetrarca.

Dí.

Polidoro.

Que este vestido lucido
me dió mi amo, es lo primero;
que parece caballero
un pícaro bien vestido;
lo segundo, con que el dia
que el César triunfante entró,
y á Antonio y Cleopatra halló
en su fatal bobería,
prisioneros nos hicieron,
y como iba galan yo,
con la caja en que guardó

cartas y joyas, creyeron
que era Aristóbulo; él
el engaño prosiguió,
conque él me Aristobuló,
y yo le Polidoré:
qué fue de él, no sé, que estan
mis ansias con luz tan ciega,
sín ver si vienen ni van,
en un callejon Noruega,
aprendiendo á gavilan.

Tetrarca.

Ya que de aqueso informado
estoy, á un lado te aparta,
que tengo que hablar conmigo.

Polidoro.

Esa es la dicha mas rara
de un buen hablador, hallarse
con quien no le diga nada,
y le oiga cuanto él diga.

ESCENA IX.

Tetrarca.

Ya que solo me veo, salgan
en lágrimas y suspiros,
sin estruendo de palabras,
á los lábios y á los ojos
tan cautelosas mis ansias,
que en saliendo de ella, aún no
las eche menos el alma.
¿Qué es esto, cielos, qué es esto,
¡ay de mí! que por mí pasa?
que bien será ménester,
que vuestra autoridad valga
mi crédito, porque es tal
el tropel de mis desgracias,

que aun pasando á la esperiencia,
se me queda en la ignorancia.
Dejo aparte, que del sacro
laurel pierda la esperanza;
dejo haberme convencido
de mis designios mis cartas,
dejo el castigo forzoso
de accion tan desesperada,
como que á morir matando
me despeñase mi saña;
pues la desesperacion,
designios, y ambicion paran
solo en pensar que ya tengo
el cuchillo á la garganta;
y voy á que otro dolor
es tal, que el morir no basta
para acabar con él, puesto
que en mi frase se adelanta:
dé á la garganta el cuchillo;
pues dirá desde hoy mi patria,
que el cuchillo al corazon
murió su infeliz Tetrarca:
al corazon dige, y dige
bien, que él es á quien traspasa
ver en poder de Octaviano
é Mariene retratada,
y en dos partes, como quien
dice, que la luna clara
de un espejo, si está entera,
hace un rostro, y si quebrada,
dos; mostrando que en abuso
de supersticiones varias,
el espejo que se quiebra
siempre agüeros amenaza:
y es el mayor haber visto

á Mariene con dos caras.
Bien discurro yo, que en una
hermosura soberana,
por soberana hermosura
solamente la retratan,
sin mas intencion que el serlo,
ó la escelencia ó la gala
del artífice; bien creo
que al verla el no recatarla
de mí es ignorar quien sea;
que ser mi esposa y mostrarla,
era cosa muy indigna
para dicha cara á cara,
cuando no por mí, por ella;
pero todo esto no salva
el que no tenga interior
afecto ¡ay de mí! de amarla,
quien no contento con una
en la mano, otra en la sala,
jura por ella el haber
de tomar de mí venganza.
Y pasando á que el puñal
en su pecho..... (1) ¿Mas qué cajas
á marchar tocan? ¿Habrá
quien en esta triste estancia
me diga qué marcha es esta?

ESCENA X.

Tetrarca y Filipo

Filipo.

Sí.

---

(1) *Cajas dentro.*

Tetrarca.

¿Quién?

Filipo.

Yo, á quien adelanta
su lealtad á ser, señor,
el criado que se manda,
que solo te asista.

Tetrarca.

¡O cuanto
el ser tú quien me acompaña
estimo!

Filipo.

No es leal el que
no lo es hasta las aras;
y así, aqueste breve tiempo
que le queda á tu esperanza
de vida, pues se presume,
que antes que de Egipto salga
Octaviano, su rigor
en tí ejecute; mis canas,
mi amor, mi fé, mi alma, y vida
vienen á ver que me encargas.

Tetrarca.

¿Tan breve y tan cierta es
mi muerte?

Filipo.

El que su jornada
apresure, lo adivina.

Tetrarca.

¿Cómo?

Filipo.

Como hace la marcha
á Jerusalen, por si hay,
muerto tú, novedad.

Tetrarca.

Calla,
Filipo, no me lo digas,
que tú eres el que me matas
antes que él

Filipo.

¿Yo, señor?

Tetrarca,

Sí,
pues tú el morir me adelantas.
¿A Jerusalen el César?
¿donde (¡los cielos me valgan!)
halle á Mariene viva,
quien la idolatró pintada?
él victorioso, yo muerto,
y ella querida ¿qué aguarda
mi desesperado amor? (1)

Filipo.

¿Qué haces?

Tetrarca.

Quitarte la espada,
para arrojarme sobre ella,
que mas valor y mas causa
tengo yo, que Antonio.

Filipo

Mira...

Tetrarca.

Si haré, si me das palabra
de hacer por mí una fineza.

Filipo.

No habrá cosa que no haga
yo por tí.

---

(1) *Quiere quitarle la espada.*

Tetrarca.

¿Si es prodigiosa?

Filipo.

Ningun prodigio me espanta.

Tetrarca.

¿Si es terrible?

Filipo.

Que lo sea.

Tetrarca.

¿Cruel?

Filipo.

¿Qué importa?

Tetrarca.

¿Temeraria?

Filipo.

Valor tengo para todo.

Tetrarca.

¿Fiera?

Filipo.

Nada me acobarda.

Tetrarca.

¿Y si es bárbara?

Filipo.

Tampoco.

Tetrarca.

Pues escucha; pero aguarda,
que es tal la resolucion,
que para representarla
á los teatros del mundo,
como, al fin trágica farsa,
pues hay recado, quiero antes,
con escribirla ensayarla. (1)

---

(1) *Pónese á escribir.*

Filipo.

¿Qué será resolucion, *ap.*
que con prevenciones tantas
piensa? Apenas dos renglones
escribe y cierra la carta,
cuando á mí vuelve.

Tetrarca.

Oye ahora.

Filipo.

Si haré con vida y con alma.

Tetrarca.

Si todas cuantas desdichas,
si todas cuantas desgracias
ha inventado la fortuna,
deidad de los hombres varia,
se perdieran, todas juntas
hoy en mí solo se halláran,
que soy epílogo y cifra
de las miserias humanas.
Yo, que ayer de Mariene
esposo y galan, con raras
muestras de amor coroné
de victorias mi esperanza;
hoy lloro agravios, sospechas,
temores, desconfianzas,
y.... zelos iba á decir,
pero imaginarlos basta.
Yo, que ayer de Palestina
Gobernador, y Tetrarca,
no cupe ambicioso en cuanto
el sol dora, y el mar baña;
hoy pobre, triste y rendido,
entre dos fuertes murallas,
aprisionándome el vuelo,
tengo abatidas las alas.

Yo, que del laurel sagrado
ayer pretendí las ramas
siempre verdes, á pesar
de los rayos que las guardan;
hoy segur suya mi acero
veo que sus pompas tala,
solamente por llegar
embotado á mi garganta.
¡Pluguiera al hado! ¡pluguiera
al cielo, que aquí paráran
sus presagios, y que en mí
se desmintiera la ingrata
indignacion de un destino!
pues muriendo yo á la saña
del temple infausto, pudiera
persuadir á la ignorancia,
que ya de lo que mas quise
ejecutó la amenaza.
¡Mas ay triste! ¡ay infelice!
que no soy yo á quien mas ama
mi misma vida, supuesto
que tambien ella tirana
me aborrece por ser mia;
y no con morir acaban
mis desdichas, que inmortales
mas allá de morir pasan.
Octaviano (al pronunciarlo,
valor y aliento me faltan),
Octaviano adora (¿cómo
lo diré sin que me añada
dolor á dolor?), adora
á Mariene; pintada
dos veces la ví, y dos veces
á él gentil, pues idolatra
una vez á un sol sin luz,

y otra á una deidad sin alma.
¡Mal haya el hombre infeliz,
otra y mil veces mal haya
el hombre que con muger
hermosa en estremo casa!
que no ha de tener la propia
de nada opinion, pues basta
ser perfecta un poco en todo,
pero con estremo en nada;
que es armiño la hermosura,
que siempre á riesgo se guarda;
si no se defiende, muere;
si se defiende, se mancha.
No, pues, mi ambicion, Filipo,
no mi atrevida arrogancia,
no el ser parcial con Antonio,
no mi poder, no mis armas,
me aflije, me desespera,
me precipita y me arrastra,
sino el ser de Mariene
esposo. ¡Ó caigan, ó caigan
sobre mí mares y montes!
aunque si de ofensas tantas
el peso no me derriba,
no me rinde, no me agraba,
el de los montes y mares
no me agoviará la espalda:
y así, viendo cuanto á instantes
mi vida cuenta la parca,
y cuanto á brazo partido
en esta lóbrega estancia
luchando estoy de mi muerte
con las sombras y fantasmas;
viendo, en fin, que apenas hoy
en una pública plaza

seré horror de la fortuna,
seré del amor venganza,
cuando él sea ¡ay infeliz!
(pues á Jerusalen marcha,
donde es fuerza que la vea)
en tálamos de oro y grana,
heredero de mis dichas,
dueño de mis esperanzas;
muero de agravios y zelos,
que matan, porque no matan.
Dirásme, ¿que qué me importa,
pues con la vida se acaban
las desdichas? ¡Ay Filipo,
cuánto esa opinion engaña!
que amor en el alma vive;
y si ella á otra vida pasa,
no muere el amor, sin duda,
puesto que no muere el alma.
¿El no nace de una estrella,
ya propicia, ó ya contraria?
¿pues cómo faltará amor,
mientras la estrella no falta?
¿Quieres ver cual es la mia?
Pues si pudiera apagarla
hoy con el último aliento,
lo hiciera, porque faltára
del cielo, y otro ninguno,
en su gracia ó su desgracia,
no naciera como yo,
porque como yo no amára.
Y en fin, ¿para qué discurre
mi voz? ¿para qué se cansa?
Otra pena, otro dolor,
otro tormento, otra ansia
en el corazon no llevo,

sino solo ver que aguarda
Mariene á ser empleo
de otro amor, de otra esperanza.
Sea barbaridad, sea
locura, sea inconstancia,
sea desesperacion,
sea frenesí, sea rabia,
sea ira, sea letargo,
ó cuanto despues mis ansias
quisieren, que todo quiero
que sea, pues todo es nada,
como no sean mis zelos;
y asi, pues que la palabra
me has dado de obedecerme,
haz lo que mi amor te encarga:
vuelve á Jerusalen, vuelve
á la esfera soberana
del mejor sol de Judea;
y en diciéndote la fama
que he muerto, en el mismo instante
con mortal eclipse apaga
á la tierra el mejor rayo,
al cielo la mejor llama,
al campo la mejor flor,
la mejor estrella al alba.
Tolomeo, que quedó
por capitan de mis guardias,
y siempre á Mariene asiste,
sin poder seguirme, á causa
de quedar convaleciente
de aquella herida pasada,
dará la ocasion, á cuyo
fin, para él es esta carta:
de él te fia, pues no dudo,
previstas las circunstancias

de un veneno, ó de un dogal,
que él te guarde las espaldas.
Muera yo, y muera sabiendo
que Mariene soberana
muere conmigo, y que aun tiempo
mi vida y la suya acaban;
pero no sepa, que yo
soy el que morir la manda:
no me aborrezca el instante,
que pida al cielo venganza.
No te acobarde lo horrible
de una historia tan estraña,
que cuando murmuren unos
que hubo quien dejó por manda
un homicidio, creyendo
que así sus penas engaña,
que así sus quejas desmiente,
que así desdice sus ansias,
y que así enmienda sus zelos;
otros habrá que la aplaudan,
pues no hay amante ó marido,
(salgan todos á esta causa)
que no quisiera ver antes
muerta, que agena su dama.

Filipo.

Bien quisiera responderte,
mas no es posible, que baja
mucha gente á la prision.

Tetrarca.

Por si vienen por mí, salga
mi valor á recibirlos:
tú, cobrando la ventaja
que puedas, parte, Filipo,
al instante.

Filipo.

Señor.....

Tetrarca.

Calla,
que sé que tienes razon,
pero no puedo escucharla.

Filipo.

Ni yo decirla, que llega
ya la gente.

Tetrarca.

Esferas altas,
cielo, sol, luna y estrellas,
nubes, granizos y escarchas,
¿no hay un rayo para un triste?
pues si ahora no los gastas,
¿para cuándo, para cuándo
son, Júpiter, tus venganzas?

ESCENA XI.

DECORACION DE MARINA.

Aristóbulo, Mariene, Damas y Soldados.

Aristóbulo.

Dame otra vez los brazos,
porque coronen tan hermosos lazos
hoy la esperanza mia.

Mariene.

Mi vida, hermano, á tu valor se fia,
publiquen, pues, tus glorias,
que victorias de amor son mis victorias.

Aristóbulo.

Ya que por la lealtad de Polidoro,
como te dige, con mi nombre preso,
de un infeliz á otro infeliz suceso,

pude llegar donde tu luz adoro,
y donde tu obediencia y tu decoro
atenta dignamente
nuestra nacion, de su alistada gente
General me ha nombrado,
cumpliré la palabra que te he dado
de morir animoso,
ó traerte libre tu adorado esposo.

Mariene.

¡Oh, cúmplamela el cielo!
Y pues el campo de cristal y yelo
de aquí á Egipto es tan breve,
por ese pasadizo, que de nieve,
ó se encrespa, ó se eriza,
cuando el copete de su frente riza,
presto la nueva espero
de que mi amor desempeñó tu acero.

Aristóbulo.

Si su amor va conmigo,
fácil empresa, fácil triunfo sigo.

ESCENA XII.

Dichos y Tolomeo.

Tolomeo.

Ya el campo cristalino
tanto pez de madera, ave de lino,
admite en sus esferas,
que parecen las ondas lisongeras,
ocupando horizontes,
una vaga república de montes.
Y pues noble no queda,
que escusarse á tan alta faccion pueda,
que me des te suplico
licencia.....

Mariene.

Antes de oirla, la replica.
Capitan de mis guardias te ha dejado
mi esposo, su palacio te ha fiado;
no es asistirme á mí menos ufana
faccion, que esotra.

Aristóbulo.

Dice bien mi hermana;
y pues el cargo, que os quedeis abona,
mirad que me mireis por su persona.

Tolomeo.

Obedecerte espero.

Mariene.

Y yo veros partir á todos quiero,
porque os den para iros,
agua mis ojos, viento mis suspiros.

ESCENA XIII.

Tolomeo y Libia.

Libia.

Permita la ocasion á mi deseo
el que de tu salud ¡ó Tolomeo!
el parabien te dé; si bien pudiera
dármela á mí mejor de que no hubiera
Mariene admitido
la fineza de ir; que hubiera sido
doblada la dolencia,
consolar un dolor con una ausencia.

Tolomeo.

Agradezca, señora,
el favor toda una alma que te adora;
y pues como á milagro
suyo, mi vida á tu deidad consagro,
cree que el morir sentia,

no, Libia hermosa, no porque moria,
sino porque sin verte,
pagaba con dos vidas una muerte.

Libia.

Responderte quisiera:
mas la Reyna, que ocupa la ribera,
me echará menos; solo te prevengo,
que ya falseada para vernos tengo
del jardin esta llave.

Tolomeo.

Si ser amor ladron de casa sabe,
dame la llave ahora,
y apenas desdoblar verás, señora,
la falda, que arrugó la noche fria,
sobre la hermosa variedad del dia,
cuando entre en el jardin, y sean sus flores
los testigos no mas de tus favores,
siendo sus pompas bellas,
si flores para tí, para mí estrellas.

Libia.

Toma; y advierte no entres, que quejosa
de tí Sirena, y de mí amor zelosa,
anda, basta.... Mas no puedo
proseguir; á Dios, pues.

Tolomeo.

Confuso quedo:
oye, espera.

Libia.

No faltes de esta parte,
que yo si puedo volveré á informarte.

ESCENA XIV.

Tolomeo, y poco despues Filipo.

Tolomeo.

Aunque en la paz me quedo,

temer mas guerra en mis sentidos puedo
que tienen mar y tierra,
pues incluyen mas guerra
que tierra y mar el ansia y el cuidado
del que aquí aborrecido y allí amado,
lidia con su deseo,
siendo Sirena y Libia....

Dentro Filipo.

¿Tolomeo?

Tolomeo.

¡Cielos! ¿Llamáronme?

Filipo.

Sí.

Tolomeo.

¿Quién?

Filipo.

Un hombre que ha llegado (1)
en un barco que ha volado
desde el mar de Egipto aquí;
y que sin ser conocido
de otro, á cuyo fin cubierto
el rostro, ha tomado puerto
en sitio mas escondido,
á solas tiene que hablaros:
seguidme.

Tolomeo.

¿No me direis
quien sois?

Filipo.

Despues lo sabreis.

Tolomeo.

¿Quién vió sucesos mas raros? *ap.*
Guiad, pues.

---

(1) *Sale cubierto el rostro.*

Filipo.

Sí haré, ninguno
me ha de ver hablar con vos.

ESCENA XV.

DECORACION DE SELVA.

Tolomeo.

Ya estamos solos los dos,
y el sitio es tan oportuno
que es apartado lugar.

Filipo.

Pues leed ese papel;
que en viendo lo que hay en él
tenemos mucho que hablar.

Tolomeo.

Cada punto, cada instante,
añadís al corazon
otra nueva confusion.

Filipo.

Aun mas quedan adelante:
leed, que mas duda os espera
por piadoso ó por cruel.

Tolomeo

Del Tetrarca es el papel,
y dice....

Filipo.

De esta manera;
descubriendo su intencion,
lo que hay en él he de ver,
para ver qué debo hacer.

Tolomeo

Notable es mi confusion.

Lee. *A mi servicio conviene,*
á mi honor y á mi respeto,
que muerto yo, con secreto
deis la muerte á Mariene.
Hombre, que de asombros lleno
traes en carta tan sucinta,
del rejalgar de su tinta
confeccionado el veneno;
si conjuracion ha sido
la de esta temeridad,
y á examinar mi lealtad
de parte suya has venido,
no solo en lo que contiene
mi honor convendrá, mas piensa,
que he de morir en defensa
de mi Reyna Mariene;
y pues traidor, vive Dios,
eres (que no te encubrieras
el rostro, si noble fueras)
y estamos solos los dos,
te tengo de hacer pedazos
entre mis brazos.

Filipo.

No harás, (1)
que yo no esperaba mas
para darte mil abrazos.

Tolomeo.

Filipo (¡qué es lo que veo!)
tú sospechoso (¡qué miro!)
ya con mas causa me admiro,
con mas razon no lo creo.

---

(1) *Descúbrese.*

Filipo.

El Tetrarca para tí
con esta carta me envía,
que de los dos solos fia
la accion que contiene en sí:
muerto él, nos manda que muera
Mariene; pero ya
que de tu valor está
vista la fe verdadera,
quédese el caso encubierto,
que si él vive estarlo es bien;
y si acáso muere ¿quién,
ha de obedecer á un muerto?

Tolomeo.

Dices bien; pero aun es mucha
mi duda, sepa qué es esto:
¿quién en tal furor le ha puesto.?

Filipo.

Si quieres saberlo escucha:
Octaviano enamorado
de un retrato que....

Tolomeo.

Detente,
que por aquí viene gente.

Filipo.

A los dos nos ha importado
que no me vean, y así,
por desmentir la sospecha,
quédate á hacer la deshecha,
y vente despues tras mí,
que en ese monte te espero,
y mil prodigios sabrás.

ESCENA XVI.

Tolomeo y poco despues Sirene.

Tolomeo.

¿Qué tengo que saber mas,
si ya de lo que sé muero?
Mariene era, ya torció
á los jardines el paso;
y yo suspenso del caso
que me ha sucedido, no
sé de una accion tan cruel
cuantas cosas anticipo:
vuelvo á seguir á Filipo,
volviendo á leer el papel.

Sirene.

Decidme si por aquí
ha pasado Mariene,
que en su seguimiento.... pero
si hubiera visto quien eres,
ni aun esto te preguntara,
por no hablarte, por no verte.

Tolomeo.

Espera, Sirene, aguarda.

Sirene.

¿Para qué, tirano aleve,
ingrato, falso, inconstante?

Tolomeo.

Para que sepas, Sirene,
que los hombres como yo,
con principales mugeres
bien pueden no ser amantes,
pero no el no ser corteses;
yo por soldado no tuve
inclinacion....

*

Sirene.

Cese, cese
tu voz, que aun satisfaciones
de tí no quiero.

ESCENA XVII.

Dichos, y Libia, al paño.

Libia.

¡Valedme,
Cielos!
¡Qué escucho! ¿mas cómo
lo dudo, pues claramente
dice que la satisface
la que dice que no quiere
oir satisfaciones?

Tolomeo.

Ya
que aquesta ocasion ofrece
el acaso de encontrarme,
por mí mismo has de oirme, atiende.

Sirene.

No haré tal, que cortesana
yo tambien, no quiero hacerte
el pesar de que no leas
el papel que te divierte
tan á solas; y así es bien,
(porque él sea el que me vengue,
mostrando cuan poco ó nada
mis vanidades lo sienten)
que pues leyéndole te hallo,
que leyéndole te deje.

ESCENA XVIII.

Tolomeo y Libia.

Libia.

¿Qué papel, cielos, será,
el que la venga y la ofende?

Tolomeo.

Haces bien, pues aunque vuelva
á leerle una y muchas veces,
una y muchas volveré
á dudar lo que contiene.

Libia.

¿Mi sufrimiento, qué aguarda?

Tolomeo.

Lee. *A mi servicio conviene...*

Libia.

Suelta ingrato. (1)

Tolomeo.

¿Qué es aquesto?

Libia.

Saber qué papel es este.

Tolomeo.

Pues no lo has de saber, Libia;

Libia.

¿Cómo no?

Tolomeo.

Si es que merece
algo contigo mi honor,
si me estimas, si me quieres,
débate yo la fineza
de no verle.

Libia.

¿Qué es no verle?

---

(1) *Le ase el papel.*

si lo que á decirte vuelvo
es que en el jardin no entres,
de cuya puerta la llave
mi amor te entregó imprudente,
hasta que una seña mia
te asegure de Sirene,
porque quejosa de tí,
y de mí zelosa, suele
estar en él á deshoras:
¿cómo, dí, ingrato, pretendes,
hallándote con la misma
de quien recatarte debes,
dándola satisfaciones,
y diciendola que aqueste
papel la venga de tí,
que sin mirarle le deje?

Tolomeo.

Aunque tienes razon, Libia,
vive Dios, que no la tienes:
el papel ni á ella ni á tí
toca, y en fin no has de verle.

Libia.

He de verle.

Tolomeo.

Mira....

Libia.

Aparta.

Tolomeo.

Considera....

Libia.

Quita.

Tolomeo.

Advierte,
no desatento....

Libia.

¿Tú?

Tolomeo.

Sí.

Libia.

¿De qué suerte?

Tolomeo.

De esta suerte.

Libia.

¿Tú conmigo tan grosero?

Tolomeo.

¿Tú conmigo tan aleve?

Los dos.

Suelta el papel. (1)

ESCENA XIX.

Dichos y Mariene.

Mariene.

¿Qué papel?

Tolomeo.

¡Grave mal!

Libia.

¡Desdicha fuerte!

Tolomeo

¿Qué pudiste engendrar, Libia,
sino áspides y serpientes?

Libia.

¿Qué mas áspides que zelos?

Mariene.

¿Pues qué atrevimiento es este?
¿así mi esplendor se agravia?
¿así mi sombra se ofende?

---

(1) *Parten entre los dos el papel.*

¿ mi decoro se aventura,
y mi respeto se pierde?
¿En mi casa, y á mis ojos,
vuestras acciones se atreven
á profanar un palacio,
templo de honor, tal, que á verle
el sol, no entrára á no entrar
con disculpa de que viene
á darle la luz, que el sol
aun no entrára de otra suerte?
Dáme esa parte tú, y tú
esotra, de ellas conviene
informar á mi recato.

Tolomeo.

Que es una víbora advierte,
que dividida en mitades
con cualquier estremo muerde.

Mariene

Vete tú, Libia, de aquí.

Libia.

Piedad es el que me ausente, *ap.*
por no verla tan airada.

ESCENA XX.

Tolomeo y Mariene.

Mariene.

¿Tú tambien, qué aguardas? vete.

Tolomeo.

Si por ventura han podido
mis servicios merecerte
sola una merced, que sea
capaz de muchas mercedes,
rompe ese papel, y no
le leas, señora; atiende,

que cuanto por verle ahora,
darás despues por no verle.

Mariene.

¿Qué deseo de Muger
se rindió al inconveniente?

Tolomeo.

El que advertido de mí
sepa que á fin diferente
de que llegase á tus manos:
está inficionado ese
papel de un mortal veneno
tan rigoroso y tan fuerte,
que matará á quien le mire;
que es la causa porque el leerle
á Libia le defendia,
viendo que entre estos laureles
era ella quien le habia hallado,
no siendo ella á quien previene
matar mi fé en tu servicio,
que hay en él algun aleve,
con quien se escribe Octaviano;
y así, que de tí le eches,
con lágrimas á tus pies,
te suplico humildemente.

Mariene.

Quien advierte de un peligro
nunca suplicando advierte,
porque el beneficio manda,
y no ruega; luego mientes
que si estos estremos haces
cuando me acuerdas los bienes,
¿qué dejas que hacer, que dejas
cuando los males acuerdes?
Letra del Tetrarca es,
con que ya se desvanece

el que fuese tuyo, y ya,
que viva ó muera he de leerle.

Tolomeo.

¡Ay infeliz de tí! *ap.*

Mariene.

Dice aparte de esta suerte:
Muerte es la primer razon
que he hallado, *honor* contiene
esta, *Mariene* aquí
se escribe: ¡Cielos, valedme,
que dice mucho en tres voces
Mariene, *honor y muerte*!
Secreto aquí, aquí *respeto*,
servicio aquí, aquí *conviene*
y aquí, *muerto yo*, prosigue:
¿mas qué dudo? ya me advierten
los dobleces del papel
adonde están los dobleces,
llamándose unos á otros. (1)
Sé, ó prado, lámina verde,
en que ajustándolos lea:
A mi servicio conviene,
á mi honor y á mi respeto,
que muerto yo ¡hados crueles!
deis ¡con qué temor respiro!
deis la muerte á Mariene.
Bien dijiste que era fiero
tósigo y veneno fuerte,
puesto que si no me mata,
por lo menos lo pretende.
¿Quién este papel te dió?

Tolomeo.

Filipo, que con él viene

---

(1) *Pone los pedazos en el suelo y júntalos.*

de Egipto; pero señora,
estar satisfecha puedes
de su lealtad y la mia,
pues los dos....

Mariene.

Otra vez mientes,
que ni él ni tú sois leales,
pues cobardes, pues eleves,
ó viva ó muera, no sois
como debeis, obedientes
al precepto de mi esposo;
¿quién mas es cómplice en este
secreto?

Tolomeo.

Nadie, señora.

Mariene.

Pues mira lo que te advierte
mi voz; que ninguno sepa,
ni Filipo, que á entenderle
llegué yo.

Tolomeo.

Un marmol seré.

ESCENA XXI.

Mariene.

¡O infeliz una y mil veces
la que se ve aborrecida
de la cosa que mas quiere!
¿En qué, amado esposo mio,
en qué mi vida te ofende,
que te pesa de que viva
la que de adorarte muere?
¿Quando yo tu libertad
trato, y á Imperios de nieve

doy Semíramis de ondas,
Babilonias de bajeles;
cuando en mi imaginacion,
despues que vives ausente,
adorando estoy tu sombra,
y á mis ojos aparente,
por burlar mi fantasía,
abracé el aire mil veces;
tú en una oscura prision,
funesto mísero alvergue,
en vez de abrazar mi imagen,
estar trazando mi muerte?
¿O te quiero, ó no? ¿Si no
te quiero, ¿no es mas decente
á un noble, que de muger
que le olvida no se acuerde?
Y si te quiero, ¿por qué,
despues de muerto pretendes
que muera? ¿No sabré yo,
sin mandarlo obedecerte?
¿Luego olvidando ¡ay de mí!
ó queriendo, de una suerte
ofendes tu vanidad,
ó mi gratitud ofendes?
Si del mundo el mayor Monstruo
me está amenazando en ese
encuadernado volúmen,
mentira azul de las gentes,
y tú me matas, será
bien decirse de tí que eres
el mayor Monstruo del mundo.
¡Mas ay! que en llegando á este
término, no sé que nuevo
espíritu me enfurece;
y pues me tocan al alma

afectos tan diferentes
de los mios, plegue al cielo,
fementido esposo aleve,
que el socorro que te embio
nunca á tomar puerto llegue:
entre las Sirtes y Scilas
de Egipto á pique le echen
los zozobrados embates,
los contrastados vaivenes
de las ráfagas de Eolo,
ó los sepulcros de Tetis.
No solo en tu libertad
milite, pero de suerte
irrite á Octaviano, que
apresurando tú.... ¡ tente
lengua! no su muerte digas,
basta que él diga mi muerte;
que una cosa es ser quien soy,
y otra ofenderme él. ¡O plegue
al cielo! que victoriosa
tan en su favor navegue
la armada de tu socorro,
que sobre el puerto de Ménfis
en tan grande estrecho ponga
la confusion de sus gentes,
que temerosa de que
las mias sus muros entren
á sangre y fuego, á partido
reducidas, me le entreguen
vivo, para que á mis brazos....
¿Pero qué digo? suspende
lengua, otra vez el acento,
sino es que decir intentes,
á mis brazos, para que
vengativa é impaciente

en ellos le haga pedazos:
¡ay de mí! ¡qué facilmente
de un estremo á otro se pasan
en afectos de mugeres
las lástimas á ser iras,
y los favores desdenes!
De mugeres dije; pero
dige mal, que escluirse deben
las mugeres como yo
de lo comun de las leyes;
y pues piadosas en una
parte, y en otra crueles
mis ansias lidian, en tanto
tropel como me acomete
de divididos afectos,
de encontrados pareceres
y opuestas obligaciones;
déme el cielo industria, déme
medio el hado, para que
tanto unas como otras temple,
que como esposa ofendida,
y como Reyna prudente,
cumpla con el mundo, y cumpla
conmigo, cuando á ver lleguen
cielo, sol, luna y estrellas,
astros y signos celestes,
montes, mares, troncos, plantas,
hombres, tierras, aves, peces,
que como Reyna perdone,
y como muger me vengue.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE MARINA.

Suenan instrumentos de música en una parte, y en habiendo cantado, suenan cajas destempladas; y despues de los primeros versos, salen Octaviano, el Capitan y Soldados.

Unos.

Viva Octaviano.

Música.

Viva.

Unos.

Y en los campos de Oriente.....

Música.

Y en los campos de Oriente.....

Unos.

Ciñan su augusta frente.....

Música.

Ciñan su augusta frente.....

Unos.

Sacro el laurel, pacífica la oliva. (1)

Dentro Mariene.

La aclamacion festiva
convertida en lamento,
de mísera contento,
diga en mi pena fiera,
que muera yo donde mi esposo muera.

(1) *Tocan las cajas destempladas.*

Dentro otros.

A tierra á tierra. *Salva.*

Capitan dentro.

Marche
inspirado el clarin, herido el parche,
á la ciudad en órden nuestra gente.

Octaviano.

Salve, ó tú Metrópoli de Oriente,
Jerusalen divina.
Salve, ó tú Emperatriz de Palestina,
y del Asia señora,
que en el rosado imperio del Aurora
con luciente voz muda
el sol en su primera edad saluda.
Salve otra vez, y admite
tu César, cuyo nombre, que compite
al tiempo y al olvido,
dos veces al laurel restituido,
pisa tu arena; una
en favor del poder y la fortuna;
y otra, por mas blasones,
á pesar de traidoras sediciones;
pues cuando presumias,
que del romano yugo sacudias
la cerviz, con haber hoy enviado
á Aristóbulo tanto leño alado
á librar tu Tetrarca:
yo como en fin, caudillo de la parca,
habiéndole encontrado en el camino,
y á fuerza del destino
dejándole su armada
en las costas de Jafa derrotada,
llego á tí, donde intento,
que el primer escarmiento
que tu muralla vea,

de tu Tetrarca la cabeza sea;
á cuyo fin, por mas infeliz suerte,
su muerte dilaté, porque su muerte
le dé terror mas fiero,
y mas el filo de este infausto acero,
desagraviando de camino aquella
que ofendió soberana deidad bella.
De ese, pues, bagel donde
mas le sepulta el buque, que le esconde,
á tierra le sacad con el criado,
que tambien por haberme á mí engañado
y que él era Aristóbulo fingido,
ha de morir. (1) ¿Mas qué confuso ruido
de músicas en una
parte se escucha? ¿Quién en otra alguna
sedicion cajas toca destempladas,
repitiendo encontradas,
allí con voz altiva.....

Música y unos.

Viva Octaviano, viva.

Octaviano.

Y allí con voz severa. ....

Mariene.

Y muera yo donde mi esposo muera.

Capitan.

De la ciudad abiertas
á tu salva, señor, miro dos puertas
que de aquí se divisan,
y varias de un estremo en otro avisan;
que por una de hombres el festivo
vulgo, aclamando tu renombre altivo,
á recibirte sale;
y porque el llanto al regocijo iguale,

(1) *A un lado cajas, y á otro música.*

por otra, negros lutos arrastrando,
y haciendo las mugeres nuevo bando,
salen tambien diciendo,
en ambos coros uno y otro estruendo,

Todos y Música.

Viva Octaviano, viva:
y en los campos de Oriente
ciñan su augusta frente
sacro el laurel, pacífica la oliva.

Mariene.

La aclamacion festiva,
convertida en lamento
de mísero contento,
diga de otra manera,
que muera yo donde mi esposo muera.

ESCENA II.

Dichos, y Filipo con una fuente y en ella unas llaves, y Tolomeo con otra y en ella un laurel; y por la otra parte Mariene y damas, vestidas de luto, con un velo en el rostro.

Tolomeo.

Pues la ciudad no tiene
mas medio, aunque lo sienta Mariene,
fuerza es rendirnos: llega,
y tú las llaves y el laurel entrega.

Filipo.

En albricias del fin de penas tantas,
Jerusalen, señor, hoy á tus plantas
sus llaves rinde.

Tolomeo.

Y su laurel y oliva.

Los dos.

Diciendo á voces.

Todos.

Octaviano viva

Mariene y Música.

A tus pies infelice
llega tambien quien afligida dice,
bien que en cláusula menos lisonjera,
que muera yo donde mi esposo muera.

Octaviano.

En estremos tan raros,
que agradeceros tengo y que estimaros
á vosotros; mas no que agradeceros,
ni estiraros á vos, llegando á veros
con señas tan funestas,
de mis aplausos perturbar las fiestas.
Marche el campo. (1)

Mariene.

Primero
me has de escuchar.

Octaviano.

Si enternecer no espero
mis iras, ¿para qué con ellas luchas?

Mariene.

¿Para qué tú gobiernas si no escuchas?

Octaviano.

Dices bien, oirte quiero; mas no ignoro
que tampoco es respeto ni decoro,
que tapada escucharte haya, sin verte.

Mariene.

Tambien tú dices bien; ahora advierte. (2)

Octaviano.

¡Cielos, qué es lo que veo! *ap.*
¿de cuándo acá tomó cuerpo el deseo?

---

(1) *Vuelve la espalda y ella le detiene.*
(2) *Quitase el velo.*

Mariene.

¿Cielos, que es lo que miro? *ap.*
Todo el aliento al corazon retiro
al verme en su presencia descubierta.

Octaviano.

¿No es esta la beldad que adoré muerta? *ap.*

Mariene.

Suspensa al verle quedo. *ap.*

Octaviano.

Al mirarla ni creer ni dudar puedo. *ap.*

Tolomeo.

¿Qué estremo es este? ¡ay infeliz! sin duda *ap.*
viene á que el Cesar á vengarla acuda
de aquel rigor. ¿No basta, pena mia,
presa á Libia tener desde aquel dia,
sino querer ahora
descubrir el secreto?

Filipo.

Pues ignora *ap.*
á qué fue mi venida,
no hay que temer, segura está mi vida.

Mariene.

Mal cobarde me aliento. *ap.*

Octaviano.

Mal osado me animo *ap.*

Mariene.

Mas, ¿por qué me reprimo? *ap.*

Octaviano.

¿Pero porqué lo que he de estimar siento? *ap.*
Muger ¿qué quieres?

Mariene.

Que me estés atento.

Octaviano.

¿Qué aguardas, pues?

Mariene.

Escucha.
Mucha es mi turbacion. *ap.*

Octaviano.

Mi pena es mucha, *ap.*
pues la muerta ceniza es viva llama.

Mariene.

Inclito César, cuya heroica fama...

ESCENA III.

Dichos, soldados con el Tetrarca y Polidoro.

Soldados.

Con el criado aquí el Tetrarca viene.

Tetrarca.

¡Qué miro! ¿con el César Mariene? *ap.*
¿pues no bastaba ¡cielos!
ir á morir, sino á morir de zelos?

Polidoro.

¿Qué son zelos? ¡pluguiera
á Baco para mí zelos hubiera,
y no hubiera un garrote
que anda desde la nuez hasta el cogote,
ya haciéndome cosquillas.!

Octaviano.

Su castigo
diré despues: prosigue.

Mariene.

Ya prosigo.
Inclito César, cuya heróica fama
al alcázar se eleva de la luna,
cuando con lábios de metal te aclama
su Júpiter, y dios de la fortuna:
si cuando él á relámpagos se inflama,
el Iris le serena, en mi importuna
suerte, que eres mi Júpiter se vea,

y el Iris de mi paz tu laurel sea.
Y pues tu nombre en láminas se escribe,
que el tiempo que mas vuela, que mas corre,
ni con las torpes alas le derribe,
ni con las plantas trágicas le borre:
vive piadoso, generoso vive,
y del sol coronada la alta torre
que al águila de Roma le dió nido,
verás triunfar del tiempo y del olvido.
Yo soy la desdichada Mariene,
dijera bien la desdichada esposa
de ese contra quien ya tu ceño tiene
blandida la cuchilla rigorosa:
si una línea de púrpura detiene
del mas noble animal la mas furiosa
accion, deten tú el paso á tus enojos,
pues son líneas de púrpura mis ojos.
Mas ¡ay! que en vano á tus piedades pido
la vida que has de darme generoso;
que eres Rey, y has de ser compadecido;
que eres valiente, y has de ser piadoso;
que eres noble, y has de ser agradecido;
que eres tú, y has de ser tan victorioso,
que conozcas, que alcanza menos gloria
el que con sangre mancha la victoria.
No, pues, el que te espera heróico asiento
construyas en cadalso duro y fuerte,
no el triunfal carro en triste monumento,
no el fausto en ceremonias de la muerte,
no la música en mísero lamento,
no la felicidad en triste suerte,
la gala en luto, en pena la alegria;
no acabe mal tan venturoso dia.
Entra triunfando, pero no venciendo,
entra venciendo, pero no vengando;

que mas aplauso has de ganar, entiendo,
perdonando, señor, que castigando;
halle piedad la que lloró pidiendo,
halle piedad la que pidió llorando;
y pues son dos, siquiera una reciba,
ó que yo muera, ó que mi esposo viva.

Tetrarca.

¿Quién de dos muertes sitiada *ap.*
vió su vida tan á un tiempo,
que negada ó concedida,
de cualquiera suerte muero?

Polidoro.

¡Hay tal infamia! ¡que llore
por su marido, pudiendo
llorar por mí, que á estas horas
mas de sentenciado tengo
la cara que él!

Octaviano.

Bien se deja *ap.*
ver, que Aristóbulo al trueco
del criado, y ver que estaba
en el retrato suspenso,
fingiendo ser muerta, quiso
desvanecer mis afectos;
por mí, por ella y por él
importa que satisfecho
viva, pues ha de vivir.
¿Adónde hallará el ingenio
disculpas para un marido,
que es la plática del riesgo,
que aun satisfaciendo agravia?
Mas no hablando con él, puedo
darle á él la satisfacion.
Alzad, señora, del suelo;

y aunque es verdad que lo siento,
enmiende el pesar de oiros
el gusto de obedeceros:
mas no me lo agradezcais,
que si una vida os ofrezco,
es porque os debo una vida,
sin saber á quien la debo.
Vuestro hermano, entre otras joyas,
perdió este retrato vuestro,
y sin saber cuyo fuese,
de que hago testigo al Cielo,
y á cuantos dioses adoro;
solo por ser tan perfecto,
mandé á un pintor que me hiciese
de él una imágen de Venus:
ésta, pues, constituida
ya una vez en deidad, viendo
un peligro en que me hallaba,
(decir cual fuese no quiero,
porque olvidaré el perdon,
si del delito me acuerdo)
de él me libró, de manera,
que aunque Venus fuese el dueño
del acáso, fuisteis vos
del acaso el instrumento;
y así en términos pagando
el haberos interpuesto
entre otro acero y mi vida,
he de hacer con vos lo mesmo
hoy que os advierto interpuesta
entre otra vida y mi acero.
Viva vuestro esposo, y no
solamente viva, pero
á su honor restituido;
una vida me pedis,

y por no dejar á riesgo
vuestros ojos de que lloren
otra vez, ni oiros ni veros
en mi vida (la voz miente, *ap.*
no el alma) perdon concedo
á vuestro hermano, y á cuantos
en este levantamiento
cómplices fueron; y en fin,
porque ni al llanto ni al ruego
quede nada que pedirme,
aun vuestro retrato os vuelvo,
que no es decoro ser mio,
el día que sé que es vuestro:
tomad, pues. *Dásele.*

Mariene.

Vivas los siglos
del Fénix.

Tetrarca.

Y tan eternos
como deseará esta vida,
que ya como tuya ofrezco,
porque el ser dádiva tuya
la cerca el merecimiento,
á Mariene.

Mariene.

Felice,
dulce esposo, amado dueño,
el dia que vuelvo á verte
en mis brazos: quien en ellos;
mas no; que el de mi decoro *ap.*
no es el de mi sentimiento.

Tetrarca.

¡Qué dichosos desengaños!
haber sabido el primero
el acaso del retrato,

y el segundo hallar secreto
aquel rigor que fié
de Filipo y Tolomeo.

Tolomeo.

¿Ya qué tengo de temer? *ap.*
pues anda tan fina, es cierto,
que tener quiere su enojo
en la cárcel del silencio;
y luego dirán que no hay
muger que guarde secreto:
así me sucedan bien
los medios que tengo puestos
en la libertad de Libia,
de que avisada la tengo
con el mismo que esta noche
ha de abrir el aposento,
para que pueda librarla.

Octaviano.

Mi tienda armad, que no quiero
entrar en Jerusalen
hasta que el recibimiento
de imperial triunfo aperciba.
Hermoso prodigio bello, *ap.*
¿qué me sirve haberte hallado,
si cuando te hallo te pierdo?

Mariene.

Hasta dejarle en su tienda
vamos todos.

Tetrarca.

Yo el primero,
como el mas interesado,
seré quien vaya diciendo:
Viva Octaviano.

Todos y Música.

Viva,

y en los campos de Oriente
ciñan su augusta frente
sacro de laurel, pacifica la oliva:
Viva Octaviano, viva.

ESCENA IV.

Polidoro y Soldados.

Soldado 1.

¿Porqué vos, pues perdonado
estais, en su seguimiento
no vais, dándole, con todos,
las gracias?

Polidoro.

Porque no quiero,
que tan gran supercheria
como conmigo se ha hecho,
no se hiciera, vive Apolo,
no digo yo con un negro,
pero ni con un capon,
que aun es muchismo menos,
cuanto va desde ser hombre,
á solo empezar á serlo.

Soldado 1.

¿Qué supercheria?

Polidoro.

¿No fuisteis
vos quien me dijo, viniendo,
que venia á ser ahorcado?

Soldado 1.

Yo lo dije.

Polidoro.

¿Pues qué es dello?
¿es bien hacerme caer
en falta con todo un pueblo,

que estaba ya convidado?
¿es juego de niños esto?
¿venga usted, á ser ahorcado;
vaya usted, que ya está absuelto?
¿Qué ha de decirse de mí,
sino que soy un grosero,
y no valgo cuatro cuartos
para ahorcado? Y fuera de esto,
¿Qué ahorcado no es como un pino
de oro, en el comun lamento
de las viejas que le lloran?
¿Está por ventura el tiempo
para no ser pino de oro
siquiera por un momento?
¿La costa que tenia hecha
de mas de cuatro mil gestos,
para escoger los que habia
de ir por el camino haciendo,
qué he de hacer della? y despues
¿qué dirán de mí los ciegos,
que la jácara tendran
escrita ya de mis hechos?
Ello he de morir ahorcado,
que mi honra es lo primero:
y así, ustedes no se cansen,
que aunque les pese he de hacerlo.
Pues luego es bobo el delito;
sino, oid al pregonero.
Esta es la juicicia á este hombre
por Príncipe contrahecho.

Soldado 1.

Ande el menguado.

Soldado 2.

Este es loco,

Polidoro.

Hablemos bien, caballeros,
que no es loco, ni menguado
quien tiene mi entendimiento.

Soldado 1.

Dejarle para quien es.

Polidoro.

Han de ahorcarme, ó sobre esto
me mataré con mi padre,
con mi tio y con mi abuelo:
y para satisfacer
hoy á todo el universo,
de que no queda por mí,
á voces iré diciendo:
Esta es la justicia á este hombre
por Príncipe contrahecho.

Soldado 1.

Pues por vida de....

Polidoro.

¿Qué, me jura?

ESCENA V.

Dichos y Aristóbulo.

Aristóbulo.

¿Polidoro, pues qué es esto?

Soldado. 2.

No es nada.

Polidoro.

No sino mucho.

Aristóbulo.

¿Qué es, dí?

Polidoro.

Un atrevimiento,
y un desacato muy grande,

que aquí contigo se ha hecho;
pues siendo yo tu persona,
ahorcarme quisieron estos,
y no pudo ser á mí,
cuando yo no era yo mesmo,
porque hacia tu papel.

Aristóbulo.

Pues si conmigo es el duelo,
satisfecho le perdono,
porque no te quejes de ellos:
¿donde está el Emperador?

Soldado 1.

En su tienda.

Aristóbulo.

Pues yo quiero
irle á agradecer la vida
á la piedad de su pecho.

Polidoro.

Yo sabré de aquí adelante
el papel que represento.

ESCENA VI.

SALON DE PALACIO.

El Tetrarca, Mariene y damas.

Tetrarca.

Despues de darme la vida,
que yo tan á costa compro
de los agravios que callo,
de las desdichas que lloro,
torciendo las blancas manos,
humedeciendo los ojos,
turbada la voz del pecho,
pálido el color del rostro,

hasta el palacio has llegado,
y en él á lo mas remoto
de sus cuartos: ¿pues qué es esto?
mira que es afecto impropio
del beneficio cobrarle
tan presto: no rigoroso
tu pecho, aquel bruto sea,
que viendo el veloz arroyo
de una fuente inficionado
del áspid, noble y piadoso
la enturbia porque no beba
el caminante, que absorto
de ver enturbiar la plata,
que le brindó con sonoro
acento á beber cristal
en penada copa de oro,
maldice al bruto, ignorando
el favor: yo asi dudoso,
no agradeceré la vida,
si con agravios la logro;
que es turbar los beneficios,
embozarlos con enojos.

Mariene

Ya hemos llegado hasta el cuarto
prevenido: salios todos. (1)
Tú tenme abierta esa puerta,
en tanto que yo dispongo
cerrar esotra.

Tetrarca.

¿Fortuna,
qué es esto?

Mariene.

Ya estamos solos.

---

(1) *Vanse las damas.*

Tetrarca.

¿Qué miras?

Mariene.

Miro el puñal,
que del relox presuroso
de mi vida fue el volante.

Tetrarca.

En un peligro notorio
de mi vida le perdí.

Mariene.

Pues escucha.

Tetrarca.

Ya te oigo.

Mariene

Bien pensarás, ó cobarde
amante, ó tirano esposo,
alevè, cruel, sangriento,
bárbaro, atrevido y loco;
bien pensarás, que pedir
á aquel Monarca famoso,
á aquel valiente Romano,
á aquel capitan heriócо,
cuya vida el ave sea,
que en sagrado mauseolo
nace, vive, dura y muere,
hijo y padre de sí propio;
la tuya comprando á precio
de suspiros y sollozos,
ha sido piedad y amor
de mi pecho generoso;
pues no ha sido, no, piedad;
ni amor, afecto rabioso
y verganza sí, porque
no hay otro estilo, no hay otro
camino de castigar

un ingrato pecho, como
pagarle con beneficios,
cuando ofende con enojos;
que merced hecha á un ingrato,
mas que merced, es oprobio.
No, pues, por librarte, no,
del veneno rigoroso
turbé el cristal, aprendiendo
piedades del unicornio;
antes, para que le bebas,
te le enturbié con embozos;
y al revés de la piedad
de aquel animal piadoso
procedí, pues él cubrió
el beneficio de polvo,
y yo de halagos la ofensa:
mira lo que hay de uno á otro,
que él desdora las piedades,
y yo las crueldades doro.
No me diera, no, venganza
verte morir, cuando noto
que es la muerte en los afanes
última línea de todos:
verte vivir, sí, ofendido,
aborrecido y quejoso;
porque en el mundo no hay
castigo mas rigoroso
para un ingrato, que verse
olvidado de lo propio
que se vió amado: ¿el que llega
á esto cómo vive? ¿cómo?
Fuera de esto, por mí misma,
por mi honor, por mi decoro,
pedí tu vida, encubriendo
las causas con que me enojo,

que saben todos quien soy,
y quien eres uno solo;
y no por ganar con uno,
habia de perder con todos.
Tu vida perdí en efecto,
porque sepas que no ignoro
que has vivido en esta ausencia
de mi muerte cuidadoso:
este papel, esta firma
te convenza: ¡con qué asombro
le miras, quedando viva
estatua de nieve y plomo!
En mi mano está, no tienes
que examinar estudioso
como vino á ella, porque
la tierra, viendo el adorno
y la hermosura que debe
á este cristalino globo,
que parte la luna á giros,
que el sol ilumina á tornos,
le ofreció de no encubrirle
nada en su centro mas hondo;
que aun los cielos, con ser cielos,
dan las mercedes á logro
¿Tú eres (¡Aquí de mi aliento!
desmayado al primer soplo:
con mis lágrimas me anego,
con mis suspiros me ahogo)
de Jerusalen Tetrarca?
¿Tú eres rama de aquel tronco?
¡Qué bien dice aquel que dice,
que eres bajo y afrentoso
Idumeo, cuya cuna
bárbara es! ¿Qué mas apoyo
de esta opinion, que tus zelos

infames como alevosos?
¿Qué fiera la mas cruel,
qué bruto el mas riguroso,
qué pajaro el mas aleve,
qué bárbaro el mas ignoto
mató muriendo: pues antes
de hombres, fieras y aves oigo
que mueren dando la vida?
Dígalo en bramidos roncos
la víbora, que mordiendo
sus entrañas, poco á poco
se despedaza, sacando
muchas vidas de un aborto.
Dígalo el ave, que muestra
el pecho en mil partes roto,
y por dar la vida, muere
desangrada entre sus pollos.
Dígalo el bárbaro, pues
que al peligro mas notorio
espuesto el pecho, á su espalda
pone á su esposa, y piadoso
es escudo de su vida
contra la pluma y el plomo.
Mas tú, mas que todos fiero;
mas tú, mas bruto que todos;
mas tú, mas bárbaro, en fin,
no solo apenas, no solo
favoreces lo que amas,
pero avaro de los gozos,
aun muriendo no los dejas:
bien como el codicioso,
amante de sus riquezas,
porque no las goce otro,
manda, que despues de muerto
le entierren con su tesoro.

Supongo, que fue fineza
este decreto, supongo
que fue con zelos, que nada
quiero dejar en tu abono:
¿quien muriendo, pues, previno
avariento, ó cauteloso,
llevar desde aqueste mundo
prevenciones para el otro?
Si es nuestra vida una flor
sujeta al mas facil soplo
de los alientos del austro,
de los suspiros del noto,
que en espirando ella, espira
todo cuanto vemos, todo
cuanto gozamos; ¿qué error
dispuso que tú zeloso
prevengas para el sepulcro
las riquezas y los gozos?
¿Qué hazaña de amor es esta?
Y pues examino y toco,
que podrá vivir mi pecho
mas seguro, y mas dichoso
aborrecido que amado,
desde aquí á mi cargo tomo
el hacer que me aborrezcas;
pues aunque puedo con otro
medio huir de tí, y vivir
en el clima mas remoto,
donde el sol avaramente
dispensa sus rayos rojos,
ú donde pródigo abrasa
menudas arenas de oro,
mas feliz sin tí y conmigo;
no he de dar con tal divorcio
que decir al mundo, y esto

se quedará entre nosotros.
En tu vida, ni en mi vida
me has de mirar sin enojos,
me has de hablar sin sentimientos,
me has de escuchar sin oprobios,
ver sin suspiros los labios,
ver sin lágrimas los ojos;
y este oscuro velo puesto
siempre delante del rostro,
estorbará el que te vea,
siendo mis Reales adornos
eternamente este luto;
y en aquese cuarto solo
viviré con mis mugeres,
guardando viudez en todo;
y nunca me entres en él,
que por los dioses que adoro,
que de la mas alta almena
me arroje al sepulcro undoso
del mar, donde infelizmente
me oculte en su centro hondo.
Y no me sigas, porque
te miro con tanto asombro,
con tanto temor te hablo,
con tanto pavor te oigo,
que pienso que ya se cumple
de aquel judiciario docto
el hado; pues si él me dijo
que tu acero prodigioso,
y el mayor Monstruo del mundo
me amenazan, hoy conozco
la verdad, pues si entras dentro,
huyendo del uno al otro,
ó me ha de matar tu acero,
ó el mar, que es el mayor Monstruo.

ESCENA VII.

Tetrarca.

¡Hasta aquí pudo, hasta aquí
llegar un hado cruel!
¿El papel mismo, el papel
que con Filipo escribí
á Tolomeo ¡ay de mí!
tiene Mariene? ¡fuerte
dolor! Y ella ¡injusta suerte!
de mi rigor ofendida,
me ha dilatado la vida,
por dilatarme la muerte.
No me quejo del rigor
con que se queja á los cielos,
bien lo merecen mis zelos,
bien lo merece mi amor:
mas quéjome de un traidor
tan aleve y tan cruel:
¡mas ay de mí! que no es de él
la culpa, que solo es mia,
que esto merece quien fia
sus secretos de un papel.
Ni sé qué hacer, ni decir,
que entre uno y otro pesar,
ya ni me puedo quejar,
ni dejarlo de sentir:
desenojarla es mentir;
porque es mi amor de manera,
mi pasion tan dura y fiera,
que si en tanta confusion
hoy volviera á la prision,
hoy al delito volviera:
porque ella, al fin, no ha de ser,

ni vivo, ni muero yo,
de otro nuevo dueño, no,
que mi amor se ha de ofender,
aunque no lo llegue á ver.
En parte gusto me ha dado
el que se haya declarado,
pues en esta ocasion ya,
sin escándalo estará
siempre este cuarto cerrado.
Cerraréle por de fuera,
y yo mismo no entraré
en él, porque aun yo no sé
si á mí otros zelos me diera:
y sí hiciera, si hiciera,
pues si á mirarme llegára
en sus brazos, y pensára
que era tan dichoso, allí
me desconociera á mí,
y que era otro imaginára.
De suerte que mis desvelos,
enseñados á desdichas,
tuvieran miedo á mis dichas,
pues ellas me dieran zelos:
¿quién son estos desconsuelos,
quién es aqueste rigor,
cuya pena, cuyo horror,
que no es, discurro prolijo,
ni envidia, ni amor, es hijo
de la envidia y del amor?
Hecho de heridos despojos
tienes de sirena el canto,
y de cocodrilo el llanto,
de basilisco los ojos,
los oidos para enojos
del áspid: luego bien fundo,

siendo monstruo sin segundo
esta rábia, esta pasion
de zelos, que zelos son
el mayor monstruo del mundo.

ESCENA VIII.

Tetrarca, Filipo y Tolomeo.

Filipo.

¿Cómo te daré, señor,
el parabien de tu vida?

Tetrarca.

Viendo la tuya rendida
á manos de mi rigor.

Filipo.

¿En qué te ofendí?

Tetrarca.

Traidor,
poco leal, menos fiel,
¿qué hiciste, dí, de un papel
que?...

Tolomeo.

Ya mis desdichas creo. *ap.*

Filipo.

¿No era para Tolomeo?

Tetrarca,

Sí.

Filipo.

Pues él te dirá de él.

Tolomeo.

Qué poco duró (¡ay de mí!) *ap.*
el secreto en la muger.

Tetrarca.

Dí tú, traidor.

Tolomeo.

¿Qué he de hacer? *ap.*

Tetrarca.

Un papel que te escribí,
¿qué es de él?

Tolomeo.

La verdad aquí *ap.*
es la disculpa mejor.
Una Dama....

Tetrarca.

Dí.

Tolomeo.

Señor,
á quien sirvo para esposa....

Tetrarca.

Prosigue.

Tolomeo

De mí zelosa,
(nécios delitos de amor)
me le quitó de la mano,
y ella....

Tetrarca.

No prosigas, no,
y castigue ese error yo....

Filipo.

Tente, señor.

Tetrarca.

Por mi mano.

Tolomeo.

Ya esperar aquí es en vano, *ap.*
la fuga mi vida guarde. *huye.*

Filipo.

Huid, Tolomeo.

Tetrarca.

¡Ah cobarde!
si al mismo cielo te subes,
campaña serán las nubes

que hagan de mi honor alarde.

ESCENA IX.

DECORACION DE CAMPO.

Tolomeo huyendo, y Filipo deteniendo al Tetrarca.

Tolomeo.

¿Dónde de tanto rigor
estaré seguro?

Filipo.

Advierte
que huyendo tu acero fuerte,
al campo salió, señor,
y ya del Emperador
hasta la tienda ha llegado.

Tetrarca.

Pues válgale ese sagrado
por ahora, aunque no sé,
cómo un punto viviré
ofendido y no vengado.

ESCENA X.

TIENDA DE OCTAVIANO.

Tolomeo y Octaviano.

Octaviano.

Hombre, que turbado y ciego,
robado el color, y puesta
la mano en la espada, osas
haber entrado en mi tienda,
cuando he mandado que todos
solo me dejen en ella
con mis pesares, si acaso

alguna traicion intentas,
buena ocasion has hallado:
¿qué aguardas?

Tolomeo.

Detente, espera,
que es lealtad, y no traicion,
la que á este trance me fuerza.

Octaviano.

¿Quién eres?

Tolomeo.

Soy un soldado,
hijo infelíz de la guerra,
que llegué por mis servicios
á ser capitan en ella
de las guardías del Tetrarca,
y de Sion en su ausencia
gobernador.

Octaviano.

¿Qué pretendes?

Tolomeo.

No mi vida, aunque pudiera,
la de Mariene sí,
que es mi señora y mi Reyna.

Octaviano.

Buenas cartas de favor
traes: dí, y lo que fuere sea.

Tolomeo.

¡O Libia, cuánto el empeño *ap.*
de tu libertad me arriesga,
pues por tí de una verdad
he de hacer una cautela!
El Tetrarca enamorado
tanto de su esposa bella
vivió, que intentó pasar
á la práctica esperiencia,

de que amores y privanzas,
cuando sus aumentos llegan,
es de la felicidad
declinacion la tragedia.
Viendo, pues, que de su muerte
pronunciada la sentencia
estaba, y viendo que tú,
enamorado de verla,
en dos retratos la amabas,
(que todo aquesto me cuenta
quien trajo una carta) aleve
dispuso mandarme en ella
que yo, como quien aquí
la asistia de mas cerca,
la atosigase y matase,
cuyos zelos de manera;
al verla hoy viva y contigo,
crecieron con la sospecha
de que por ella tomaste
á Jerusalen la vuelta,
que en vez de que agradecido
de que su vida pidiera
con tantas ansias, llegó
con ella á palacio apénas,
cuando en un obscuro cuarto
la encerró, y con saña fiera
conmigo embistió á matarme
por no haberla hallado muerta.
De él es de quien vengo huyendo
á darte la infeliz nueva
de que Mariene está
por tí en tanto riesgo puesta,
que no tiene de su vida
seguridad, pues es fuerza,
quien en ausencia lo manda,

que lo ejecute en presencia.
Pues eres César, señor,
y tan generoso César,
que para victorias tuyas
faltan plumas, faltan lenguas,
del poder de este tirano
la saca, porque te deba
el sol su mejor Aurora,
la Aurora su mejor perla,
la tierra su mejor sol,
y el cielo su ...

Octaviano.

Cesa, cesa;
calla, calla, no prosigas,
no en la persuasion me ofendas.
¡Espuesta Mariene, cielos! *ap.*
¿Y por mi ocasion espuesta
á tanto riesgo? ¿qué aguardo?
No soy quien soy, si por ella
no pierdo la vida; iré
donde.... Mas con mas prudencia
lo he de mirar; que no es bien
que la informacion primera
me lleve tras sí, y mas cuando
no es cobarde la sospecha
de todos estos. Soldado,
mira si verdad me cuentas

Tolomeo.

Tanto, que á la misma torre
adonde encerrada, presa
y afligida está, señor,
te llevaré á que la veas,
luego que baje la noche
de pardas sombras cubierta.

Octaviano.

¿A la misma torre?

Tolomeo.

Sí,
porque yo tengo.....

Octaviano.

Di apriesa.

Tolomeo.

¡Para qué de cosas sirve *ap.*
hoy mi amor! Llave maestra
de sus jardines: si acaso
de mi lealtad te recelas,
lleva tus guardas contigo,
y todo el palacio cerca
para que en cualquiera trance,
llegando una vez á verla,
como he dicho, en su socorro
asegures tu defensa.
Y yo la vida de Libia, *ap.*
pues que no dudo que puesta
la ciudad en confusion
podré ir á favorecerla.

Octaviano.

Tan á los reparos sales,
que ya nada dudo; y sea,
en fin, lealtad ó traicion,
por verte, Mariene bella,
iré, y es á darte vida;
quiera amor que lo agradezcas.

ESCENA XI.

Habitacion de Mariene.

Mariene, Sirene y mugeres con luces, que pondrán en un bufete con azafates.

Mariene.

Dejadme morir.

Sirene.

Advierte
que esa pena, ese dolor,
mas que tristeza es furor,
y mas que furor es muerte.

Mariene.

Es tán fuerte
mi mal, es tan rigoroso,
que no me mata de fiel,
sin ver él,
que ser conmigo piadoso,
no es dejar de ser cruel.

Dama 1.

Ya que aborreciendo el lecho
en el jardin te has estado
hasta esta hora, dé el cuidado
blandas treguas al depecho.

Mariene.

Mal sospecho
que pueda el sueño aliviar
mi pesar;
pero porque no pagueis
la culpa que no teneis,
empezadme á destocar. (1)

---

(1) *Recogen los adornos en los azafates.*

Sirene.

¿Quieres, mientras desafia
al sol esplendor tan bello,
desmarañando el cabello
de los adornos del dia,
la voz mia
algo te divierta?

Mariene.

No,
porque yo
no quiero que me mejore
quien cante, sino quien llore.

Sirene.

Filósofo hubo que halló
causa en la naturaleza
para aumentar la armonía;
al alegre la alegria,
como al triste la tristeza.

Mariene.

Pues empieza,
con calidad que el dolor
hagas mayor.

Sirene.

Con una letra será,
que aunque es antigua, podrá
conseguir eso mejor.
Ven muerte tan escondida
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me vuelva á dar la vida.

Mariene.

Bien sentida
y declarada pasion:
¿cuyos son
esos versos?

Sirene.

No lo sé,
porque acaso los hallé
estudiando otra cancion.

Mariene.

Vuélvelos á repetir,
porque yo con ellos pida....

Las dos.

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir.

Mariene.

Mas si á advertir
llego mi ansia entretenida,
el canto impida,
que ya no los quiero oir.

Las dos.

Porque el placer del morir
no me vuelva á dar la vida.

ESCENA XII.

Dichas, Octaviano y Tolomeo.

Tolomeo.

Pisando las negras sombras
en el silencio nocturno,
el jardin has penetrado,
al tiempo que al cuarto suyo
se va retirando ella.

Octaviano.

Ya tus verdades no dudo,
ni su prision; pues tan sola
está, y vestida de luto
todavia: tú á la puerta,
en tanto que me aseguro
de si es acaso ó malicia,

pues menos ruido hará uno,
me espera.

Tolomeo.

Sí haré teniendo
la gente que has traido á punto
para cualquier accidente.

ESCENA XIII.

Dichos, menos Tolomeo.

Octaviano.

Tanto de verla me turbo,
que no sabré discurrir
si esto es ya pesar ó gusto.

Mariene.

Vuelve, Sirene, pues es
tan á mi intento el asunto:
tú, Laura, cierra esas puertas.

Sirene.

Obedecerte procuro.

Canta.

Ven, muerte, tan escondida.....

Dama 1.

Y yo tambien, pues acudo
á cerrar las puertas. (1)

Octaviano.

No
lo intentes, que es dolor sumo,
sin luz y sol quedar ciego
dos veces.

Dama 1.

¡Que veo y escucho!

---

(1) *Llega á Octaviano, él la detiene y ella huye.*

¡ay de mí infeliz!

Mariene.

¿Qué es eso?

Dama 1

El mal embozado bulto
de un hombre que ha entrado aquí.

Mariene.

¿Hombre aquí?

Octaviano.

Ya hablar no escuso.

Mariene

Dad voces.

Sirene.

Yo no podré,
que aun como respirar dudo.

Dama 1.

Ni yo, que apenas aliento.

Dama 2.

Ni yo, que medrosa huyo. (1)

Mariene.

Huya tambien yo.

Octaviano.

Teneos, (2)
vos, y reparad el susto;
que mas que para enojaros,
para serviros os busco.

Mariene

Vos, señor, pues,..... como,.... si,....
aquí,...., yo,..... cuando....

Octaviano.

Quien pudo
antes de veros amaros,

---

(1) *Huyen las damas dejando caer los azafates.*
(2) *Desembózase.*

*

despues de veros mal dudo
que dejar de amaros pueda.

Mariene.

No son de César Augusto
esas razones.

Octaviano.

Si son,
pues mas á veros me indujo
vuestro daño, que mi afecto,
vuestro riesgo, que mi gusto.
Yo he sabido que en poder
de tirano dueño injusto
estais espuesta al peligro
de tan sacrílego insulto,
como que obre por su mano
lo que á la agena dispuso.
A poner en salvo vengo
vuestra vida.

Mariene.

El labio mudo
quedó al veros, y al oiros
su aliento le restituyo,
animada para solo
deciros, que algun perjuro,
aleve y traidor en tanto
malquisto concepto os puso:
mi esposo es mi esposo, y cuando
me mate algun error suyo,
no me matará mi error,
y lo será si de él huyo.
Yo estoy segura, y vos mal
informado en mis disgustos;
y cuando no lo estuviera,
matándome un puñal duro,
mi error no me diera muerte,

sino mi fatal influjo;
con que viene á importar menos
morir inocente, juzgo,
que vivir culpada á vista
de las malicias del vulgo.
Y así, si alguna fineza
he de deberos, presumo
que la mayor es volveros.

Octaviano.

Si haré, si vuestro discurso,
como salva mi primero
motivo, salva el segundo.
Un retrato tenia vuestro,
á cuyo hermoso dibujo,
sin saber cuyo era, daba
mi humana adoracion culto:
por sanear sospechas (ya
lo visteis) sabiendo cuyo
fuese, os le dí; y pues sirvió
ya en vuestro abono, no dudo
que con justicia le pido.

Mariene.

No haceis, que tenerle es uno
por acaso, y otro es
por voluntad; y á este puro
fuego abrasará mi mano,
si en ella el menor impulso
reconociera de que
para volverosle tuvo.

Octaviano.

No hicierais, porque impidiera
yo llegar al ardor suyo,
estorbando así la accion. (1)

---

(2) *Quiere tenerla la mano, y ella lo resiste.*

Mariene.

Es atrevimiento injusto.

Octaviano.

No es sino justo deseo

Mariene.

Antes á los cielos juro,
que con vuestro mismo acero,
que ya en mi mano desnudo
está, me atraviese el pecho. (1)

Octaviano.

Tente, muger, que confundo
mis sentidos al mirar
no sé que fatal trasunto,
que ví otra vez.

Mariene.

De ese pasmo,
de ese pavor que en tí infundo,
el contratiempo gozando,
huiré, puesto el iracundo
acero al pecho: ¡Mas cielos,
¿no es el que fiero y sañudo
me amenaza? con mas causa
ya de dos contrarios huyo. (2)

Octaviano.

Oye espera.

ESCENA XIV.

Tetrarca.

¿Quien, ladron
del mismo tesoro suyo

---

(1) *Quita el puñal á Octaviano, que será el de Tetrarca.*

(2) *Arroja el puñal, huye y siguela Octaviano.*

dentro de su misma casa
buscó sus bienes por hurto?
Hasta ahora la esclava no
abrió: ¡qué triste discurro
el cuarto á la media luz
de escaso esplendor nocturno.,
que allí horrores late, y mas
si á sus reflejos descubro
de mugeriles adornos,
ajadamente difusos,
sembrado el suelo! ¿qué es esto?
no me propongas, discurso,
que bagel que hecha la ropa
al mar, padece infortunios;
que casa que se despoja
de las alhajas que tuvo,
estragos de fuego corre,
pues ni la tormenta dudo,
ni el incendio ignoro cuando
entre dos aguas fluctuo,
entre dos fuegos me yelo,
viendo que me envisten juntos,
para zozobrar, suspiros,
para hacerme llorar, humos.
Estas arrojadas señas
¿no son de ilustres, de augustos
faustos despojos? ¿Aqueste
no es el fiero puñal duro
que registro de los astros
es aguja de sus rumbos?
¿No este el que yo á Octaviano
dejé? Sí. ¿Pues quién le trujo
aquí entre arrastradas pompas?
¿Pero para qué lo apuro,
si es de los desconfiados

la imaginacion verdugo?
Tarde hemos llegado, zelos,
tarde, tarde, pues no dudo,
que quien arrastra despojos
habrá celebrado triunfos.
Si es dichoso el desdichado,
que siéndolo no lo supo,
desdichado del dichoso,
que ya sin serlo, lo tuvo
por cierto; y pues que me pone
en mi mano mis influjos,
á ellos, muera antes que.....

Dentro Octaviano.

Espera,
aguarda.

Tetrarca.

¡Pero qué escucho!

ESCENA XV.

Tetrarca, Mariene y Octaviano.

Mariene.

Será en vano, pues primero
que logres..... ¡Mas cielos justos,
qué es lo que miro!

Tetrarca.

Turbado
he quedado.

Octaviano.

Yo confuso.

Mariene.

Y yo confusa y turbada,
pues entre dos daños, de uno
doy en otro, y ya no sé
cual dejo, ni cual procuro,

cual pierdo, ó cual solicito,
cual hallo, al fin, ó cual busco;
pues siempre tengo peligro,
cuando paro, y cuando huyo.

Tetrarca.

Vista tu fuga, á tu honor
este pecho será muro.

Octaviano.

No temas, que de tu vida
este pecho será escudo.

Tetrarca.

Cumple, pues, lo que prometes.

Octaviano.

Así verás si lo cumplo.

Mariene.

¡Ay de mí! para salir
de tan justo, ó tan injusto
duelo, estas luces apague. (1)

Tetrarca.

¿Adonde, Cesar perjuro,
te escondes?

Octaviano.

Yo no me escondo.

Tetrarca.

No te encuentro, aunque te busco.

Mariene.

Tente, esposo, ¡ay infelice
de mí!

Octaviano.

A mi violento impulso
muere, aleve

Tetrarca.

Aunque la espada

---

(1) *Apaga las luces.*

perdí, con aqueste agudo
puñal morirás. (1)

Mariene.

¡Ay triste!
tened piedad, dioses justos,
pues aquí muero inocente.

Octaviano.

¡Qué es lo que oigo!

Tetrarca.

¡Qué escucho!

Octaviano.

Vengaré su muerte.

ESCENA XVI.

Dichos, Tolomeo, Soldados, Damas con luces, y sucesivamente los demas.

Todos.

Entrad
todos, que es grande el tumulto.

Todos.

Llegad todas.

Libia.

A tan grande
estruendo, romper no escuso
mi prision.

Aristóbulo y Filipo.

¿Señor, qué es esto?

Polidoro.

No haber gozado el indulto
Mariene como yo.

Octaviano.

Dar muerte al hombre mas bruto,

---

(1) *Encuentra con Mariene, y la hiere.*

mas bárbaro, mas sangriento,
que ha eclipsado el sol mas puro.

Tetrarca.

Yo no la he dado la muerte.

Todos.

¿Pues quién?

Tetrarca.

El destino suyo,
pues que muriendo á mis zelos,
que son sangrientos verdugos,
vino á morir á las manos
del mayor Monstruo del Mundo.

Aristóbulo.

El mayor Monstruo los Zelos
son siempre.

Tetrarca.

Porque ninguno
de mí la venganza tome,
vengarme de mí procuro,
buscando desde esa torre
en el ancho mar sepulcro.

ESCENA XVII.

Dichos menos el Tetrarca.

Octaviano.

Seguidle todos, seguidle.

Tolomeo.

Desesperado y confuso
se arrojó al mar.

Octaviano.

Retirad,
aquese cielo caduco,
y diga en su monumento
para los siglos futuros

el epitafio: Aquí yace,
desfigurado su bulto,
la beldad mas milagrosa,
muerta por zelos injustos.

Tolomeo.

Libia, tu mano merezca
quien al peligro se espuso
de libertarte.

Libia.

En llorando
de Mariene el infortunio.

Filipo.

En que acaba la tragedia,
donde se cumplió su influjo.

Polidoro.

Como la escribió su autor;
no como lo imprimió el hurto
de quien es su estudio echar
á perder otros estudios.

El Mayor Monstruo los Celos.

Hace ya algun tiempo que hubiéramos insertado en nuestra coleccion la presente comedia, como una de las mejores de don Pedro Calderon; sino hubiéramos temido, con algun fundamento, chocar desde los principios con opiniones y preceptos demasiado rígidos para juzgar por ellos del mérito de nuestros poetas cómicos del siglo XVII. Quisimos que la mayor parte de nuestros lectores se acostumbrase primero á las formas y licencias adoptadas por aquellos escritores, y recibiese por este medio con mas facilidad esta tragedia del Tetrarca, y otras creaciones del mismo género, y no de mérito inferior, que insertaremos sucesivamente. Es verdad que esta consideracion era del todo inutil (como lo serán sin duda nuestros juicios) para algunos literatos distinguidos que han estudiado detenidamente nuestros autores antiguos, y conocen sus bellezas y defectos mucho mejor que nosotros. Si estos hubieran sido los únicos lectores de la coleccion, hubieramos puesto al frente de las comedias de Calderon *El mayor Monstruo los Zelos*; pero convencidos de que todos los que no se han dedicado con atencion á una investigacion tan penosa, (y que, sin agraviar á ninguno, suponemos que componen el mayor número) solo saben juzgar á nuestros poetas dramáticos antiguos con las tres unidades en la mano; hemos procurado evitar que se escandalizasen antes de tiempo, y nos acusasen tal vez de parcialidad, de mala fe, ó de temeridad, cuando en la publicacion de esta coleccion solo nos hemos propuesto erigir un monumento á la gloria de nuestra patria, dando á conocer, ó vulgarizando, por

mejor decir, las composiciones de nuestros poetas cómicos, despreciadas ú olvidadas casi enteramente hace ya algunos años.

Nadie ignora que aquellos ingenios inmortales, prescindiendo de Aristóteles y de Horacio, y consultando únicamente el gusto del pueblo, creyeron con razon ó sin ella, que todo les era lícito, siempre que interesasen vivamente la atencion de sus oyentes, y compusiesen versos enérgicos y hermosos. Conformes en este principio, y entregándose libremente á su fogosa imaginacion, fortalecida con la independencia, produgeron entre otras un gran número de creaciones, que apesar de las críticas mas rígidas y severas, duraran tanto como la lengua castellana.

Calderon, que casi en todos los géneros de poesía dramática, descolló sobre sus contemporáneos, en el romántico á que pertenece esta composicion, tiene otras dignas del mayor aprecio, entre las cuales le merece muy particularmente la del Tetrarca. Para juzgar de su mérito, es inutil decir que por ahora nos olvidaremos, como su autor cuando la escribia, de que existian reglas clásicas; y que dejaremos para otro lugar el examen de los principios en que se funda el género *romántico*, y de la consideracion á que es acreedor.

La fábula del Tetrarca de Jerusalem, pertenece esclusivamente á la tragedia, es de sumo artificio, y está llena de invencion fantástica. Aquel vaticinio del astrólogo hebreo, referido por Mariene; aquel puñal terrible, instrumento de la fatalidad, que el poeta mantiene hasta el fin suspenso sobre la cabeza de los dos personages principales; la accion de arrojarle al mar y clavarse en el hombro del náufrago, que viene á participar á Herodes la derrota de Antonio y de Cleopatra; la partida de aquel á Egipto,

los agravios que recibe, sus zelos al ver la imágen de su esposa en manos de Octaviano, su resolucion desesperada de matarle, la caida del retrato que lo impide, y confirma los funestos presagios que le amenazan, y de la cual resulta su prision y el nudo de la pieza; todo esto es grande, magnífico y poético; y si no se hallan rasgos de esta especie en las tragedias comunes, se hallan en los poemas épicos mas célebres, que considerados filosóficamente no son otra cosa que tragedias mucho mas estensas con éxito en parte venturoso.

El gran poeta Calderon no tomó de la historia sino lo que únicamente necesitaba para desempeñar su objeto; y sin desfigurar los hechos ni los caractéres, ocultó cuanto podia perjudicarle. De esta manera consiguió lo que ninguno de los que trataron el mismo argumento, que fue hacer á sus héroes interesantes y eminentemente trágicos. Herodes es el modelo de los amantes ideales. Sentado sobre el trono de Judea, todavia no se considera digno de poseer á su esposa. Mariene, dice, es la produccion mas perfecta de la naturaleza; solamente el que sea dueño del mundo merece su mano. Con este designio toma parte en la guerra civil de Roma, y espera levantarse sobre las ruinas de Antonio y Octaviano. Su amor no se parece al de los demas hombres; es una pasion esclusiva que absorve todas sus potencias, y la posesion de Mariene es el único bien que desea y siente perder.

No, pues, mi ambicion, Filipo,
no mi atrevida arrogancia,
no el ser parcial con Antonio,
no mi poder, no mis armas,
me aflige, me desespera,

me precipita, y me arrastra,
sino el ser de Mariene
esposo.

Sus zelos tienen por consiguiente un carácter particular: no sospecha ni puede sospechar de la inocencia y virtudes de su esposa: pero al oir que Octaviano marcha á Jerusalen, su amor arrebatado le inspira la resolucion de matarse, y quiere quitarle la espada á Filipo para egecutarla. El diálogo rápido entre los dos manifiesta la agitacion de Herodes y los zelos que le devoran. No ama el trono ni la vida: la idea de que Mariene podrá despues verse en brazos de Octaviano es la que despedaza su alma.

Viendo, en fin, que apénas hoy
en una pública plaza
seré horror de la fortuna,
seré del amor venganza,
cuando él sea ¡ay infelíz!
(pues á Jerusalen marcha,
donde es fuerza que la vea)
en tálamos de oro y grana
heredero de mis dichas,
dueño de mis esperanzas,
muero de agravios y zelos &c.

Crée que la pasion que le atormenta le ha de seguir mas allá de la vida: quiere arrancar del cielo la estrella, bajo cuyo influjo ha nacido, para que ningun mortal ame como él.

¿Quiéres ver cual es la mia?
pues si pudiera apagarla
hoy con el último aliento,

lo hiciera porque faltara
del cielo, y otro ninguno,
en su gracia ó su desgracia,
no naciera como yo,
porque como yo no amara.
Y en fin ¿para qué discurre
mi voz? ? para qué se cansa?
otra pena, otro dolor,
otro tormento, otra ansia
en el corazon no llevo,
sino solo ver que aguarda
Mariene á ser empleo
de otro amor, de otra esperanza.

Encarga á Filipo que la mate inmediatamente que llegue á sus oidos la nueva de que á él le han quitado la vida, para que ningun mortal llegue á poseerla; pero no quiere ser aborrecido de la que adora, ni un solo momento.

No sepa que yo (le dice á Filipo)
soy el que morir la manda;
no me aborrezca el instante
que pida al cielo venganza.

Cuando ella, despues de acriminarle por su resolucion sangrienta, se encierra en su habitacion resuelta á no verle jamás, Herodes lo sufre con gusto, porque asi cree que estará mas segura de los demas hombres, y aun de él mismo. Ultimamente, luego que la mata, no se queja de su destino, ni se lamenta de su desgracia: calla y se arroja al mar.

Esta rápida esposicion basta para manifestar que el carácter de Herodes es profundamente trágico, y que el poeta que supo pintarle con tanta originali-

dad y energía, era capaz de haber igualado, por lo menos, á los clásicos estrangeros en este género, aun sujetándose á las unidades, si hubiera nacido en tiempos de mejor gusto.

Mariene es amante, es esposa, es Reyna: nada aprecia en el mundo sino á Herodes; pero no le perdona que haya encargado á otro que la quite la vida si él perece. Su inocencia y su virtud cautivan la atencion de los espectadores, y su muerte desgraciada arranca lágrimas de compasion. Si se compara este carácter con el de Jaira, no habrá ninguno que dude un momento el dar á Mariene la preferencia. Aquella, aunque es inculpable, dá á Orosman motivos aparentes para dudar de su fidelidad; pero á la esposa de Herodes, ni aun las apariencias la condenan. Es víctima de la fatalidad: es una heroina digna del teatro griego. Octaviano aparece algo mas pequeño que debiera; pero en los pasages principales habla y obra con la dignidad propia de un gran Monarca.

Algunos incidentes estan manejados con poco acierto. La larga prision de Libia, necesaria á la intriga, no se halla bastante motivada. El personage y la espedicion de Aristóbulo son demasiado episódicos, ó á lo menos no estan suficientemente enlazados con la accion principal. Desagrada sobre manera el medio de que se vale el poeta para ocasionar el error de Herodes y la muerte de Mariene. Es un recurso muy mezquino el de apagar las luces para desenlazar una tragedia, y solo pudiera tolerarse en las comedias de capa y espada. Hay tambien un gracioso, que, apesar de las ocurrencias que tiene muy cómicas y graciosas, destruye en muchas partes el efecto trágico de la obra.

Las ideas y sentimientos que pone el autor en bo-

ca de los principales personages, serian admirables, sino estuviesen recargados con el peso de los adornos, y se espresaran con menos ingeniosidad y mas sencillez. La versificacion es llena y robusta. El estilo en general es mas artificicioso que elegante: á veces degenera en hinchado, y otras en conceptuoso. El lenguage es puro y vigoroso; y en las relaciones de aparato se hallan metáforas é imágenes hermosas, otras atrevidas, y algunas descabelladas

Calderon no ha sido el único que ha tratado este argumento. Algunos estrangeros le han puesto en la escena, y entre ellos el célebre autor de *Mérope*; pero no ha sido tan felíz en esta obra como en otras composiciones suyas. El juicio de *Mariamne*, hecho por la Harpe, es bien conocido de todos los aficionados á la literatura, y nada podriamos nosotros añadir á las observaciones de este famoso crítico; ademas de que la tragedía citada, no tiene conexion alguna con el Tetrarca de Jerusalem. Entre nosotros Ripoll Fernandez de Ureña escribió una comedia que no hemos leido, con el título de *El Bárbaro Ascalonita y Tirano de Judea:* Lozano y Montesinos, autor de las Soledades de la Vida, otra de poco mérito con el de *Herodes Ascalonita y la Hermosa Mariana*; y Tirso de Molina la de *La vida y muerte de Herodes*, que aunque muy inferior á la de Calderon, no carece de grandes bellezas, tanto en punto á la composicion de la fábula, caractéres, &c., cuanto á la versificacion y estilo. Algun dia puede ser que la insertemos en nuestra coleccion, y creemos que el público la verá con gusto, á pesar de que su desenlace es el *non plus ultra* de las catástrofes sangrientas; pues acaba nada menos que en la degollacion de los inocentes.

*

CUAL ES MAYOR PERFECCION.

PERSONAS.

Don Felix.
Doña Angela.
Don Luis.
Doña Leonor.
Don Antonio.
Don Alonso.
Doña Beatriz.
Inés.
Isabel.
Juana.
Roque.
Un escudero.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA LEONOR.

Doña Leonor, Inés y don Felix.

Felix.

Famosa tarde tendrás.

Leonor.

Bien confieso que lo fuera,
si yo de gusto estuviera.

Felix.

¿Pues qué tienes?

Leonor.

No sé mas
de la necia pasion mia,
de que lo que en su estrañeza,
con causa fuera tristeza,
sin ella es melancolía:
mas tú, ¿qué noticias tienes
para pensar, que será
buena, ó no, la tarde?

Felix.

Ya
que la disculpa previenes
de darme por entendido
de quien las visitas son,
que hoy esperas, la objecion
con preguntarlo has vencido,
de que contigo, Leonor,
hable en esto; y mas si es llano,

que un acaso cortesano
no es escrúpulo de honor,
que no se pueda decir,
á una hermana: oye, y sabrás
en qué fundo, que hoy tendrás
bien en que te divertir.
A la Puente Segoviana
dia del Angel, fui con todos,
que para fiesta en Madrid,
basta el verse unos á otros,
en tu coche, que esta tarde,
á causa de tus penosos
accidentes, no queriendo
gozar de sus desahogos,
me lo prestaste; que en casa
donde hay damas, es notorio,
que á los hombres, tales dias
aun son prestados los propios.
Con dos amigos, don Luis
de Mendoza, y don Antonio
de Ayala, que son con quien
mas en Madrid me confronto,
salí, añadiendo al concurso,
ya que no pude un adorno,
un número, que sirviese,
si no de lustre, de estorbo.
Dígalo el efecto, pues
aferrados en el golfo
de tantas terrenas velas,
como le surcan el corso,
doblando el cabo á la puente,
hubimos de tomar fondo
en el estrecho, que hace
su piélago mas angosto,
al tiempo que de la guarda

el orgullo presuroso
hacia á los Reyes calle,
con que fue, Leonor, forzoso,
que el coche, y el de dos damas,
si á la metáfora torno,
hubiesen de zozobrar
entre aquellos dos escollos
de la calzada, que baja
á la Tela, en cuyo abordo,
los dos coches enredados
con la prisa de los otros,
si ya no con la porfia
de los cocheros, que solo
su honra está en cual rompe mas
aleros, y guada-polvos,
llegaron hasta lo llano,
donde en los bajos de un hoyo
dejó el nuestro al de las damas
un ege á la rueda roto.
Si se cae, ó no se cae,
quedó, á tiempo que nosotros,
arrojándonos del nuestro,
acudimos presurosos.
La cortina, que hasta allí,
en recatados embozos,
á media luz brujuleaba
las personas sin los rostros,
franqueada con el acaso,
dió lugar á que dichoso
notase de una hermosura
el mas apacible asombro
En mi vida, hermana, ví.....
(perdóname, si aquí rompo
fueros ó la urbanidad,
que aunque no dudo, ni ignoro,

que en presencia de una dama,
aunque sea hermana, es loco
el que á otra alaba; hay sucesos
que dispensan licenciosos,
mayormente cuando está
tan recusado mi voto,
que quedándose en licencia
no puede pasar á oprobio.)
En mi vida, hermana, ví,
vuelvo á decir, tan hermoso
maridage como hicieron,
mezclando pálido, y rojo,
sus mejillas: y mas cuando
al sobresaltado asombro
del lance, ví no sé qué
desmandadas hebras de oro,
como acusándole al manto,
que abandonase el rebozo,
la bosquejaron á cercos,
y dibujaron á tornos.
Con el susto la hermosura
creció mas, y mas si noto,
que lo purpúreo dejó
á lo cándido tan solo,
que solamente en los labios
se hizo reacio, bien como
diciendo: de sus mejillas
bien puedo huir temeroso,
mas de los labios no puedo,
mostrando en unas, y en otros,
que no era en ellas ageno
lo que en ellos era propio.
¿Mas para qué me detengo,
si aun ahora es culpa, que absorto
ella peligre, y que yo

no acuda á su amparo pronto?
Llegué al coche, pues, que ya
mal afianzado en los hombros
de gente de á pie, impedia
que acabase de dar todo
el amenazado buelco,
diciendo: pues es forzoso,
señoras, que vuestro coche
de aqui no pase, y que de otro
hayais de serviros, este
merezca ser tan dichoso,
que por estar mas á mano,
le admitais. Con mil enojos
destempladamente airados,
pero hermosamente airosos,
despidió el ofrecimiento,
echándome del destrozo
la culpa. No es la primera
vez que pagamos nosotros
desmanes de los cocheros,
ni la primera tampoco,
que la hermosura se dé
por mal servida del todo.
La que iba, Leonor, con ella,
con mas cortesanos modos,
haciendo gala del susto,
y desden del alboroto,
dijo: el no estar, caballeros,
(seamos las dos quien somos)
á la vergüenza de ser
de tantos vulgares corros,
como á ver el coche asi
se paran, blanco afrentoso,
nos obliga á que aceptemos
ofrecimientos, que otorgo,

en fé de la cortesia,
que deben tan generosos
caballeros á las damas;
pues aquí hay perdido solo
el que desacomodados
quedeis, deuda que yo pongo
á cuenta de ser quien sois,
que es quien cobra con mas logro
las situaciones á quien
hace lo obligado heroico:
dijo, y ostentando á un tiempo,
ya del arte en el adorno,
ya en la enmienda del acaso,
lo entendido y lo brioso,
(cuando apela para el garvo,
no tiene buen pleito el rostro,)
pasó del estribo al nuestro,
con que hubo de hacer lo propio
la hermosa, que todavia
en podridos soliloquios,
acordándose del daño,
se olvidaba del socorro.
Con que tomando otra vez
vuelta el coche en lo espacioso
de la Tela, las perdimos
de vista, porque nosotros,
viéndonos á pie, fue fuerza
apelar á lo fragoso
del Parque, y por su calzada
al prado nuevo. No toco
en si quedé, ó no, Leonor,
ó contento, ó pesaroso
del lance; pues si contento
digo, no sé que penoso
cuidado desmiento, que

hasta hoy en el pecho escondo;
y si pesaroso digo,
desmiento no sé que gozo,
que tambien dentro el pecho
hasta ahora guardo; de modo,
que haciendo pesar y agrado
de dos especies un mónstruo,
ni á uno por agrado admito,
ni á otro por pesar conozco.
Al fin, volviendo el cochero,
de casa, y calle me informo,
y á muy poca diligencia,
supe, que de don Alonso
de Toledo, un caballero
rico, ilustre y generoso,
(habiendo dicho Toledo,
ya lo habia dicho todo)
hija y sobrina las dos
son, en cuyos nombres noto
de Angela y Beatriz noticias,
que una y mil veces recorro
en la memoria, sin dar
en cuando, á donde, ni como
los habia oido, hasta que
preguntando ahora curioso
mas que atento, que visita
esperabas, reconozco
que eras tú á quien las habia
oido nombrar, y que de otros
estrados amigas vienen
á verte hoy; yo envidioso
dije, tendras buena tarde;
y con razon, pues forzoso
es, que gozando en las dos
de lo discreto y lo hermoso,

Leonor, buena tarde tengan
los oidos y los ojos.

Leonor.

Esas señoras un dia,
que sin conocernos, fuimos
donde acaso concurrimos
de una amiga suya y mia
en la visita, me hicieron
tantos agasajos, que
en obligacion quedé
de servirlas, con que fueron
creciendo en la voluntad
correspondencias, que son
sobre alguna inclinacion,
buen principio de amistad.
Siempre que á casa de aquella
amiga nuestra volvian
me avisaban y pedian,
que nos viésemos en ella;
porque esto del visitar
á quien no me visitó,
es cierto duelo que no
le quiere nadie empezar.
Y aunque me tocaba á mí,
por ser ellas dos, y ser
yo una sola, el no tener
salud, me hizo que hasta aquí
lo dilatase, con que
salvando su vanidad,
el duelo en la enfermedad,
hoy vienen é verme, en fé
del mal; y si verdad digo,
lo estimo, porque en mi vida
ví muger mas entendida,
que lo es la Beatris, testigo

de su estremada cultura,
sea, con aplauso justo,
en las burlas el buen gusto,
en las veras la cordura;
en lo que cuenta, el donaire;
en lo que dice, el cariño;
en lo que viste, el aliño;
y en todo, en fin, el buen aire;
tanto, para que concluya
los méritos de Beatriz,
que me tengo por feliz
solo en ser amiga suya.

Felix.

Aunque el afecto los cielos
remitieron á una estrella,
de parte de Angela bella
estoy por pedirte zelos.
¿Es posible que no sea
Angela quien te debió
mayor inclinacion?

Leonor.

No,
porque aunque hermosa la vea,
la hermosura para mí
no es alhaja, mayormente
hermosura solamente,
tan á solas, que no ví
sentidos que mas en calma
digan, hermosa me soy,
y no mas: mil veces voy
á ver donde tiene el alma,
creyendo que es escultura,
y solamente la encuentro
una fantasma que dentro
anda de aquella hermosura.

Si habla, es todo con enfado;
si responde, con frialdad;
si mira, con vanidad;
si escucha, con desagrado;
con todas presuntuosa,
tanto, que estraños sus modos,
parece que tienen todos
la culpa de que sea hermosa.

Felix.

¿Ves todo eso, Leonor? pues
todo eso y mas se asegura
afianzado en la hermosura.
Ella de las damas es
la única perfeccion rara;
tenga cualquiera que fuere
todo lo que ella quisiere,
pero tenga buena cara.
Sobre hermosa, en fin, no hay cosa
que suplir ni que vencer;
que no tiene una muger
mas que hacer que ser hermosa.

Leonor.

Un tono que Ines, tal vez,
que á la labor engañamos,
con lo que oimos y hablamos,
cantar suele, ser Juez
de aquesta cuestion podia:
mas dejando la cuestion
quizá para otra ocasion,
si Beatriz es dama mia,
y Angela tuya, empeñados
los dos, será bien no ignores,
pues partimos los amores,
que partamos los cuidados.
Yo á Beatriz regalaré,

trata tú de regalar
á Angela.

Felix.

Si haré, á enviar
dulces voy.

Leonor.

No hay para que,
lo que son dulces y son
chocolates y bebidas,
ya las tengo prevenidas;
alhajillas, que á ocasion
de abrir un escaparate,
como acaso esten allí,
solo me faltan; y así,
de enviarme tu amor trate,
como relojes, cajillas,
y estuches de filigrana,
de cristal y porcelana,
y si algunas sortijillas,
lazos y guantes quisieres
añadir, por eso cree...

Felix.

¿Qué?

Leonor.

Que no me enojare,
pues todo lo que tú hicieres,
será siempre lo mejor.

Felix.

Ahora bien, si eso ha de ser,
Leonor, voite á obedecer.

ESCENA II.

Doña Leonor é Ines, y despues doña Angela y doña Beatriz, un escudero, y don Felix al paño.

Inés

Al bajar del corredor,
en la escalera ha encontrado
con las visitas, que ya
subian.

Leonor.

Fuerza será,
habiéndolas encontrado,
acompañarlas.

Angela.

Muy bien
pudiérades, caballero,
pues la asistencia en mi calle
basta para atrevimiento,
escusar el de seguirme
tan libremente grosero
en casa de mis amigas,
donde de visita vengo.

Felix.

De cuerdo, y necio, señora,
dos cargos me haceis; de cuerdo,
en no abonar la eleccion
en creer que os sigo; de necio,
en creer, que si os siguiera
seria tan desatento,
que diera esa razon mas
á vuestros justos desprecios.
Hermano soy de Leonor,
que á honrar venís; si saliendo
de casa quiso mi dicha,

que de ella al paso os encuentro,
¿cómo me pude escusar
de haber de volver sirviéndoos
hasta su cuarto? Y así,
pues que ya á su vista os dejo,
ella á vos os desengañe,
y á mí me disculpe.

Angela.

Aun eso
vaya, que aunque sea hermano,
es tambien atrevimiento
de mis amigas; por esta
vez, y no mas, lo dispenso.

Felix.

El cielo os guarde. ¡Qué sea *ap.*
tan absoluto el imperio
de la hermosura, que aun haga
de la sencillez aprecio!

ESCENA III.

Dichas, menos don Felix.

Beatriz.

¿Hermano de Leonor es, *ap.*
cielos, este caballero,
que desde el dia del Angel
tan en la memoria tengo?
¿Pero para qué discurro
en pasion que está tan lejos
de ser pasion?

Escudero.

¿A qué hora
el coche vendrá?

Angela.

En volviendo

mi padre á casa, Mungia,
puede volver.

Escudero.

El sereno
á esas horas hace daño.

Leonor.

¿Inés?

Inés.

¿Señora?

Leonor.

En trayendo
lo que embiáre mi hermano,
trata de ponerlo luego
en algun escaparate
del camarin de allá dentro.

Inés.

El caso es que lo envie.

Leonor.

Una,
y mil veces agradezco
á mis achaques, señoras,
la dicha de mereceros
esta honra, con que ya
tan bien hallada con ellos
pienso vivir, que los trueque
de pesares á contentos.

Beatriz.

Del hallaros levantada,
hermosa Leonor, me debo
una, y muchas norabuenas.

Angela

Yo no, que todas las vengo
á pagar, por no deber
nada á nadie.

*

Leonor.

Con tan nuevo
favor, siendo como es
el gusto el mayor remedio,
¿qué mucho que á mejor aire
respiren mis sentimientos?
Pasad á vuestros lugares.

Beatriz.

Aquí me quedaré.

Leonor.

¿Eso
cómo puede ser?

Beatriz.

Vé tú,
Angela, toma tu asiento.

Angela.

Ninguno hasta ahora es mio.

Leonor.

Ajustad los cumplimientos
las dos, que á mí no me toca
mas, que tomar el postrero.

Angela.

Si ha de ser, yo pasaré,
quede la virtud en medio. *Siéntase.*

Leonor.

¿Cómo estás?

Beatriz.

Para serviros;
salud, á Dios gracias, tengo.

Leonor.

¿Vos cómo estais?

Angela.

Así, así.

Leonor.

Que os haya ofendido temo

en preguntar cómo estais,
viéndoos tan linda.

Angela.

Esto tengo;
pero si Dios me lo dió
gratis dato, ¿qué he de hacerlo?
¿helo de echar en la calle?

Leonor.

¡Qué bien compartido pelo!
¡qué bien asentados lazos!
por aquí anduvo el espejo
del buen gusto de Beatriz.

Beatriz.

Agravio le haceis en eso,
que Angela serlo de todas
cuantas hay puede.

Angela.

Si puedo,
por si hablas en su ironía;
pero ahora que me acuerdo,
¿para qué teneis hermano?

Leonor.

Para tener el consuelo
de tener galan, y esposo,
en tanto que no le tengo.

Angela.

¿Galán, hermano, y esposo?

Leonor.

Sí, todo lo es Felix.

Angela.

¿Y eso
mas, hermano, esposo, y
galan, y todo á un tiempo?
Mucho es para un hombre solo.

Leonor.

Dadme licencia (volviendo
á la pregunta) que estrañe
el decir con tanto ceño,
que para qué tengo hermano.

Angela.

Nada que digo es atiento ;
pues no sé para qué sea
tener un hermano bueno,
que se ande quebrando coches.

Leonor.

Eso es lo que yo no entiendo.

Angela.

Yo sí, y el Angel lo diga,
testigo, que por lo menos,
no me dejará mentir,
pues sin querer, hizo el nuestro
adredemente pedazos.

Leonor.

¿ Sin querer, y adrede ?

Angela.

Es cierto :
¿ ved que mayor grosería ?

Beatriz.

No digas, Angela, eso,
que en toda mi vida ví
mas cortesano, y atento
caballero, que él anduvo ;
y antes saber agradezco,
que sobre vuestro cariño
caiga el agradecimiento
de su grande cortesía ;
pues ya sucedido el riesgo
de haberse quebrado el coche,
dejando el suyo, el primero

fue, para que no acabase
de caer, que á socorrernos
llegó, y quedándose á pie,
nos le dió.

Angela.

¿Pues qué hizo en eso?...

Leonor.

Dice bien.

Angela.

¿Si iba yo allí?

Beatriz.

Claro está, por tí, por cierto,
son todas las atenciones.

Angela.

Mas no, sino no.

Leonor.

Tu ingenio, *ap. á Beatriz.*
tu prudencia, y tu cordura,
Beatriz, y tu entendimiento
solo tolerar pudiera
esta vanidad.

Beatriz.

¿Qué puedo *ap. á Leonor.*
hacer, si al quedar sin padre,
que en Indias en un gobierno
murió, hasta venir su hacienda,
que por instantes espero,
pues ya ha llegado á Sevilla,
otro retiro no tengo,
que la casa de mi tio,
en cuya prision padezco
aquella antigua sentencia
de ligar el vivo al muerto.

Angela.

Si es murmurar, que por mí

no fue, dígalo el efecto;
pues de los tres apeados
desde aquel instante mesmo
á otro, y tu hermano en mi calle
á todas horas los veo,
camaleones de esquina,
beberse por mí los vientos.

Leonor.

¡Qué fuera, que el otro fuese *ap.*
don Luis! apure el veneno.
No estraño yo de los dos,
llegando una vez á veros,
os adoren, lo que estraño
es, que el otro sea tan necio,
que no os adore tambien.

Angela

No para todos se hicieron,
Leonor, iguales las desdichas
de morir á mis desprecios;
alguno para contar
las ruindades de mi incendio,
habia de quedar vivo.

Beatriz.

Ruinas querrás decir.

Angela.

Eso,
ó esotro; equivoqué el nombre:
y porque veais que no miento,
una criada, que de otra
casa, en que sirvió primero,
le conocia, me dijo,
que es, si del nombre me acuerdo,
un don Fulano de Tal.

Beatriz.

Es un noble caballero;

no te olvides de su nombre,
por si le vieres, que aprecio
de su buena eleccion hagas.

Leonor.

Buena ocasion perdí, cielos,
de saber si es él.

ESCENA IV.

Dichas é Inés.

Inés.

Señora,
lo que mi amo ha enviado, puesto
ya está en el escaparate,
que mandaste.

Leonor.

Ya te entiendo,

Beatriz.

¿Que á contar eso te vengas
aquí?

Angela.

¿Pues yo qué cuento?
¿he dicho yo algo de que
no esté todo Madrid lleno?
¿pues á donde mueren tantos,
qué importan dos mas ó menos?

Beatriz.

Por tapar sus boberias *ap.*
hablar de otra cosa intento.
¿Es esa hermosa de quien
disjisteis, si bien me acuerdo,
que algunos ratos su voz
os divierte?

Leonor.

Si, mas eso

se entiende en nuestras labores;
que para no ser aquello
de cantar al bastidor,
ni es primoroso, ni es diestro
lo que canta.

Beatriz.

Pues la tarde
toda con vos es festejos,
éntre á la parte este agrado.

Leonor.

Inés, toma el instrumento,
haz lo que manda Beatriz.

Inés.

A mi pesar obedezco.

Canta.

¿Cual es mayor perfeccion,
hermosura ó discrecion.?

Angela.

¿Con la hermosura, quien puede
tener competencia? pero
no hay que hacer caso, que al fin
todas son coplas los versos.

Canta Inés.

Litigaban dos sentidos
sobre ganar los despojos
de una alma, viendo los ojos,
y escuchando los oidos;
alegaban competidos
cada uno en su opinion,
cual es mayor perfeccion?

Leonor.

¡Que de cuantas letras sabe,
huvo de escoger la menos
á propósito!

Beatriz.

¿Por qué?

Leonor.

Porque sintiera que de esto
Angela desconfiára,
imaginando, ó creyendo,
que puede ser intencion.

Beatriz.

Ahora sabes el cuento
del loco, que preguntando,
¿qué cosa en el universo
es la mas bien repartida?
respondió: el entendimiento,
porque cada uno está
con el que tiene contento:
no temas que desconfie.

Angela.

Nunca ví mote mas necio.

Canta Inés.

En la travada conquista,
la sentencia se asegura,
cuando en vista la hermosura,
la discrecion en revista:
con que el oido y la vista
no desisten de la accion,
¿cual es mayor perfeccion,
hermosura ó discrecion?

Leonor.

No cantes mas. Pues honrar
venís mi casa, pretendo
que toda la honreis; venid,
de un jardinillo que tengo
gozareis el poco adorno.

Beatriz.

Será del aliño vuestro.

Leonor.

Si le tomára de vos,
aunque empeorára de dueño,
mejorára de primores.

Angela.

Gástense allá los conceptos
muy en buenhora, que yo
á mi hermosura me atengo. *Vase.*

Beatriz.

¿Quien creerá que haya pasion *ap.*
tan obligada al silencio,
que haya de morir callando? *Vase.*

Leonor.

¿Quien creerá, que pueda, ¡cielos!
dar una necia cuidado
tan solo con el recelo
de si era ó nó don Luis,
el segundo caballero?

ESCENA V.

Inés, y Roque con un azafate.

Roque.

¿Cé, Inés?

Inés.

¿Qué es lo que quieres,
Roque, no adviertes que entro
á servirlas á estas damas
las bebidas?

Roque.

Que primero
tomes aqueste azafate,
que mientras pasó ligero
mi amo á la plateria,
una joyera ha compuesto,

á donde á mí me dejó
para que le traiga, y temo,
que haya tardado.

Inés.

No has;
pues aunque antes que tú Celio
volvió con no sé qué alhajas,
tambien vienes tú á buen tiempo:
¿qué traes aquí?

Roque.

¿Qué sé yo?
de mil trastos viene lleno.

Inés.

Guantes, lazos, cintas; son
iguales dos aderezos,
que no discrepa uno de otro.

Roque.

Oye.

Inés.

Aprisa.

Roque.

¿Qué fue eso
que dijiste de bebidas?

Inés.

¿Pues á tí qué te va en ello?

Roque.

¿Bebidas, y no irme á mí?
implican el argumento:
¿podrás echar ácia acá
cualque cosa?

Inés.

Sí por cierto:
¿querrás agua de limon,
guindas ó canela?

Roque.

¿Luego,
Inés, todo el dia es de agua?

Inés.

No, que tambien darte puedo....

Roque.

¿Qué, sorbete ó garapiña?

Inés.

De aloja, que es lo que tengo
para antes del chocolate.

Roque.

Pues que me hagas, te ruego,
del chocolate y de todas
esas cosas un compuesto,
y me llenes un gran vaso,

Inés.

¿Estas loco?

Roque.

Hacer deseo
un regalo ¡cual será
ver al chocolate lleno
de guindas y de limon,
sorbete y aloja!

Inés.

Eso
será una gran porqueria.

Roque.

Mejor que mejor; pues luego
les dirás á esas señoras,
que yo las manos las beso,
y que miren lo que son
sus pulideces, supuesto
que este vaso por de fuera,
su estómago es por de dentro.

ESCENA VI.

DECORACION DE CALLE. (1)

Roque, don Luis y don Antonio.

Luis.

¿Roque, está Felix en casa?

Roque.

No señor, antes corriendo
á buscarle, donde dijo
que habia de hallarle, vuelvo.

Antonio.

Díle que don Luis y yo
le hemos buscado.

Roque.

Al momento
se lo diré que le halle. (2)

Luis.

Pues no está en casa; tomemos
la vuelta de aquesta esquina.
Llevarle de aquí pretendo *ap.*
para poder volver yo,
por ver á Leonor, supuesto
que fuera Felix está,
y desvelarle pretendo
el nuevo cuidado mio;
que una cosa es que mi afecto
me lleve tras sí, y otra,
que á las finezas que debo
falte.

---

(1) *Roque por la izquierda, y don Luis y don Antonio por la derecha.*

(2) *Se entra por la derecha.*

Antonio.

Tomemos; y ahora
á la plática volviendo
que dejamos empezada,
proseguid.

Luis.

Bien, no me acuerdo
en qué quedamos.

Antonio.

En que
ya ganada por lo menos
la espia de una criada
teneis, por conocimiento
de otra casa en que sirvió.

Luis.

Eso es todo lo que puedo
contaros hasta aquí; pues
si la memoria revuelvo,
es todo lo que me pasa,
que desde el punto ¡ay de mí!
que aquella hermosura ví,
de su calle y de su casa
hecho humano girasol,
no hay hora que tras su bella
luz no me arrastre mi estrella;
mas no es sino todo el sol
el que me arrastra, que menos
que todo el sol en su esfera,
ser su nombre no pudiera.

Antonio.

De esos hipérboles, llenos
de crepúsculos y albores,
el mundo cansado está;
¿nó los dejaremos ya
siquiera por hoy? Señores,

¿que nunca me pase á mí
esto de una muger ver,
que sea mas que una muger?
En cierta ocasion me ví
en casa de una señora,
de quien decian, que era
el Alba su pordiosera,
y su mendiga la Aurora.
A oscuras quedé algun rato,
y su luz no me alumbró,
hasta que en la cuadra entró
un candil de garavato.
Mirad que sol tan civil,
el que arrastrando despojos,
no puede hacer que sus ojos
alumbren lo que un candil.

Luis.

¿Qué toda la vida habeis
de estar de ese buen humor?

Antonio.

¿Fuéra del vuestro mejor?

Luis.

Vos en esto no teneis
voto, don Antonio, que hombre
que se alaba que no ha estado
en su vida enamorado,
de balde disfruta el nombre
de racional.

Antonio.

Pues sepamos,
cuanto mas irracional
es, quien no distingue el mal
del bien, en que nos hallamos
á los brutos superiores,
sino saber distinguir

el bien del mal.

Luis.

Eso es ir
á filosofias mayores
de las que el caso requiere,
y no habemos de pasar
de.... ¿quién dejará de amar
una hermosura?

Antonio.

Quien quiere,
sin que ninguna pasion
quite que coma y repose,
trobar cuanto campar pose
la vita de un buen poltron.
¿Yo me habia de rendir
por el mas hermoso dueño,
á perder una hora el sueño?
¿yo sacrificarme á ir,
de tiernos suspiros lleno,
al umbral de la mas bella,
donde mi cielo sea ella,
y yo sea su sereno?
¿Yo andar en desconfianza
de uno y otro devaneo,
ajustando si el deseo
se frisó con la esperanza?
¿Si el afecto descuidado
es crédito del olvido,
si el mérito desvalido
disimulo del agrado?
Y cuando mas á este modo
quieren callar mis desvelos,
hételos aquí los zelos,
que lo echan á perder todo.
De mis empleos, señores,

mejor las mudanzas van,
dance otro cierto y galán,
que yo he de danzar flores
al compás de una fortuna
poltrona.

Luis.

¿Y cómo acomodas
el compás?

Antonio.

Queriendo á todas,
y no queriendo á ninguna.

Luis.

Amor de esas bizarrías
orlar suele su laurel.

Antonio.

¿Habeis estado en Teruel?
¿conocisteis á Macías?

Luis.

Mejor es irme que no
cansarme de ver reir
á quien me mira morir.

ESCENA VII.

Roque, don Felix y don Antonio.

Antonio.

Esperad.

Felix.

Que aqui os dejó
á vos y á don Luis, venia
diciéndome Roque.

Antonio.

Sí,
mas fuese huyendo de mí.

Felix.

¿Porqué?

Antonio.

Porque me reia
de un alto amor, en que ahora,
tiernamente enamorado,
anda como embelesado.
¿Os acordais la señora
del coche quebrado?

Felix.

¿Cuál?

Antonio.

La cándida beldad leve,
que sierpecilla de nieve,
tigrecito de cristal,
como á negros nos trató
el dia del Angel.

Felix.

¡Cielos! *ap.*
¡qué escucho! ¿Y de sus desvelos,
qué os ha dicho?

Antonio.

¿Qué sé yo?
aquello de que me abraso,
con su algo de girasol,
cielo, estrella, luna y sol,
y lo demas que en tal caso
de derecho se requiere.
Alcanzémosle los dos,
porque tambien os riais vos
de ver que conforme muere
á manos de su pasion,
tiernísimo majadero.

Felix.

Si fuera y riera; pero....

Roque.

Risas hay que rabias son. *ap.*

Felix.

Si no tuviera que hacer
un negocio, á que volvia
á casa: id, por vida mia,
tras él vos, hasta saber
en qué parage se halla,
y contaréismelo vos
despues.

Antonio.

Norabuena: á Dios.

ESCENA VIII.

Dichos, menos don Antonio.

Felix.

¿Quién vió tan nueva batalla
como en un instante ¡cielos!
en mi pecho ha introducido,
haber (¡ay Roque!) sabido
que causa don Luis mis zelos?

Roque.

¿Cé, don Antonio?

Felix.

¿A qué, dí,
le llamas?

Roque.

No tiene que irse
á buscar de qué reirse,
pues puede reirse de tí.

Felix.

¡En cuánto (¡ay de mí!) empeñado
ya mi amor se considera!

Roque.

Haz cuenta con la joyera,
y lo sabrás.

Felix.

¿Mi cuidado
ese habia, majadero,
de ser?

Roque.

Bien creo que no,
porque ese cuidado yo
se lo aclamaba al platero.

Felix.

Calla, loco, y vén conmigo,
que ya es tan otra mi llama,
cuanto es perder á una dama,
ó aventurar un amigo.

Roque.

¡Qué poco cuidado á mí
lo uno ni lo otro me diera!

ESCENA IX.

SALA EN CASA DE LEONOR.

Don Luis é Inés con luz.

Inés.

¿Sin que te avise, es posible
que á entrar hasta aquí te atrevas?

Luis.

Sabiendo que no está en casa
don Felix ¿en qué, Inés bella,
el atrevimiento estriva?

Inés.

En no prevenir que pueda
haber otro inconveniente:
mi señora....

Luis.

Dílo apriesa

Inés.

Está con unas amigas
de visita, y que te vean,
ya verás que no es razon.

Luis.

No me pongas en sospecha
de imaginar que Leonor,
cansada de mis finezas,
te dió órden de que impidas
la permitida licencia,
que tal vez me concedió.

Inés.

No es eso, y porque lo veas,
llega por aquesta parte,
donde en la cuadra se asientan
que cae al jardin.

Luis.

Ya veo
que es verdad. ¡Cielos! ¿aquella *ap.*
que á la luz de mejor luz
rayos á la noche presta,
no es Angela? ¿No es Beatríz
su prima? sí; ya, aunque verla
siempre fuera para mí
dicha, no sé si me pesa
verla amiga de Leonor.

Inés.

No tanto ahora te detengas,
sino, pues ya las has visto,
vete presto.

Luis.

Norabuena.

Inés.

Pero no salgas, detente.

Luis.

¿Qué es eso?

Inés.

Por la escalera
sube mi señor.

Luis.

Decirle
que vengo á buscarle, es necia
disculpa, estando en el cuarto
de Leonor.

Inés.

Pues aunque quieras
entrar, ya ves que no es
posible.

Luis.

De aquesta reja
en la cortina me escondo. *Escóndese.*

Inés.

Hemos hecho buena hacienda.

ESCENA X.

Dichos, don Felix y Roque.

Felix.

¿Inés?

Inés.

¿Señor?

Felix.

¿Vino á tiempo
lo que envié?

Inés.

Y de manera
rico, adornado y pulido,
que aunque Angélica la bella
fuera Angela, bastára.

Felix.

¿Y qué hacen ahora?

Inés.

En esa
cuadra donde han merendado
se están.

Roque.

Y díme, Inés bella,
¿las damas tan lindas, comen?

Inés.

¿Aquéso preguntas, bestia?
¿comer las damas habian?
¡qué indecoro, qué indecencia!

Roque.

¿Porqué, dí?

Inés.

Porque las damas
no comen aunque meriendan.

Felix.

Con otro gusto (¡ay de mí!)
desde esta parte estuviera
adorando, Angela hermosa,
tu peregrina belleza,
si no me hubiera asaltado
la no pensada violencia
de los zelos de don Luis.

Sale un Escudero.

Escudero.

Suplico á usarced, mi Reina,
á mis señoras les diga
que tienen recado.

Inés.

Ellas
debieron de oir el coche,
porque las almohadas dejan

Felix.

Hácia esta parte me escondo,
y no quiero que me vean,
porque esperando las gracias,
que al paso estoy no parezca.

Inés.

Pues á tu cuarto te pasa
mientras se van.

Felix.

No quisiera,
aunque ella no me vé á mí,
dejar ¡ay de mí! de verla
detras de aquesta cortina. (1)

ESCENA XI.

Dichos, doña Leonor, doña Beatriz, Angela, y poco despues don Luis al paño.

Leonor.

¿Felix, para que te ausentas?
que estas señoras darán
de irlas sirviendo licencia,
y mas cuando fuera culpa,
que los criados que dejan
á sus dueños en visita,
por ellos, Felix, no vuelvan.

Luis.

La primera vez, que ví
amagado el lance es esta,
y no egecutado.

Felix.

Yo
me ausentaba de vergüenza

---

(1) *Va á esconderse, y le ven las damas.*

de lo mal que á sus mercedes
habrás servido

Beatriz

Aunque sea
falsedad, no lo será,
por lo menos la respuesta.
No solo favorecidas,
y honradas vamos, mas llenas
de tantos dones, que dudo
que desempeñarse pueda
de sus muchos agasajos
la poca fortuna nuestra;
si ya no con decir solo,
que conocida la deuda,
en vuestra casa, don Felix,
hay quien deje el alma en prendas.

Felix.

Eso es honrar entendida
á quien serviros desea.

Leonor.

Claro está.

Beatriz.

¡Pluguiera al cielo! *ap.*

Angela.

No es en Dios, y en mi conciencia,
que tantísimas de cosas
nos ha dado, que no hay cuenta.

Beatriz.

No habeis de pasar de aquí.

Leonor.

Llegar tengo hasta la puerta.

Beatriz.

Señor don Felix, quedaos.

Felix.

El favor se me conceda

de llegar hasta el estrivo.

Angela.

Llegad muy en hora buena,
ganareis vos este, y yo
perderé el de la paciencia.

Leonor.

A Dios amiga.

Beatriz.

¡Ay Leonor!
¿quién sin escucha pudiera,
ya que tanto se confrontan
las inclinaciones nuestras,
desahogar contigo el alma?

Leonor.

Yo procuraré, que tengas
ocasion de hacer por mí
esa confianza, cierta
de que he de servirte.

ESCENA XII.

Doña Leonor, Inés y don Luis.

Luis.

Cé,
cé, Leonor.

Leonor.

¿Quién aquí?

Luis.

Deja
el sobresalto: yo soy.

Leonor.

¿Pues don Luis, como ¡qué pena!
aquí, cuando?.....

Luis.

A verte vine,

tu hermano impidió la puerta;
y para que si volviere,
á otra parte le diviertas,
he querido que no estés
ignorante, y que lo sepas,
porque veas, que has de hacer.

Leonor.

Vuelve á esconderte, que entra. (1)

ESCENA XIII.

Dichos y don Felix.

Felix.

¡Válgame el cielo, qué presto
una dicha, á quien debiera
dar en albricias el alma,
viendo cuan buena tercera
en la amistad de Leonor
habian hallado mis penas,
el cielo de uno á otro instante
quiso que en pesar se vuelva!

Leonor.

¿Felix, pues qué sentimiento,
pues qué suspension es esa?
¿Cuándo esperaba que alegre
tendrias la norabuena,
en ocasion de lograr
el servir á quien festejas,
tan triste y confuso? ¿Qué
tienes?

Felix.

¿Qué quieres que tenga,
¡ay Leonor! si no hay ventura,

(1) *Escóndese don Luis.*

que sin su pension no venga?
y esta es tal, que me embaraza
cuantos alborozos pueda
haber grangeado; pues cuando
se me entra el bien por las puertas,
por las puertas á su sombra
se me entra el mal; de manera,
que no basta que en mi casa
la dicha un instante tenga,
para que no tenga ¡ay triste!
tambien la desdicha en ella,
enlazadas de una, y otra.

Leonor.

Sin duda presume, ó piensa *ap.*
que está aquí don Luis. ¿Pues qué,
(¡que mal el temor se alienta!) *ap.*
qué te sucede?

Felix.

No sé
cómo á decirte me atreva,
que tu decoro, Leonor,
no se aventure en materia
tan achacosa á tu oido,
sin que se pase á indecencia;
pero supla la objecion
el sentimiento.

Leonor.

Estoy muerta. *ap.*

Luis.

¿A dónde tantas confusas
palabras, y tan suspensas
irán á parar?

Felix.

Yo.....

Leonor.

¡Ay triste! *ap.*

Felix.

He sabido.....

Leonor.

¿Qué recelas?

Felix.

Que don Luis de Mendoza.....

Leonor.

¡Ay cielos, que mal empieza! *ap.*

Felix.

Enamorado....

Leonor.

¡Qué escucho! *ap.*

Felix.

Pretende.....

Luis.

¡Qué oigo! *ap.*

Felix.

En mi ofensa.....

Leonor.

¿Ya qué hay que pensar? *ap.*

Luis.

Aquí *ap.*

amor, y amistad se arriesgan.

Felix.

A Angela.

Leonor.

¿Quién creerá, cielos, *ap.*

que tales mis ansias sean,

que hayan podido tener

á los zelos por enmienda?

Luis.

Absorto quedo al oirle: *ap.*

¿pero quien, cielos, creyera,

que sean mis ansias tales,
que á un mismo tiempo me vean
zelos, que doy, y me dan,
persona que haga, y padezca?

Felix.

Y aunque no acaso, Leonor,
la eleccion, porque esa fuera
acusar mi amor, no puedo
dejar de sentir, que vea
desde la orilla mi amor
antes que el mar, la tormenta;
antes que el humo, el incendio;
antes que el monte, la fiera;
la ruina antes, que la mina;
antes que la nube densa,
el rayo; ay de mí! mostrando
en la amiga competencia,
cuan impensados me asaltan,
cuan improvisos me cercan,
si el nublado, si el asedio,
el fuego, el golfo, la niebla,
el rayo, la ruina, el bruto,
el incendio, y la tormenta.
A Angela don Luis adora,
y con tan grandes finezas,
que de dia, ni de noche
de sus umbrales se ausenta.
Si me declaro con él,
¿qué razon hay que yo tenga,
que no la tenga él? Si dejo
de declararme, es bageza,
que no esté doble conmigo,
y yo lo esté con él; fuera
de que es partido villano,
que yo que me ofenda sepa,

y él no que le ofendo yo;
y pues no es la vez primera,
que donde andan zelos, ande
la amistad en contingencia,
quitémonos los embozos,
y lo que viniere venga;
mejor será de una vez,
ó asegurarla, ó perderla.

ESCENA XIV.

Doña Leonor, Inés y don Luis.

Leonor.

Entreabre esa ventana,
Inés, y en viendo que deja
mi hermano la calle, ese hombre
en ella pon.

Luis.

Leonor bella,
oye.

Leonor.

¿Qué mas he de oir?

Luis.

Mis disculpas.

Leonor.

¿Puede haberlas
á tantas injurias, tantos
agravios, tantas cautelas?

Luis.

Oye, y las sabrás.

Leonor.

Ni oirlas
quiero, falso, ni saberlas,
sino que te vayas luego
tan para siempre, que de esta

casa en tu vida te acuerdes.

Luis.

Has de oirme, aunque no quieras.

Leonor.

¿Iráste, si te oigo?

Luis.

Sí.

Leonor.

Pues dí.

Luis.

Viéndome en mis penas
tan suspenso, don Antonio
informarse quiso de ellas,
y como penas de amor
no hay otras que las desmientan,
por no revelar que tú
eras, Leonor, dueño de ellas;
y por desviarle mas,
que de tí escrúpulo tenga,
quise nombrarle otra dama.

Leonor.

Calla, calla; cesa, cesa,
falso, aleve, fementido,
y porque el que mientes veas,
y veas, que antes que Felix,
ya lo habia dicho ella;
¿qué criada es la que ya
tienes en su casa mesma
sobornada?

Luis.

¿Yo criada?

Leonor.

En vano finjir intentas:
muy buena boba enamoras,
ella me vengará de ella,

y tú de ella y de tí. ¿ Inés,
qué aguardas? la puerta cierra,
dá con ese hombre en la calle,
y en tu vida á abrirle vuelvas.

Luis.

Leonor mia, mira, mira....

Leonor.

Aquí no hay nada que vea.

Inés.

Vamos no vuelva mi amo.

Luis.

Tú verás, que mis finezas
te desenojan.

Leonor.

Y tú
la poca, ó ninguna enmienda,
que puede tener el que
dá zelos con una necia.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON ALONSO.

Don Alonso leyendo una carta, y Juana.

Alonso.

¿Qué hacen Angela y Beatriz?

Juana.

Las dos, señor, asentadas
á las labores están,
que esta y las demas mañanas,
á estas horas las divierten.

Alonso.

Dílas que tengo que hablarlas,
que á mi cuarto pasen: pero
no, mejor será que vaya
yo al suyo, y no las estorbe
la digna ocupacion, Juana,
de la diversion, en que
dices á estas horas se hallan
bien entretenidas.

Juana.

Tú
lo verás.

Alonso.

Aunque me engañas,
veré tambien qué labores
son estas.

Juana.

Las de dos damas,

que de entendidas y hermosas
se precian, supuesto que ambas,
una el ingenio se afeita,
y otra se estudia la cara.

ESCENA II.

APOSENTO DE DOÑA BEATRIZ.

Don Alonso, doña Angela y doña Beatriz. (1)

Alonso.

¡O quien pudiera trocar
tan opuestas, tan contrarias
inclinaciones; y que
fuese Angela la inclinada
al aprender y Beatriz
al parecer; mas qué vana
pretension, si hay superior
arbitrio que las reparta!
en cuyos opuestos genios
suspenso quedé al mirarlas.

Angela.

¿Es posible que no acabes
de hacer esa trenza?

Juana.

¿Si andas,
por mirarte á todas luces,
tan inquieta, qué te espantas?

Angela.

Noramala para tí:
¡qué torpe y desaliñada!

---

(1) *Doña Angela estará al tocador, Juana va á ayudarla, y Beatriz sentada en otro lado leyendo un libro.*

si pudiera deslucirme
algo á mí, fuera tu maña;
tres tocados son con este
los que hoy has errado.

Juana.

Aguarda,
verás si tengo disculpa.

Angela.

¿Qué disculpa, mentecata?

Juana.

Estarte viendo, señora,
dentro de tu espejo, y tanta
es la suspension de ver
tu hermosura, que admirada,
no es posible que te acierte
á servir.

Angela.

Si esa es la causa,
yerra otros tres por mi cuenta,
y tres mil, si tres no bastan.

Juana.

Criadas, si oir no quereis *ap.*
esto de las noramalas;
para vuestras amas no hay
medio como lisonjearlas.

Beatriz

Discreto amigo es un libro:
¡qué á propósito que habla
siempre en lo que quiero yo!
¡y que á propósito calla
siempre en lo que yo no quiero,
sin que puntoso me haga
cargo de por que le elijo,
ó por qué le dejo! Blanda
su condicion, tanto que

se deba buscar si agrada,
y con el mismo semblante
se deja dejar, si cansa.
¿Señor, tú estabas aquí?

Alonso.

Si, Beatriz, y haciendo estaba
discursos, en cuanto diera,
porque la suerte trocára
aquel espejo á ese libro.

Angela.

¿Pues por qué, señor, te cansas
de mis aliños?

Alonso.

Porque
verte, Angela, estimára
mas amiga de saber.

Angela.

¿Pues he de ser yo Letrada?
¿y cuando hubiera de serlo,
habria alguno en España,
que mejor parecer diera?

Alonso.

Para de paso, esto basta:
á veros, hija y sobrina,
(mal dije) digo, que ambas
lo sois, pues tambien tú eres,
Beatriz, pedazo del alma.
A veros, digo, he venido
con un cuidado;..... esta carta
lo dirá mejor que yo;
prevente para escucharla,
Beatriz, pues á tí te toca
el todo de estas desgracias.

Lee. *Octavio, en cuya confianza el señor don Álvaro, vuestro hermano mayor y amigo mio, dejó la*

hacienda que vino de Indias para mi señora doña Beatriz, puesto en quiebra, ha faltado de esta ciudad; y aunque deja algunos efectos, no tan corrientes, que no necesite de mucha diligencia su cobranza, remitidme poder, noticias y papeles, para que yo....

No leo mas, porque me quiebra
el corazon, que sea tanta,
Beatriz, tu poca fortuna,
que lo mas y menos hayas
de necesitar de otro.

Beatriz.

No, señor, estremos hagas,
que tu menor sentimiento
será mi mayor desgracia.

Alonso.

¿Cómo no? á Sevilla he de ir,
que no es para encomendada
esta diligencia á quien
le duela menos la falta
de tus aumentos.

Beatriz.

Señor.... (1)

Alonso

¿Qué haces? del suelo levanta.

Beatriz.

Será en vano, y no me tengo
de levantar de tus plantas,
sin que, besando tu mano,
me des con ella palabra
de que no te ha de costar
de esa hacienda la cobranza
el menor desasosiego.
Piérdase todo, que nada

---

(1) *Arrodillase.*

importa con tu quietud:
no el que sea desdichada
en lo menos, consecuencia
de serlo en lo mas se haga,
aventurando, señor,
tu salud, tu edad, tus canas
por mí: que cuando á mi estado
no le quede otra esperanza,
para entrarme en un convento
mis pobres joyuelas bastan,
La mayor fineza sea
el cuidar de tí yo.

Alonso.

Basta,
basta el ruego, Beatriz, que es
con tan nueva circunstancia,
que ruega uno, ó manda otro;
pues con las mismas palabras,
lo contrario que me ruegas,
parece que me lo mandas:
fuera de que es bien que sepas,
que de esta quiebra me alcanza
no pequeña parte á mí,
que no quiero que obligada
quedes al cargo de todo;
y así, mientras la jornada
dispongo, y el modo ajusto
en que ha de quedar mi casa,
bien que quedando tú en ella,
nadie, Beatriz, hace falta;
habré de valerme de este
caballero que con tanta
fineza en tí, de tu padre
vivas las memorias guarda.

Angela.

Mucho me pesa, Beatriz,
por cierto; no te faltaba
mas ahora que ser pobre:
pero vive en confianza
de que no te faltaremos
yo, y el que su estrella guarda
con la dicha de mi esposo,
pues no pudo....

Beatriz.

¿Qué?

Angela.

Que traiga
tu remedio, sí, en algun
escudero de su casa.

ESCENA III.

Beatriz y despues Juana.

Beatriz.

Guárdete el Cielo; por tanto
favor; no en vano fiada
en tí vivo yo. Y no en vano
quiere (¡ay infelíz!) tirana
esmerarse mi fortuna,
hasta ver á donde alcanza
el sufrimiento en un pecho,
y el sentimiento en un alma:
pero de muy bajos medios
se vale esta vez, si trata
de acrisolar mi paciencia;
porque contra mi constancia
no es el interés examen,
sin ver que teniendo armas

en mí contra mí tan nobles,
tan generosas é hidalgas,
como mi propia memoria,
de las civiles se valga;
y para que de una vez
desengañe su ignorancia,
y sepa de cuales puede
usar con mayor ventaja,
he de acordárselas todas.
Yo, fortuna,....

Juana.

Una tapada
de buen arte, al parecer,
afligida, ha entrado en casa,
y preguntando por tí,
licencia de hablarte aguarda.

Beatriz.

¿A mí, quién puede ser? pero
muger, y afligida, basta:
díla que entre.

ESCENA IV.

Dichas y doña Leonor con manto.

Leonor.

¿Podré hablaros
á solas?

Beatriz.

Sí: salte Juana,
allá fuera.

Juana.

A que es, señora,
embestidura, apostara
la vida.

Beatriz.

¿Porqué?

Juana.

Porque hay
mil de estas estrafalarias,
que á título de limosna,
se estofan de lo que estafan.

ESCENA V.

Doña Leonor y doña Beatriz.

Beatriz.

Ya estoy sola, bien podré,
señora, decir qué mandas.

Leonor.

Que me dés, Beatríz, los brazos.

Beatriz.

¿Leonor mia? ¿pues qué causa
hay que te obligue á venir
de esta suerte?

Leonor.

Oye, y sabrásla:
al despedirnos anoche
me dijiste que deseabas,
en fé de la inclinacion
que se ha confrontado en ambas,
desahogar tus desazones
conmigo, y tan obligada
quedé á que quieras de mí
hacer esta confianza,
que no ví la hora de verte;
y como si destapada
á pagarte la visita
viniera, era cosa clara
que me habia de asistir

Angela, de quien recatas
tus sentimientos, y puesto
que dijiste que te holgáras
que habláramos sin escucha,
quise, habiendo esta mañana
ido á sacar á la puerta,
Beatríz, de Guadalajara
un vestidillo, dejando
á la vuelta una criada,
con quien salí, no perder
la ocasion, sino lograrla,
aunque de paso; y asi,
pues no saben con quien hablas,
mira en qué puedo servirte:
¿qué me quieres, que me mandas?
fiarte de mí bien puedes,
y si quieres que mis ansias,
que tambien de anoche acá
hay novedad, que mis causas
quiten el miedo á las tuyas,
lo haré, aceptando la paga
antes que la obligacion;
pues si en mi temor reparas,
quizá te he menester mas
yo á tí, que tú á mí. Esto basta
que te diga por ahora. *Llora.*

Beatriz.

Mas que tus labios me callan,
tus ojos, Leonor, me dicen.

Leonor.

¿Pues qué esperas, pues qué aguardas,
para decirme tus penas,
si me vés llorar? pues nada
te empeña mas en decirlas,
que el ver que sabré llorarlas.

Beatriz.

Aunque es verdad, Leonor mia,
que la ocasion deseaba
de comunicar contigo
un cuidado, se adelanta
tanto tu pena á mis penas,
que he de rogarte me hagas
el favor de hablar primero.

Leonor.

Si es tomarme la palabra
de que mis ansias, Beatriz,
el paso á las tuyas abran,
yo lo haré. Sabrás (¡ay triste!)
que libre, altiva y ufana,
burlando imperios de amor....
¿La voz parece que estrañas?
pues no la estrañes, Beatriz,
que si he de contar mis varias
fortunas, fuera tibieza
en mí dejar de contarlas;
pues fortuna sin amor,
no es mas que cuerpo sin alma.
Burlando, digo otra vez,
imperios de amor, ufana,
altiva y libre vivia,
cuando su deidad tirana,
ofendida de que fuese
yo la escepcion de sus armas,
las que contra otras, por uso,
tomó contra mí en venganza.
Don Luis, el mayor amigo
de mi hermano, con la entrada
que el serlo le permitia
á todas horas en casa,
y con el digno pretesto

de esposo, medios y trazas
buscó de que yo entendiese
las mudas cifras del alma.
No fueron dificultosas,
que mi hermano en su alabanza
siempre hablando, me quitó
el cuidado de estudiarlas.
Dejo aquí, por no cansarte,
papeles, ruegos, criadas,
rejas, noches, y voy solo
á que en fé de la palabra
de esposo, empeñe el cariño,
en cuya tranquila, blanda
paz, viento en popa, de amor
sulque los piélagos, hasta
que los embates de zelos
levantaron la borrasca.
A Angela tu prima adora,
y no tan solo me agravia
en la parte del afecto
á quien tan ingrato falta;
pero en la parte tambien
de que mi hermano la ama,
y su competencia temo
que pase á mayor desgracia
si es que se encuentran los dos;
porque sé que Felix anda
buscándole desde anoche
para decirle sus ansias:
de suerte que entre mi hermano
y amante sobresaltada
es fuerza vivir, temiendo
el todo y la circunstancia;
y asi vengo á suplicarte,
pues como ladron de casa,

es fuerza estar á la mira
de lo que pasa y no pasa,
procures con tu cordura,
tu entendimiento y tu maña,
haciendo que Angela á entrambos
cierre el paso á la esperanza,
desviar aqueste empeño,
que á dos lances amenaza
mi vida, pues de cualquiera
suerte soy á quien alcanzan,
ú de Felix las ofensas,
ú de don Luis las mudanzas.

Beatriz.

¡Qué poco, Leonor, me fias
en lo mucho que me encargas!

Leonor.

¿Es desdeñarte, por ser
materia de amor?

Beatriz.

Aguarda,
y verás cuan al contrario;
que antes (¡ay Dios!) si escucharas
el discurso, Leonor mia,
en que cuando entraste estaba,
vieras que por ser de amor
solo de mano me ganas,
pues lo que quise decir,
lo mismo es que tú me mandas.

Leonor.

¿Pues qué era el discurso?

Beatriz.

Era,
recopilando desgracias,
hacer cargo á mi fortuna,
de qué remedios se valga

hoy contra mí tan civiles,
como que quitado me haya
la esperanza de que pueda
salir de esta voluntaria
cárcel, donde mis respetos
me mantienen de una vana
necia beldad prisionera;
pues la hacienda que esperaba,
de anoche acá la he perdido,
pudiendo, si hacerme trata
asunto de sus victorias,
usar de mas nobles armas.
Este era el discurso; ahora,
para que le entiendas, falta
saber que armas eran estas:
¡mas ay, qué necia ignorancia!
pues cuando dije, Leonor,
que ni desdeña ni estraña
pláticas de amor mi oido,
dije bien si lo reparas,
que en su mar una fortuna
estamos corriendo entrambas.
Libre tambien del tirano
imperio de amor me hallaba
yo, Leonor, cuando trocó
en tormentas mis bonanzas;
y para que veas ¡ay triste!
cuanto encadena, y enlaza
un influjo nuestra estrella,
huve de amar á quien amas.
No te asustes, que don Felix,
sin mas amistad ni entrada
en mi casa, y en mi pecho,
que solo una cortesana
galantería, en que hicieron

lo medido en las palabras,
y lo atento en las acciones
alarde, sobre su gala,
de su ingenio y su nobleza,
es el que (la voz me falta)
me debió el primer afecto,
sin presumir que pasára,
ni nunca pasar pudiera
del primer afecto, hasta
que repetida la vista,
de esa calle viva estatua,
reconocí de mi prima
el galanteo. ¡Mal haya
pasion tan incorregible,
que cuando quien es recata,
para que diga quien es,
es menester maltratarla!
En fin, viendo cuanto vive
imposible mi esperanza,
pues tan desfavorecida
el cielo quiere que nazca
de méritos y caudales,
y todo, Leonor, me falta;
lo que decirte queria,
era, lo primero, me hagas
favor de que esta pasion
nunca de tu pecho salga;
pues mejor es que se esté
oculta, que desairada:
y lo segundo, que tu
le diviertas y disuadas
del empeño de mi prima,
pues razones tiene hartas,
que le desagraden de ella;
y para que tolerada

viva yo, mira á que bajo
partido se dan mis ansias,
que el no verle galan de otra,
para consuelo me basta.

Leonor.

Una hermosura, Beatriz,
á las dos ofende, haya
contra la hermosura ingenio;
veamos quien puede mas.

Beatriz.

Baja
la voz y hablemos mas quedo,
que está Angela en esa cuadra.

ESCENA VI.

Dichas, don Antonio y don Luis.

Antonio.

¿Qué á entrar os atreveis?

Luis.

Sí,
que viendo que no está en casa
don Alonso, pues le he visto
fuera, quiero á la criada
que os dije, dar un papel.

Antonio.

Pues yo me quedo á la entrada,
para hacer alguna seña,
si alguien viene. *Retirase.*

Luis.

Aunque me enfada *ap.*
don Antonio en haber sido
quien dicho á don Felix haya
mi amor, porque uno ni otro
presuman, y á que no caigan

donde fue donde lo oí,
no es justo darme de nada
por entendido, hasta que él
se declare, á cuya causa
no he querido que me halle
esta noche, porque añada,
dando á Isabel un papel,
siquiera esta circunstancia,
de que estoy mas empeñado,
que él.

Beatriz.

Encubrete: ¿quién anda
aquí?

Luis.

Con Beatriz he dado.

Leonor.

¡Ah tirano! ¿quién pensára (1)
que aquí había yo de verte?

Luis.

Quien... si... cuando .. vos.... El habla *ap.*
se me ha turbado en el pecho.

Antonio.

Turbádose ha: ¡quien hallára *Sale.*
disculpa!

Beatriz.

¿Pues no decís,
qué buscais?

Antonio.

A una criada
buscando venimos: ¿qué
el decirlo os embaraza?

Luis.

¿Qué decís?

---

(1) *Se encubre.*

Antonio.

El caso es
(quiera Dios que con bien salga) *ap.*
que en la casa que servia
antes de esta, que es la casa
de una deuda del señor
don Luis, de joyas y plata
se hizo un grande hurto, y ella
dijo, que aquella mañana
vió un hombre salir, estando
asomada á una ventana,
y que le conoceria,
si le viese.

Luis.

¿Hombre, qué trazas?

Antonio.

Háse prendido un ladron
con mil preciosas alhajas,
y para que reconozca
si es el que vió, y si de tantas
son de su señora alguna;
me ha encomendado la Sala,
como oficial que soy de ella,
que un requirimiento la haga.
El señor don Luis corrido,
por ser criminal la causa,
de que vos sepais que él
en la diligencia anda,
que al fin pensó que sin veros
fuera posible el hablarla,
se ha embarazado; mas yo,
á quien nada le embaraza,
doy testimonio de que
buscamos á la criada.

Beatriz.

Está bien, y la que es
tambien sé. ¿Isabel?

ESCENA VII.

Dichos é Isabel.

Isabel.

¿Qué mandas?

Antonio.

Vive Dios que lo ha creido.

Luis.

Conforme á lo que la llama.

Beatriz.

Ponte el manto, que con esos
señores fuerza es que vayas.

Isabel.

Pues yo, señora, qué culpa
tengo en que...

Beatriz.

No digas nada,
vé y ponte el manto; y los dos,
pues yo permito llevarla,
sea donde no tengais,
que volver aquí á buscarla.

Luis.

No lo creyó mucho. Ved....

Beatriz.

No mas.

Antonio.

Que nosotros...

Beatriz.

Basta,
que ha de ir con los dos.

Leonor.

¡No sé *ap.*
como réprimo mi rabia!

ESCENA VIII.

Dichos, don Felix, Roque, y despues doña Angela.

Roque.

¿Señor qué intentas?

Felix.

¿Si yo
le ví entrar y veo que tarda,
porqué á lo que él se atrevió
no me atreveré yo?

Roque.

Aguarda,
qúe aquí está él, Don Antonio,
y Beatriz, y una tapada.

Felix.

Oye, pues.

Angela.

¿De cuando acá
déspides tú á mis criadas,
Beatriz? ¿son tuyas ó mias?

Beatriz.

Tuyas.

Angela

¿Pues cómo las mandas?

Beatriz.

Como esos señores vienen
por ella, y es cortesana
accion, que por ella no
tengan que volver.

Angela.

Si tanta

gente creyera que habia,
no saliera descuidada,
porque hoy solo me toqué
para el gasto de mi casa.

Felix.

¿Qué será esto?

Roque.

¿Qué sé yo?

Luis.

¡Qué beldad tan soberana! *ap.*

Felix.

¡Qué peregrina hermosura! *ap.*

Antonio.

Si os enojais de que salga
la criada, mejor es,
aunque se pierda la instancia,
el que nos vamos sin ella.

Luis.

Decís bien, vamos.

Leonor.

¡Qué ansia! *ap.*

Luis.

¿Don Felix, vos aquí? (1)

Felix.

¿Pues
qué os admira? ¿qué os espanta,
si vos estais, que esté yo,
y quizá con mejor causa?

Leonor.

Mi hermano.

Beatriz

Ya es otro el riesgo. *ap.*
¿Don Felix aquí?

---

(1) *Al irse hallan á don Felix.*

Angela.

¿Qué estrañas,
si el uno por Isabel,
que venga el otro por Juana?

Luis.

¿Por qué mejor?

Felix.

Porque tengo
la que teneis, á que añada
la de veniros buscando,
por tener una palabra
que hablar con vos.

Luis.

Quien me busca
en parte tan escusada,
no como amigo pretende
que responda.

Antonio.

¿Cómo se hablan
los dos así? ¿Pues don Luis,
don Felix, que es esto?

Los dos.

Nada.

Angela.

¿Qué bueno será ver, como
los que se mueren, se matan?

Felix.

Yo tengo que hablaros.

Luis.

Yo
que responderos.

Leonor.

¡Turbada *ap.*
estoy!

Beatriz.

Ved, mirad ....

Felix.

De aquí
salgamos, que de las damas
buenas campañas no son
los estrados.

Luis.

¿Pues qué aguarda
vuestro valor? (1)

Alonso.

¿Cómo es eso
de estrados, y de campañas
en mi casa? ¿cómo?

Felix.

¡Bravo *ap.*
empeño!

Luis.

¡Desdicha estraña! *ap.*

Beatriz.

¡Muerta estoy! *ap.*

Antonio.

¿Roque, qué es esto?

Roque.

A esto, señor mio, llaman
cuando pierden los fulleros,
caerse acuestas la casa.

Alonso.

¿Aquí tanto atrevimiento?
¿nadie responde, ni habla?
¿qué es esto, digo? y qué.....

Angela.

Yo

(1) *Al irse, sale don Alonso.*

lo diré en cuatro palabras.

Beatriz.

Ella ha de echarlo á perder, *ap.*
si lo dejo á su ignorancia.

Angela.

Aquesos dos caballeros
enamorados, me.....

Beatriz.

Aguarda,
que si no estabas aquí,
¿has de saberlo?

Angela.

Pues tanta
dificultad hay en que
enamorados....

Beatriz.

Sí, calla,
pues no lo viste. Señor,
estando yo en esta sala,
que Angela estaba allá dentro,
aquesta muger tapada
huyendo se entró, diciendo,
que su honor, y vida estaba
á riesgo, y que por muger
la favorezca, y la valga.
Tras ella esos caballeros,
y los dos que la acompañan,
entraron, y por la cuenta,
segun el lance declara,
el uno es el que la ofende,
y el otro es el que la ampara.
Púseme delante de ella,
y al verme, sin que la espada
sacasen, á mi respeto
tuvieron atencion tanta,

que dijo uno: pues llegó
esa fiera, esa tirana
enemiga al soberano
sagrado de vuestras plantas,
él la asegure. A que el otro
dijo: pues ya asegurada
queda ella, ahora podemos
los dos de nuestra demanda
ajustar en otra parte
el duelo, que de las damas
buenas campañas no son
los estrados. ¿Pues qué aguarda
vuestro valor? Dijo el otro:
con que volver las espaldas,
quedarse ella, y entrar tú,
fue uno, y esto es lo que pasa.

Angela.

¿Oiga, qué no era por mí
la pendencia?

Antonio.

Aquesta dama *A Roque.*
tan bien miente como yo.

Roque.

Y aun mejor.

Alonso.

Aunque no basta
para el supremo decoro,
que se le debe á mi casa,
haber de su atrevimiento
sido esa, Beatriz, la causa,
el respeto que han tenido
á tu persona, me ataja
mucha parte de la ira.

Felix.

Si hubiera de nuestra saña

sido eleccion, por ser vuestra,
tuvierais en qué fundarla;
mas si el acaso, ó el miedo
se la dieron á esa ingrata,
quien sin eleccion elige,
enoja, pero no agravia.

Alonso

Tambien aquesta razon
admito, para que haya
otra mas que me disculpe,
no echaros á cuchilladas
de mis umbrales. Señora, *á Leonor.*
(mude estilo y templanza, *ap.*
que de hombres á mugeres
son las frases muy contrarias),
de lances de amor, y zelos,
mozo fuí, nada me espanta,
ya en mi casa entrasteis, ya
es Beatriz la que os ampara,
á cuya cuenta correis;
¿ved, qué quereis que yo haga,
ó que quereis hacer?

Leonor.

Esto. (1)

Luis.

A mí me dice que vaya
con ella: ¿quién será, cielos,
esta muger que me saca
de igual trance?

Antonio.

Con él vine,
con él he de ir.

---

(1) *Vase llevándose del brazo á don Luis.*

ESCENA IX.

Don Alonso, doña Angela, doña Beatriz, don Felix y Roque.

Alonso.

Hasta que haya
alejádose de aquí,
que no podais alcanzarla,
no habeis de salir.

Felix.

No haré,
pues el mandarlo vos basta.

Alonso.

Angela, Beatriz, tenedle,
mientras que yo á mirar salga,
si se ha perdido de vista.

ESCENA X.

Dichos, menos don Alonso.

Felix.

¿Quién vió, ni prontitud tanta
en un fracaso, ni en una
desdicha atencion mas sabia?

Roque.

¿Eso admiras? ¿qué muger,
señor, no nació dotada
en mentira infusa?

Beatriz.

Cuerda *ap.*
anduvo Leonor, pues salva
el ser conocida, dando
fuerza al engaño.

Angela.

¡Que nada
de cuanto tú viste viese!

Felix.

¿Cómo rendirá quien se halla
con poco tiempo, y con dos
obligaciones á entrambas?
Una es, Angela divina,
hacerte cargo de tantas
finezas, como me debes;
otra es, darte á tí las gracias,
discreta Beatriz, de tantos
riesgos, como me restauras:
y pues á una, y á otra deuda
razon sobra, y tiempo falta,
supla una, y otra, arrojarme
igualmente á vuestras plantas:
á tí, por lo que me libras,
y á tí, por lo que me matas.

Angela.

¿Es eso lo que os quedó
que decir á la tapada,
que se fué con otro?

Beatriz.

Poco
os debe atencion, que iguala
nada al agradecimiento.

Felix.

¿Qué quereis, si hay quien le arrastra?

Beatriz.

¿Qué he de querer? mas si fuera
mia, yo la domeñára
á que lo primero fuera
lo primero.

Felix.

¿Hubiera traza
para eso?

Beatriz.

Querer quererla.

Felix.

¿Y, dime, quererla basta?

Beatriz.

No, mas dispone.

Felix.

No hay
dispuesta materia, que arda,
si está en otra parte el fuego.

Beatriz.

Irla acercando la llama.

Felix.

Cerca está, pero no prende.

Beatriz.

Luego es consecuencia clara,
que no está dispuesta, y pues
disponerla, es aplicarla.....

Felix.

Decid, sin que mas os cueste,
el cuidado de guardarla,
que hoy os quiero, sin teneros
cuidadosa.

Beatriz.

Todo pára
con que me la hagais, don Felix,
de no volver á esta casa,
que no hay para cada dia
un engaño, una tapada,
ni un deseo de la enmienda
á atrevimientos, que agravian
mas, que imaginais; no solo

á ella, á Angela, á su fama,
á mi tio, y á mí; pero
á quien..... no sé á quien.

Felix.

No vaya
con tal duda; ¿á quien decís?

Beatriz.

Preguntadlo á la tapada,
pues ella lo sabe, y ella
os lo dirá.

Felix.

¡Duda estraña!
¿Ella lo sabe?

Beatriz.

No sé;
y si sé.

Felix.

¿En voces contrarias
respondeis?

Beatriz.

Sí.

Felix.

Mal podré
sin conocerla.

Beatriz.

Buscadla.

Felix.

No sé á donde.

Beatriz.

Yo tampoco.
pero ella....

ESCENA XI.

Dichos y don Alonso.

Alonso.

Pues ya se alargan,
idos, caballero, y ved,
ya que fue la prisa tanta
que dió aquella dama á irse,
que no hubo lugar de que haga
amistades, que debiera,
que salís de aquesta casa,
y correrá por mi cuenta
cualquier disgusto ú desgracia
que de este duelo resulte.

Felix.

Yo os doy, señor, la palabra,
porque fué lance rifado,
sin empeño de importancia,
que por aquella muger
segundo duelo no haya.

Alonso.

Oid, dejar la que os deja
es la mas cuerda venganza:
id con Dios.

Felix.

Guardeos el Cielo:
¿qué es lo que llevo en el alma,
que con sentirlo lo ignoro?

Roque.

¿Pues qué ha sido?

Felix.

Unas palabras,
tan confusas á una luz,
á otra luz tan cortesanas,

que viendo á Angela, el oirlas
me divirtió de mirarla.

ESCENA XII.

Don Alonso, Beatriz y Angela.

Alonso.

Si cerradas estas puertas
estuvieran, no se entraran
acá tales alborotos.

Beatriz.

Descuido fué.

Alonso.

No faltaba
mas que era andarme yo ahora,
si mas el lance durara,
ajustando duelecitos
de melenas y tapadas.
Entraos las dos allá dentro:
mas oye, Beatriz.

Beatriz.

¿Qué mandas?

Alonso.

La jornada corre prisa,
ya vés que la ropa blanca
dice quien es cada uno,
mayormente en las posadas;
si menester fuere alguna,
te ruego esta tarde salgas
á prevenirla.

ESCENA XIII.

Dichos, menos don Alonso.

Beatriz.

Saldré,

señor, de muy buena gana
esta tarde por tí. ¿Vienes,
Angela?

Angela.

Sí, que embobada
me he quedado de saber,
que los que á una muger aman,
riñen por otra.

Beatriz.

¿Qué quieres?
como eso en el mundo pasa:
no hay sino....

Angela.

¿Qué?

Beatriz.

Aborrecer
á los dos.

Angela.

Desde mañana,
porque hoy tengo que hacer unos
lazos, verán que no tratan
de mas que de aborrecerlos
mis tres sentidos del alma.

Leonor.

Sí, que las cinco potencias
estarán muy ocupadas;
que aborrecer y hacer lazos
son dos cosas muy contrarias.

ESCENA XIV.

DECORACION DE CALLE.

Doña Leonor, don Luis y don Antonio.

Leonor.

Que me conozca no quiero *ap.*

don Luis, y cómo podré
tomar el coche no sé.
Pues ya os serví, caballero,
no habeis de pasar de aquí.

Luis.

¿Cómo obedeceros puede
mi obligacion? sin quede
servidor á quien debí
haberme dado, no digo
la vida, porque es menor
dádiva, que fue el honor
de una dama; y si consigo
dejarla por vos segura
del riesgo que amenazó
su opinion, pues aunque no
fue cómplice su hermosura
del atrevimiento mio,
siempre las mugeres son
deudoras de la opinion
en cualquiera desvario
de los hombres, ¿como puedo
condenarme á no saber
á quien lo he de agradecer?

Leonor.

Poco convencida quedo
de la razon que ma dais,
(disfrazar en vano intento *ap.*
el habla y el sentimiento)
pues vos, á mí no me estais
en obligacion ninguna;
que hallándome acaso allí,
y empeñada, cuando ví,
que en tan deshecha fortuna
Beatriz de mí se valía,
¿que hice de su fingimiento

el ayudar el intento,
pues asi como asi habia
yo de salirme de allí?

Luis.

Sí, pero villano indicio
fuera, cuando el beneficio
viene á resultar en mí,
el no agradecerle yo.

Leonor.

Pues supuesto que quereis
agradecerle, podreis,
con una accion.

Luis.

¿Qué es?

Leonor.

Que no
me sigaís mas.

Luis.

Eso es
haber, señora, querido....

Leonor.

¿Qué?

Luis.

Que el ser desagradecido
me cueste el ser descortés;
pues si de vuestra porfia
vencerme, señora, intento,
falto al agradecimiento
por ir á la cortesía.
Y á dos afectos rendido,
ya que uno forzoso es,
mas quiero ser descortés,
que no desagradecido.
Quien sois, me decid, si ya
otro bien quereis hacerme.

Leonor.

Quizá os pesará de verme.

Luis.

Quizá no me pesará:
sepa, pues, quien sois, por Dios.

Leonor.

Estoy porque lo sepais,
no mas de porque añadais
otro defecto á los dos.

Luis.

¿Qué defecto?

Leonor.

Mal, cruel *ap.*
pasion, cubrirte he querido.
No sé si el de fementido,
falso, ingrato, aleve, infiel,
mal caballero, villano.

Luis.

La causa no alcanzo.

Leonor.

¿No
quereis verla?

Luis.

Sí.

Leonor.

Pues yo
soy. ¡Ay de mí! mi hermano. (1)

ESCENA XV.

Dichos, don Felix y Roque.

Luis.

¿Quién vío empeño mas cruel?

---

(1) *Al descubrirse vé á su hermano y se retira al bastidor.*

Leonor.

De aqueste portal pretendo
valerme: ved que estoy viendo
cuanto os pasare con él;
y que si no pensais modo
para dejar de reñir,
me tengo de descubrir,
y hemos de acabar con todo.

Felix.

La tapada á quien siguió
don Luis, al ver que he llegado,
á un portal se ha retirado.

Antonio.

¿Qué debo hacer ahora yo, *ap.*
hallándome entre los dos,
puesto que, de ambos amigo,
á uno falto si á otro obligo?

Luis.

¿Qué he de hacer (¡válgame Dios!) *ap.*
entre Felix y Leonor,
cuando creciendo rezelos,
á empeño de amor y zelos
se vá añadiendo el de honor?

Felix.

Y pues lo quiso mi estrella
que los alcanze, sabrás,
Roque, que me importa mas
que imaginas conocella;
y así aunque me veas reñir
no cuides de mí.

Roque.

No haré.

Felix.

Sino tras ella te vé

á donde quiera que ir
la vieres.

Roque.

No he menester
yo tan grande diligencia,
como huir de una pendencia
para ir tras una muger.

Felix.

Huélgome haberos hallado
tan presto.

Luis.

A mí no me pesa.

Antonio.

A mí sí, que de las burlas
me sé pasar á las veras;
ninguno empuñe la espada
sin mirar la diferencia
que hay para sacarla, cuando
suceden las contingencias
entre amigos ó no amigos,
ó el que la sacare entienda
que me halle al lado del otro.

Luis.

Yo no la sacaré en esta
ocasion, que habiendo oido
que hay campañas, mal hiciera
en sacarla, y mas adonde
hay quien impedirlo intenta.

Felix.

¿Si lo dije, á qué mas puede
obligarme que á ir á ella?

Luis.

Pues guiad donde no haya
testigo que lo defienda.

Antonio.

Ni guieis vos, ni vos sigais,
sin que primero se advierta,
que antes que allá hable el acero,
lo puede aquí hacer la lengua.
¿Qué se ha de contar mañana,
de que dos hombres que eran
amigos ayer, hoy riñen,
y mas por cosa tan ciega,
como el amor de dos dias?
Pues para que reñir deban
dos amigos, ha de ser
tan reservada materia,
que á mas no poder se esté
honestada por sí mesma.
¿Visteis una dama vos?

Felix.

Y rendido á su belleza,
confieso que la dí el alma.

Antonio.

¿Pues á donde está la queja
de que á otro, lo que á vos
os aconteció, acontezca?
¿Teneis vos algun favor?

Luis.

Ni amago de que le tenga.

Antonio.

¿Pues donde está la esperanza,
que mas que un amigo pesa?
Volved, necios, en vosotros,
y ya que la accion suspensa,
si no capitula paces,
por lo menos firma treguas:
¿decidme vos, sois amigo
de don Felix?

Luis.

De manera,
que diera por él mil vidas.

Antonio.

¿Vos de don Luis?

Felix.

Nada precia
mas, que su amistad, el alma.

Antonio.

Pues puesto que el reñir fuera
ya para enemigos tarde,
y para amigos apriesa,
hayamonos á razones.

Luis.

Yo confieso que si hubiera
sabido antes de don Felix
la pasion (esto me mueva *ap.*
estarlo oyendo Leonor)
de la mia desistiera;
porque en mí no ha sido mas,
(¡que haya de ser esto fuerza! *ap.*
mas páguelo el gusto, y no
la obligacion de sus prendas,)
que el capricho de saber
hasta donde la soberbia
llegaba de una hermosura
tan vana.

Felix.

Yo no pudiera
nunca desistir la mia,
aunque supiese la vuestra,
con que arguye la ventaja
que hay, si bien se considera,
de amor á capricho.

Luis.

Hay,
que no es la ventaja esa.

Antonio.

¿Luego si no enamorado
estais, y él lo está, compuesta
está la cuestion?

Luis.

No está,
que hay segundo duelo en ella,
que satisfacer.

Antonio.

¿Qué duelo?

Luis.

Que siendo la vez primera,
que su amor supe, en su casa
de Angela, buscarme en ella
tan desatento y decir,
que los estrados no eran
campañas, me obliga á que
nadie que lo oiga crea,
que doy la satisfaccion,
que solo doy por quererla
dar, al temor, y no.....

Antonio.

Oid:
quien nunca, don Luis, dió muestras
de que sabia reñir,
riña siempre que se ofrezca;
mas quien sentó su opinion
tanto como vos la vuestra,
deje de reñir, que mas
airoso que el otro queda,
quien saben todos que sabe
reñir, y de reñir deja,

porque quiere acompañar
el valor de la prudencia:
¿quereislo mejor? ¿Don Felix,
pensarais vos que pudiera
nunca dejar de reñir
don Luis por miedo ó flaqueza?

Felix.

Y si otro lo pensára,
le matára en su defensa.

Antonio.

¿Creyérades vos, don Luis,
que si una cosa sintiera
don Felix, dijera otra?

Luis.

No, de ninguna manera.

Antonio.

Pues si uno no lo pensára,
y si otro no lo creyera,
vive Dios, que será un ruin,
quien mal de este duelo sienta;
y vuélvome á mi principio;
donde hay amistad no hay tema,
finezas atropelladas
son algo mas que finezas.
Si á un amigo no se sufre
tal vez una impertinencia,
¿á quien se ha de sufrir? Daos
á buenas, y de su estrella
siga el rumbo el que no puede
no seguirle, y el que llega
á verse, halle superior
palabra...

Luis.

Tened la lengua:
palabra no la he de dar,

baste que de Angela bella
nunca he estado enamorado;
quien me entendiere me entienda.

Felix.

Dejadme echar á esas plantas,
y ved, si quereis á ellas
una y mil satisfacciones.

Luis

Haberla dado quisiera
mas, que admitirla.

Leonor.

Un zeloso,
cualquiera que escucha aprecia.

ESCENA XVI.

Dichos, menos Leonor.

Luis.

Resolvió salir Leonor *ap.*
en viendo que Felix queda
ya asegurado; con que
tambien yo lo quedo en que ella
vaya sin ser conocida.

Felix.

¿La tapada no es aquella,
que supuso Beatriz?

Luis.

Sí

Felix.

Pues ya que la competencia
volvió á su amistad, á Dios,
que me importa conocerla.

Luis.

Eso no, conmigo vino
tan recatada y cubierta,

que con haber sido yo
el que eligió, no me ruega
mas de que no la conozca;
y no es justo, si desea
encubrirse, que dé á otro
de descubrirla licencia;
y antes para asegurarla,
que nadie seguirla intenta,
por esotra parte habemos
de irnos.

Felix.

Vamos norabuena.

Antonio.

Sea, por un solo Dios,
donde no hablemos de veras;
que me teneis mareado,
casi vencido á que crea,
si hay zelos ó si hay amor.

Felix.

Pregúntaselo á mis penas.

Luis.

Mejor pudiera á las mias: *ap.*
¡mal haya eleccion que empeña
á obligaciones, donde haya
de quedar el gusto en prendas!

Felix.

Roque.

Roque.

Ya entiendo; el cuidado
pierde de que se me pierda;
que desde que del portal
la ví salir, ojo alerta,
su guarda he sido de vista.

Felix.

Pues síguela, hasta que sepas

donde vive y quien es. Cielos, *ap.*
haced que el enigma entienda,
que á ella remite Beatriz.

ESCENA XVII.

Roque, doña Leonor é Inés tapadas.

Roque.

Ya dá á la calle la vuelta,
alargo el paso á alcanzarla,
no entrándose en otra puerta,
me dé con el trascanton.

Inés.

¿ Era hora de que vinieras?

Leonor.

Ven, que hay mucho que contarte.

ESCENA XVIII.

Roque.

Con otra tapada encuentra,
y mano á mano las dos
entran en la calle nuestra,
y aun en nuestra casa: ¿ cómo
es esto? Bueno es, que tenga
mi amo contratado ya,
que á casa á buscarle venga,
y me haga á mí que la siga;
si ya no es que ella pretenda
darme el trascanton en casa:
pero no, por la escalera
sube y á la puerta llama,
cual pudo en su casa mesma.
Volveré á buscar volando
á mi amo, que es bien sepa

la visita que le aguarda,
y la suma diligencia,
que la casa me ha costado.

ESCENA XIX.

SALA EN CASA DE DOÑA LEONOR.

Doña Leonor é Inés quitándose los mantos.

Leonor.

Quítame este manto aprisa,
que aunque no importaria, Inés,
el que mi hermano supiera,
que fui en cas de Beatriz,
importa que no lo sepa,
por circunstancías que hubieron
de obligarme á que por fuerza
me amparase de un portal,
en que él me vió.

Inés.

Pues ya quieta,
y segura estas ¿no puedo
saber qué ha habido?

Leonor.

Oye atenta:
llegué á casa de Beatriz ... *Llaman.*
Mira quièn llama á esa puerta.

Inés

Mas parece inovacion,
que no relacion aquesta,
que es ella misma, señora.

ESCENA XX.

Dichas y doña Beatriz con manto.

Leonor.

¿Qué decís? ¿qué es esto, bella
Beatriz? ¿tan presto me pagas
la visita, que aun apenas
he llegado, cuando ya
te dió cuidado la deuda?

Beatriz.

Díjome, Leonor, mi tio,
porque una jornada apresta,
que comprase no se qué
prevenciones para ella,
mas dadas á mi cuidado,
que al suyo; y viéndome fuera
ya una vez de casa, quise
no volverme, sin que sepa
qué te pasó con don Luis;
que ser bravo lance es fuerza
el que se hallase contigo
embarazado, al ver que eras
tú la que de aquel empeño
le sacases.

Leonor.

Aun no cesan
¡ay, Beatriz mia! sucesos,
que mas á luz de novela
parecen imaginados,
que sucedidos; resuelta
á no descubrirme estuve,
porfió en que me descubriera;
y á sus sinrazones mas,
que á sus razones, atenta,

me descubrí.

Beatriz.

¡Qué diria
al verte!

Leonor.

Aun eso se queda
sin saber; porque al instante
mismo mi hermano....

Inés.

Y el que entra,
que parece que tu voz
hoy mas conjura, que cuenta.

Beatriz.

¿Dónde podré retirarme?
que no quiero que me vea,
que es hacer muy sospechosa
mi venida, sobre cierta
plática, que allá tuvimos
los dos.

Inés.

Pues en vano intentas
esconderte, porque ya
te vió. *Tápase Beatriz.*

ESCENA XXI.

Dichas, don Felix y Roque.

Felix.

¿Qué es lo que me cuentas?

Roque.

Si no me crees, vesla allí.

Leonor.

¿En fin, no quieres que sepa
que eres tú?

Beatriz.

No, por Dios.

Leonor.

Pues
de hallarte aquí, sin que pueda
preguntarme á mí quién eres,
cuidado con la deshecha.
Señora, ese caballero
no vive aquí, y bien pudiera,
pues hay puerta en que llamar,
no entrarse hasta donde.....

Felix.

Espera,
y no enojada, Leonor,
te desazones, ni ofendas
con esta dama, negando,
que vivo aquí, que si piensas,
que es tomarme en tu decoro
alguna libre licencia,
te engañas; y bien podias
tener hartas esperiencias
de cuanto mis atenciones
pundonorosas respetan
los umbrales de tu cuarto;
y porque no solo queja
formes, pero aun el enojo
en agasajo conviertas;
sabe, que á esta dama debo
la vida, pues si por ella,
y el ingenio soberano
de Beatriz, Leonor, no fuera,
don Luis, Angela, su padre,
y yo, ten por cosa cierta,
nos hubieramos perdido
esta tarde.

Leonor.

¿Qué me cuentas?

Felix.

Esto es para mas despacio,
que ahora basta que sepas,
que el venir aquí es la dicha
mayor, que hay que me acontezca;
pues sin saber cómo, hoy solo
ví entrar el bien por mi puerta.

Leonor.

Siendo así, trueque el estilo:
perdonad, por vida vuestra,
el no saber que os estaba
en tan generosa deuda.

Beatriz.

Perdonadme vos á mí,
y aqueste agrado os merezca
el haber de recibirle,
porque es forzoso, encubierta.
¿Qué es esto, Leonor?

Leonor.

No sé;
que eres la tapada piensa
de tu casa.

Beatriz.

¿Qué causa hay
de que por ella me tenga?

Leonor.

Tampoco lo sé, mas puesto
que por tan claro lo asienta,
alguna tendrá; y así,
convenir con él es fuerza.

Beatriz.

¿Y á qué he de decir que vine?

Leonor.

Tú allá en tu ingenio lo inventa.

Felix.

Ahora, señora, mil veces
dejad que á las plantas vuestras
ponga primero la vida,
que os debo, y luego con ella
el alma, de agradecido
de escusar la diligencia
de ir á buscaros, á cuya
causa mandé, que os siguiera
este criado; pues fue
mi suerte hoy tan lisongera,
que supieseis vos mi casa,
al ir yo á saber la vuestra.

Beatriz.

Bien haberte á tí seguido, *ap. á Leonor.*
y hallarme á mí se concuerda.

Felix.

¿Decidme, qué me mandais?
porque obedecida, tenga
la razon de suplicaros,
que me saqueis de una pena,
en que me puso Beatriz,
diciendo que vos.....

Beatriz.

La lengua
tened, que porque veais,
que lo que allá diria ella,
es lo que yo aquí á deciros
vengo de su parte, es fuerza
adelantar la razon,
pero mas sola quisiera.

Felix.

Salte tú allá fuera, Roque.

Leonor.

Inés, allá dentro te entra.

Inés.

¿Secretico? no en mis dias, *ap.*
sin que saberlo pretenda.

Roque.

¿Caso reservado á mí? *ap.*
no en mis meses, sin que quiera
alcanzarle.

Inés.

Que sería
mal contado.. ..

Roque.

Qué error fuera.....

Los dos.

El que volviesen los mantos,
y no volviesen las puertas.

ESCENA XXII.

Don Felix, doña Beatriz y doña Leonor.

Beatriz.

Lo que Beatriz os diria
es, que hay á quien ofenda,
Felix, vuestro galanteo,
aun mas, sí, que á Angela bella,
á su padre, y al honor
de su lustre, y su nobleza;
y tanto, que traeis la vida
muy á riesgo de perderla;
no porque haya Angela dado
(que infamemente mintiéra)
nunca ocasion, mas porque hay
tan locas pasiones ciegas,
que se empeñan, donde no

saben en lo que se empeñan.
Un poderoso enemigo
teneis, de tantas cautelas,
que quizá hablando con vos
está, y cuando mas os muestra
descubierta el alma, es cuando
la tiene mas encubierta
Yo (sea quien fuere) sé
vuestro riesgo, y por sospechas,
que pueden tocarme, en que
él os mate, y yo le pierda,
sabiendo cuanto es Beatriz
prudente, advertida, y cuerda,
tapada, como me hallasteis,
me fuí á declarar con ella,
porque su ingenio pusiese
á tanto peligro enmienda.
Que no bastaba me dijo,
porque su prima era necia,
loca, vana, y tanto, que
no ve la hora en que sucedan
por ella escándalos, que hacen
mas ruidosas las bellezas;
y que así viniese yo
á deciros, que ella os ruega
de su parte, que la hagais
merced, de que por sus puertas
no paseis, que sentiria
mas, Felix, vuestra tragedia,
que el deslustre de su prima.
Direis, al valerse ella
de mí, ¿cómo escogí al otro,
teniendo en esta materia
que hablar con vos? Pero facil
me parece la respuesta;

con que quise desvelar
para con vos la sospecha
de la segunda intencion,
reservando para esta
ocasion el declararme.
Tambien direis, que es muy nueva
cosa hacer bien, y guardar
la cara; pues no os parezca
que no hay razon, que si yo,
don Felix, me descubriera,
acabado estaba todo;
pues por mí facil os fuera,
que supieseis quien es vuestro
enemigo, y error fuera
curar un daño con otro;
pues saber basta en mis penas,
que dí el aviso á Beatriz,
y Beatriz á vos por señas,
que os pide que no llegueis
ninguna noche á la reja
de la vuelta de su calle,
porque os aguardan en ella.
Con esto, á Dios, y no hagais
otra vez la diligencia
de que un criado me siga;
pues cuando el cuidado os mueva
de saber quien soy, Beatriz
os lo dirá, ya que es fuerza,
pues ella os remite á mí,
el que yo os remita á ella.

ESCENA XXIII.

Dichos, menos Beatriz.

Felix.

Oid, esperad....

Leonor.

No la sigas,
que no es correspondencia
de un agasajo un pesar.

Felix.

No quiero mas de que sepa,
que peligros no retiran
á los hombres de mis prendas:
vive Dios, que no ha de haber
noche que no esté á sus rejas.

Leonor.

Será gran temeridad.

Felix.

Que lo sea ó no lo sea,
esto no te toca á tí.

Leonor.

Pues tóqueme....

Felix.

¿Qué?

Leonor.

Que adviertas
lo que debes á Beatriz,
pues allá el peligro enmienda,
y aquí el peligro te avisa.

Felix.

¿Pero qué importa, si es fea,
y entendimiento no hay,
que se iguale á la belleza?

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Antonio embozado, como recatándose, don Felix tras él, y Roque.

Antonio.

No pongais tanto cuidado
en conocerme, ya he dicho
que pienso que en este puesto
mas que os embarazo os sirvo;
y que no es la primer noche
que hablar á esa reja os miro;
no me debe de importar,
pues lo veo y no lo impido.
Llegad, pues, llegad á ella,
que seguro estais conmigo
mas que pensais.

Felix.

Caballero,
los reservados motivos
de una alma, no se revelan
facilmente, no os he visto
otra noche sino es esta:
por eso no he pretendido
conoceros otra noche.
Ya os ví, y no puedo conmigo
dejar de saber quien es
de mis acciones testigo.

Antonio.

Pues no os empeñeis, yo soy,
Don Felix. (1)

Felix.

¡Qué es lo que miro!
¿Don Antonio?

Antonio.

Sí.

Roque.

¿Esperabas
para mañana á decirlo?
que he estado de aquello de
pendiente el alma de un hilo.

Felix.

¿Pues, don Antonio, qué es esto?

Antonio.

Es saber vuestro peligro,
y sin que vos lo sepais,
quise venir á asistiros.

Felix.

La fineza os agradezco,
pero no el riesgo imagino;
pues no tiene inconveniente,
cuando á ninguno compito,
hablar á una dama.

Antonio.

Basta
que disimuleis conmigo,
como si yo no supiera,
que es el ordinario estilo
de un amante cortesano,
negarse á cualquier indicio
del susto, muy en su duelo

(1) *Descúbrese.*

el disimulo al amigo.
Yo sé que en aquesta calle,
centinela de vos mismo,
esperando la invasion
de un poderoso enemigo,
estais en vela á un cuidado,
si desvelado á un cariño;
y aunque á él le ignorais, sabeis
que en lo fatal del destino,
el mas ignorado riesgo,
es el riesgo mas preciso;
y así, sin haceros cargo
de que es la amistad servicio,
todas las noches he estado
como veis.

Felix.

Mucho os lo estimo;
¿mas yo enemigo? ¿yo riesgo?
¿quien, don Antonio, os lo ha dicho?

Antonio.

Si lo hemos de decir todo,
Roque fue el que me lo dijo.

Felix.

¿Pues tú de qué lo sabias?

Roque.

Si todo hemos de decirlo,
de aquella dama tapada,
á quien seguí, y en tu mismo
cuarto hallaste, sin romperse
la tramoya donde vino.

Felix.

¿Pues ella contigo cuando
habló?

Roque.

Cuando habló contigo,

porque como me mandaste,
que me saliese á no oirlo,
á oirlo me salí, que en fin,
criados, dueñas y vecinos,
¿de qué servimos, señor,
si de acechar no servimos?
Contéselo á don Antonio,
pretendiendo leal y fino,
te desuadiese el empeño;
si él, en vez de hacerlo, hizo
la fineza de asistirte,
disculpando está el delito.

Antonio.

Y bien disculpado está,
pues que el barrio recogido
no está, y esta noche mas
temprano vuestro amor vino,
que otras noches: haciendo hora,
que me digais os suplico,
de la noche al alba ¿qué
diablos teneis que deciros?
porque cuando vos hablando,
estoy yo perdiendo el juicio,
y mas con una señora,
que, á lo que á todos he oido,
no es la sabia Pitonisa,
si ya no es que discursivo
de lo que visteis de dia,
amante contemplativo,
enamorais de memoria;
que aunque es un cielo divino
lo lindo de su hermosura,
¿qué importa si anochecido
se apaga todo y se queda
á buenas noches lo lindo?

Roque.

Que enamore con linterna
mas de mil veces le he dicho,
ó que se traiga el lampion
de Siquis, y de Cupido,
con que maulero de amor,
podrá ser que halle perdidos
en los brios de lo hermoso
los trastos de lo entendido.

Felix.

¡Ay don Antonio! si hubiera
(ya que en los estremos mios
para hablar esto con vos
rodado el lance se vino)
si hubiera, digo otra vez,
de esplicaros, de deciros,
la novedad de un amor
tan nuevo, y tan peregrino,
que dudo que hasta hoy en otro
se haya escuchado, ni visto,
no acusárais estas horas;
antes ¡ay de mí! imagino
que las tasárais á instantes,
aunque las vierais á siglos.
Decirlo deseo, y deseo
el callarlo, porque miro,
que si lo digo, aventuro
la verdad con que lo digo;
y si no lo digo, falto
tambien al pequeño alivio
de contarlo, de manera,
que en dos afectos distintos,
en el uno vengo á darme
lo que en el otro me quito.
Pero entre una, y otra duda,

parta la voz el camino;
pues el decirlo yo todo,
será callarlo, y decirlo.
Bien os acordais de aquel
lance, en que todos nos vimos
restados, cuando Beatriz
tan rara enmienda previno,
pues no contenta con darme
la vida que me dió, hizo
que de intentar darme muerte,
me dé la tapada aviso.
Dijome, pues, de su parte
aquello de un enemigo
poderoso, á quien mi amor
ofendía: agradecido
la empecé á estar desde entonces;
pero por el caso mismo,
que el peligro me avisó,
abandonando el peligro,
vine aquella misma noche,
que es caravana del brio,
hacer aprecio del riesgo,
para hacerle desperdicio.
En la calle estaba, cuando
vi que entréabierto un postigo
de esa reja, una muger
en sumisa voz me dijo:
¿Es Felix? Sí, respondí:
segun eso no os han dicho,
prosiguió, que no vengais,
Felix, de noche á este sítio?
Antes de eso, dije, debe
inferirse que lo he oido,
pues que quiso que viniese,
quien que no viniese quiso.

En fin, no perdamos tiempo;
desde pequeño principio
resultó de un lance en otro,
que ser Beatriz averiguo;
y aun no sé de qué pasion
con ingenioso designio,
en voces adrede erradas,
acertados los indicios.
Con que siguiendo su genio
el imán de lo atractivo,
no es Angela con quien hablo
de noche, siendo á quien miro
de dia: ved de un amor
el mas ciego laberinto,
que jamás se supo; pues
queriendo cada sentido
hacer bando de por sí,
con opuestos desvaríos,
si en doña Angela lo hermoso
me suspende, lo entendido
en doña Beatriz; á una,
Clicie de su luz la sigo,
todo el tiempo que su luz
goza resplandores vivos
del sol; á otra, todo el tiempo,
que es la flor que en su capillo
se oculta, hasta que la noche,
pundonoroso el capricho
de que luce sin el sol,
la hace en trémulos giros
la perfeccionen á sombras,
sin iluminarla á visos.
En cuya guerra civil,
ya lo dije, de sentidos
dentro de mí amotinados,

dia, y noche á dos asisto,
enamorado de dos;
de la una, si la miro;
de la otra si la oigo,
llevándose á un tiempo mismo
hermosura, y discrecion
(acabemos de decirlo)
si la hermosura los ojos,
la discrecion los oidos.

Antonio.

¿Una grande novedad
pensareis que me habeis dicho
en que amais á dos?

Felix.

¿No lo es?

Antonio.

No, que á mí me ha sucedido
mas de cuatrocientas veces.

Roque.

¿Qué pobrete no ha tenido
en una parte el deseo,
y en otra parte el capricho?

Felix.

La reja abren.

Antonio.

Pues llegad,
que yo hácia allí me retiro.

ESCENA II.

Dichos y Beatriz á la reja.

Beatriz.

¿Es don Felix?

Felix.

Y rendido

á la pena de esperar,
casi llegaba á culpar
tu tardanza.

Beatriz.

Nunca ha sido
pena esperar, que si llena
de susto á la posesion
una breve dilacion,
¿por qué ha de llamarse pena?
¿Contrario efecto, no es justo
que á una causa se conceda,
para que inferir se pueda
de una pesadumbre un gusto?

Felix.

La gloria, Beatriz, de hablarte,
con la esperanza se alcanza,
luego tiene la esperanza
la culpa en aquella parte,
que sentir toca al cuidado
la dilacion del empleo;
luego es fuerza que al deseo
le dé la esperanza enfado.
Del sol una propiedad
lo diga en la noche fria,
cuanto mas vecino al dia,
es mayor la oscuridad.

Beatriz.

Sí, mas si llega á advertir,
que al mirar su rosicler,
el empezar á nacer,
es empezar á morir;
¿qué logra la posesion
del dia en su lucimiento,
si es preciso, que al aumento
siga la declinacion?

Auge es en la astrología
no poder pasar de allí,
y término él hasta aquí
es de la filosofia;
luego la esperanza mas
que la posesion alcanza,
si cuando va la esperanza,
la posesion vuelve atrás:
y poseido, á perder
llega estimacion tan grave,
pues no le admira hoy quien sabe
que mañana le ha de ver.

Roque.

¿Has oido aquello?

Antonio.

Sí.

Roque.

¿Y dime, por vida mia,
hablan en algaravía?
porque yo nada entendí.

Antonio.

Sí deben de hablar, mas yo
á estas horas solo entiendo,
que me estoy de sed muriendo:
¿sabes, Roque, si hay, ó no,
por aquí una casa, en que,
ó aguas, ó aloja se venda?

Roque

Que hay detras de aquella tienda
una tabernilla sé.

Antonio.

¡Qué propia noticia tuya!

Roque.

Cada uno habla en lo que alcanza.

Felix.

Mucho os debe la esperanza.

Beatriz.

No os admire de que arguya
tan en su favor, porque
me está muy bien en tenella.

Felix.

¿Pues vos necesitais de ella?

Beatriz.

Y aun de dos.

Felix.

Eso no sé;
¿de dos esperanzas?

Beatriz.

Sí.

Felix.

¿Cuales son?

Beatriz.

Vos las sabeis,
que amais, y de amar debeis;
mirad, Felix, siendo así,
que la ha menester á dos
varias luces mi pesar,
si la debo lisonjear.

Felix.

No, que de ninguna vos,
que necesitais, os digo.

Beatriz.

Mejor lo dirá mi estrella,
y mejor Angela bella.

ESCENA III.

Dichos, doña Angela é Isabel á la reja.

Angela.

¿Quién la mete á usted conmigo?
y pues estoy acechando,
sin que me cause fatiga,
y sin que á mi padre diga,
señor, aquí andan parlando:
háblense allá sin que yo
entre en la danza.

Beatriz.

Tú aquí,
¿cómo, Angela?

Angela.

Como sí.

Beatriz.

¿No te acuestas?

Angela.

Como no.

Beatriz.

Bien ves como te he cogido
en el hurto, que no en vano,
en haber aquí venido,
te quise ganar de mano
á ver esto.

Angela.

¿Luego yo
soy sobre quien caen las quejas?

Beatriz.

Caballero, á aquestas rejas
no se habla.

Angela.

Mal año,.... no.

Felix.

Vamos de aquí ¡ ay infeliz!

Antonio.

¿Qué hay?

Felix.

Ver con la sombra oscura
á Angela con hermosura,
y con ingenio á Beatriz.

ESCENA IV.

Doña Beatriz, Angela, é Isabel.

Beatriz.

Ven tú, y cierra esa ventana.

Isabel.

¿Viste bien al hombre?

Angela.

¿Y pues?
¿no habia de verle?

Isabel.

¿Y quién es?

Angela

El hermano de la hermana.

Isabel.

¿Pues cómo zelosa al vello,
no sentiste que hable así
con Beatriz, quien te amó á tí?

Angela.

Tú tienes la culpa de ello.

Isabel.

¿Yo?

Angela.

Sí, que es muy fuerte cosa
querer que me acuerde yo,
si tú, mejorada, no

me acuerdas que estoy zelosa.

ESCENA V.

SALA EN CASA DE LEONOR.

Doña Leonor, é Inés con luces.

Leonor.

Inés, no me pesa oir
su queja; pero si ha sido
verse de mí aborrecido,
lo que le obliga á venir
con rendimientos, ¿por qué
me tengo yo de quitar,
para volver á enfermar,
la cura con que sané?

Inés.

Dices bien: pero, señora,
quien de sanar busca medios,
aborrece los remedios
en el punto que mejora.
¿Por cuanto pudiera ser,
que despechado dejára
de venir y te pesára?

Leonor.

Yo ne le he de oir ni ver.

Inés.

Mira, ya que mi señor
seguro está hasta la hora,
que es cada voz de la Aurora
clarin que rompe el albor,
no le oigas ni le veas;
mas deja que desde allí
pueda oirte y verte á tí:
yo finjiré sin que seas

sabidora para él,
que soy yo la que me atrevo
á abrir la puerta.

Leonor.

No es nuevo
el lance.

Inés.

¿Hay mas de que aquel,
que le oiga de mala gana
cuando por viejo le muevo,
me le ponga hoy como nuevo,
y me le vuelva mañana?
¿qué dices?

Leonor.

No sé.

Inés.

¿Voi? dí
presto sí ó no.

Leonor.

Qué sé yo.

Inés.

¿Que sí has dicho?

Leonor.

Que sí.

Inés.

Un no,
que se sabe que es no, es sí. *Vase.*

Leonor.

Vé, ya que pensar me deja,
si es cierto ó no el refran sabio,
de que se duerme el agravio
al conjuro de la queja.

ESCENA VI.

Daña Leonor y al paño Inés, y don Luis.

Inés.

Mira que no te ha de oir,
ni ver.

Luis.

Bastante, Inés bella,
que yo pueda oirla y vella;
pues si tengo de decir
la verdad, desde aquel dia
que Leonor se retiró,
á su principio volvió
la ignorada pasion mia.

Inés.

De un adagillo que á España
añadió Lope, se infiere....

Luis.

¿Qué?

Inés.

Quien piensa que no quiere,
el ser querido le engaña:
mas ya me vuelvo á finjir,
que con ninguno aquí hablaba.
No era nadie el que llamaba.

Leonor.

¿Y acabóse ya de ir
ese necio que á mis rejas
no deja de porfiar?

Inés.

Debiéronse de acabar
por esta noche las quejas,
que prevenidas traia,
y habrá ido á dar á hacer

otras nuevas que traer
para mañana.

Leonor.

¡Qué fría
cosa, pesada y cruel
es oir con desazon
los ecos de una pasion!

Inés.

Noramala para el,
si tu favor merecia,
siendo tú en quien asegura
el ingenio y la hermosura
su mejor medianería,
sin costarle en la atencion
de nivelada igualdad,
lo hermoso una necedad,
lo feo una discrecion.
¿Quién metió á la tal persona
en buscar caballerías,
hecho Infante Bobalias,
la Infanta Bobalindona?
Tienes sobrada razon
de enojarte: mas, señora,
él no nos escucha ahora,
toma la satisfaccion,
que te dá, pues cosa es clara,
que perdon un yerro espera.

Leonor.

No bastára aunque me diera
tantas Inés....

Luis.

Sí bastára,
si tú quisieras, Leonor, *Llega,*

Leonor.

¿Qué es esto?

Inés.

¿Pues cómo entraste
aquí?

Leonor.

El disimulo baste,
traidora, que....

Luis.

Tu rigor
no á Inés culpe sino á mí,
que no tiene culpa Inés
de mis despechos; y pues
tú no te dueles de mí,
déjala que ella se duela,
y no acuses su piedad,
que no dejas tu crueldad
para nadie; ya que apela
á tus plantas, Leonor bella,
mi culpa, oyeme en mi culpa,
no porque tengo disculpa,
mas porque quiero tenella.
Yo....

Leonor.

Señor don Luis, en vano
el satisfacerme es,
y puesto.....

Dentro Felix.

Una luz, Inés.

Leonor.

¡Ay infelice! mi hermano.

Inés.

Como llave maestra tiene,
entrar pudo.

Leonor.

¡Muerta estoy!

Luis.

¿Qué haré?

Felix.

¿No bajas?

Inés.

Ya voy.

Leonor.

Que te retires conviene
á ese camarin.

Luis.

Fuerza es. (1)

Inés.

¿Inventará esto el demonio?

ESCENA VII.

Dichos y don Felix.

Felix.

En mi cuarto, don Antonio,
con Roque esperad. Inés,
saca unos dulces, y de agua
un búcaro, porque tiene
sed un amigo que viene
conmigo.

Inés.

Oiga lo que fragua
la fortunilla.

Felix.

¿Leonor,
vestida á estas horas?

Leonor.

Sí,
¿pues cuando no me halla asi

(1) *Escóndese.*

el dia, con el temor
de los sustos y recelos,
en que hasta volver me tienes?
mas como siempre que vienes,
te entras al instante (¡ay cielos!) *ap.*
en tu cuarto, no me ves
si en vela ó dormida estoy.

Felix.

Don Antonio de quien hoy
me hallo obligado, despues
que ese loco le contó,
que yo enemigo tenia,
ni de noche ni de dia
me deja, tanto debió
mi amistad á su amistad;
conmigo al umbral llegó,
dijo que tenia sed, yo
le dije, en mi cuarto entrad;
que del de mi hermana, Inés,
que siempre esperando está,
agua y dulces sacará:
aquesta la causa es
de haber entrado; y en fin,
si oyéndome estas, ¿qué aguardas?
¿cómo en ir por ello tardas?
Abre aquese camarin,
daca un barro.

Inés.

Sí abriré.

Felix.

Y dulces.

Inés

En todo estoy:
vete tú que ya yo voy.

Felix.

Abre, yo los llevaré,
no pases tú allá.

Inés.

¿Hay mohina *ap.*
como esta?

Felix.

¿Qué sucedió?

Inés.

¿Para esto nos perdonó
el lance de la cortina?
la llave se me ha perdido.

Felix.

¿Has visto que torpe estás?

Inés.

No hallo la llave.

Felix.

Tú harás,
que la abra así: mas que ruido
dentro hay (1)

Inés.

¡Ay de mí!
ladrones deben de ser.

ESCENA VIII.

Dichos, menos Inés.

Felix.

Quien anda en él he de ver.

Luis.

Embarazarélo así, (2)
ya que al sentir que iba á abrir,

---

(1) *Quiébranse vidrios.*
(1) *Sale y apaga la luz*

por retirarme encontré
con los vidrios que quebré.

Felix.

O he de matar ó morir,
ó saber quien eres.

Leonor.

¿ Cielos, *ap.*
qué haré en tan fiero rigor?

Luis.

Toma la puerta, Leonor.

Leonor.

¿ Donde irán mis desconsuelos
á dar?

Luis.

Que á que no te siga
me quedo.

ESCENA IX.

Don Felix, don Luis al paño, don Antonio y Roque con luces.

Roque.

Acudamos presto
al miedo.

Antonio.

Trae luz ¿ qué es esto?

Felix.

Mi desventura os lo diga:
tomad esa puerta y no
salga ninguno.

Antonio.

Sí haré.

Luis.

Mirad, don Antonio, en que
os empeñais, que soy yo.

Antonio.

¿Quien habrá en el mundo oido *ap.*
tan nuevo lance, que pende
de ser mi amigo el que ofende,
y mi amigo el ofendido?
uno á mi favor espera,
otro á mí se me declara:
¡quien, sin que á alguno faltára,
á entrambos favoreciera!

Felix.

Hombre, ya estoy contra tí,
y en aquella puerta está
quien salir no os dejará.

Roque.

Yo tambien no estoy aquí,
que siendo tres contra uno,
si fin al refran no das,
á tu lado me hallarás.

Felix.

Medio no te queda alguno,
sino el morir; ó decir
quién eres.

Luis.

Pues á escoger
me das, el medio ha de ser....

Felix.

¿Cual? dí presto.

Luis.

El de morir.
Hácia don Antonio voy. *ap.*
Que me deis paso prevengo.

Antonio.

Ved si hay con quien vengo vengo,
que hay con quien estoy estoy.

Luis.

Pues sea de esta manera. (1)

Felix.

A los brazos arrestado
con don Antonio ha llegado.

Roque.

Y aun rodado la escalera.

Felix.

Tras ellos, cielos, iré
¡ay enemiga Leonor!
á restaurar de mi honor
la parte que queda.

Roque.

¿Qué
te toca, Roque? quedarte
hasta que de empeño igual
lo que pasa en el portal
diga la segunda parte.

ESCENA X.

SALA EN CASA DE DON ALONSO.

Don Alonso y doña Angela.

Alonso.

Mira, Angela, lo que dices.

Angela.

Muy bien mirado lo tengo;
y asi, antes que te partas,
quise decírtelo á efecto
de que este cuento te lleves
hácia allá; porque sospecho
que oí decir que en los caminos

(2) *Se entra abrazado de don Antonio.*

suelé hacer gran falta un cuento;
y este de que Beatriz sale
de noche á la reja, pienso
que no dejará de ser
á criados y cocheros,
(pues las cosas de importancia
tú no has de tratar con ellos)
cuando no haya de que hablar,
de algun entretenimiento.

Alonso

De que sea verdad, dos
grandes conjeturas tengo,
ser necedad el decirlo,
y necedad el hacerlo.
En Angela bien se vé
guardarlo para este tiempo;
y en Beatriz, pues fue el amor
la necedad del discreto.
Ven acá, vuelve á decirme,
¿lo has visto?

Angela.

Por estos mesmos
ojos que se han de comer
mariposicas; que aquello
de los gusanos, señor,
no se ha de entender con estos.

Alonso.

Disimula, porque viene
Beatriz.

ESCENA XI.

Dichos y doña Beatriz.

Angela

Nací, para eso.

¿No sabes lo que á mi padre
le estaba ahora diciendo?
como en una reja anoche
estabas tomando el fresco,
y no mas. ¿No disimulo *ap.*
muy bien, señor?

Alonso.

Sí por cierto.

Beatriz.

Es verdad que anoche estaba
á la reja; pero á efecto
de que andaban por la calle
unas sombras, y queriendo
saber, señor, qué criada
les daba el atrevimiento,
que hay alguna que en tu casa
se conserva á mi despecho,
la reja abrí.

Alonso.

Ese seria,
á buen seguro el intento;
¿pero porqué esa criada
ha de estar?

Angela.

Porque no tengo
otra yo que sepa hacer
mas garambaynas del pelo;
y eso importa mas que esotro.

Alonso.

Pon tú, Beatriz, el remedio.
Disimule yo mejor, *ap.*
á pesar de algun recelo,
que aun ha quedado en el alma.

Sale el escudero.

Ya, señor, está dispuesto

todo, bien puedes bajar.

Alonso.

Beatriz, á Dios, que yo espero
sacarte de ese cuidado.

Beatriz.

Sabe Dios que el que yo tengo
es tu salud, y que solo
tu descomodidad siento.

Alonso.

A Dios, Angela; los brazos
me dad las dos; los estremos
bastan. Beatriz: por mi vida,
no llores.

Angela.

Yo para eso
no llorára por mi padre,
por esto diria el proberbio.

Alonso.

A Dios otra vez. Aunque *ap.*
nada al escrúpulo creo,
mucho al escrúpulo dudo,
pero no es para aqui esto.
Abrazadme vos, Mungia,
y esta noche el aposento *ap.*
vuestro procurad que esté,
sin que nadie lo vea, abierto,
y esperadme en él.

Escudero.

Ya sabes
con la fé que te obedezco.

Alonso.

Veré lo que hace esta noche, *ap.*
y tomaré, por lo menos,
resolucion para irme;
ó para valerme medio.

Angela.

¿Ven acá, lloras de veras?

Beatriz.

¿Llora alguien de burlas?

Angela.

Pienso,
que sí; porque yo mil veces
me suelo llorar riyendo.

ESCENA XII.

Beatriz.

¡Válgame Dios, que de cosas
concurren á un mismo tiempo
á un pensamiento afligido!
dígalo mi pensamiento,
pues cuando por una parte
voy, llevada del afecto
de aqueste enigma de amor,
que le trato y no le entiendo,
me sale por otra parte
siempre Angela al encuentro;
¿pero qué mucho, qué mucho,
que aun no sepa lo que siento,
si como nocturno amor
de las sombras le alimento?
¡O cuanto!....

ESCENA XIII.

Beatriz y Leonor.

Leonor.

Beatriz, perdona,
si sin avisarte entro,
que hoy no piden atenciones
las fortunas, que corriendo

vengo á tus pies tan deshecha,
que aun este manto sospecho,
que es la tabla del naufragio,
tan acaso hallada ¡ ay cielos!
que es de una vecina á donde
tomé anoche el primer puerto.
Mi alma, mi vida, mi honor
á fiar de tí, Beatriz, vengo;
que no me atreviera de otra.

Beatriz.

Sosiégate y cobra aliento:
¿ qué ha sucedido? ¿ qué ha habido?

Leonor.

Don Luis anoche (¡ yo muero!)
entró en mi casa; mi hermano
en ella... ¡ Válgame el cielo! *Desmáyase.*

Beatriz.

En mis brazos sin sentido
cayó con el desaliento,
y la pasion que traia;
y aunque del grave suceso
que iba contando, el desmayo
trocó el discurso tan presto,
introducidos en él
Felix y don Luis, bien temo,
que de Felix el honor
amancillado habrá esto....
y aunque corre prisa, mas
corre la de su remedio:
Juana, Juana.

ESCENA XIV.

Dichas y Juana.

Juana.

¿ Qué me mandas?

Beatriz.

Anda, por tu vida, presto,
ayudame á que á Leonor
á aquesa cuadra llevemos,
que reservada á los cofres,
detrás de mi alcoba tengo;
que fuera dicha que nadie
la viera.

Juana.

Pues es á tiempo,
que Angela con Isabel
está en el cuarto de adentro.

Beatriz.

Algo suceder habia,
á pesar del hado fiero,
en favor.

Leonor.

¡Jesus mil veces!
En fin ¡ay Beatriz! riñendo
á mi hermano y á don Luis
dejé en mi casa, y (no puedo
proseguir) huyendo de ella...

Beatriz.

Pues no prosigas, que luego
lo dirás: alienta ahora,
y cobrando algun esfuerzo,
haz por descansar conmigo.

Leonor.

En vano, Beatriz, lo intento,
que el corazon á pedazos
le está quebrantando el pecho.

Beatriz.

Pues ya ella se esfuerza á ir,
encierrate por de dentro
con ella tú, mientras yo

á la deshecha me quedo
de desmentir las espias
de Angela : no ambas faltemos
juntas y entren á buscarnos.

ESCENA XV.

Beatriz.

Nadie la vió, todo esto
está solo, algo en favor
(otra vez á decir vuelvo)
en tanto tropel de penas
habia de sucedernos :
¡ mas ay ! que el favor es uno,
y ellas muchas ; y aunque el cielo
nunca deja los resquicios
tan cerrados al consuelo,
que no pueda la esperanza
acecharlos entreabiertos ;
tan tomadas las desdichas
tienen los pasos, que pienso,
que será facil hallarlos,
pero no fácil vencerlos ;
siendo la mayor de todas,
que el honor de Felix puesto
á las censuras esté,
de quien sepa, por lo menos,
la pendencia ; y por lo mas,
que su hermana ¡ qué tormento !
falta de su casa. Hombre,
á quien, ó de mi hado el ceño,
ó de mi estrella el influjo
atrajeron á mi afecto,
desaire en su honor, y yo
capaz de él, sin que.. ...

ESCENA XVI.

Doña Beatriz y Juana.

Juana.

Ya ha vuelto
en sí, y dice que la veas.

Beatriz.

Pues en tanto, que yo entro
á verla, y á escribir, Juana,
dos letras, ponte corriendo
el manto.

Juana.

¿Donde he de ir?

Beatriz.

A buscar un caballero.

Juana.

¿Quién es?

Beatriz.

Don Luis de Mendoza.

Beatriz.

Aunque de vista, acudiendo
á esta calle, le conozco,
no sé donde vive.

Beatriz.

A eso
nos puede servir de algo
siquiera el conocimiento
de Isabel; y así, al descuido
se lo pregunta.

Juana.

En efecto
no hay mal que por bien no venga;
á obedeceros voy.

ESCENA XVII.

Beatriz.

Cielos,
Felix restado, y su honor,
y yo sabidora de ello,
¿y no tratar de enmendarlo?
Eso no, que por mi mesmo
pundonor debo acudirle.
Tan vana soy en aquesto,
que el tiempo de desairado
presumo que le aborrezco.
Y así, Felix, donde quiera
que estás tu dolor sintiendo,
alienta, vive, y respira,
adivinando, ó sabiendo,
que está seguro tu honor,
pues yo en mi poder le tengo.

ESCENA XVIII.

DECORACION DE CALLE.

Don Felix y don Antonio.

Felix.

No hay consuelo para mí,
don Antonio, ni ha de haberle,
viendo que aquel hombre ¡ay triste!
cuando á salir se resuelve,
llega con vos á los brazos,
y tanta fortuna tiene,
que desasido de vos,
de vos, y de mí pudiese,
tomando la calle ¡ay triste!

escapar tan velozmente,
que ni sé de él, ni de aquella
ingrata, tirana, aleve;
ni que debo hacer.

Antonio.

Yo sí.

Felix.

¿Pues qué aguardais?

Antonio.

Mirad, Felix,
la primera instancia, en casos
tan ásperos como este,
del acero es; la segunda,
del consejo: si la muerte
le hubiérades dado anoche,
desempeñarias valiente
el dolor, mas no el honor,
que es el que ahora os compete
desempeñar; que una cosa
es, que el fracaso me encuentre,
y otra, que le busque yo:
y así, lo que me parece
es, que el dolor tolerado,
en ambas instancias muestre,
que andando restado en una,
andubo en otra prudente.
Fuerza es, que quien es se sepa.
(¡Quién decirselo pudiese! *ap.*
pero fióse de mí,
y fuerza es, que Leonor fuese,
claro está, de él á ampararse.)
Y siendo, como se debe
presumir de su dolor,
en quien nada el lustre pierde;
lo que os toca es colorearlo,

ya lo dije, cuerdamente,
poneros, Felix, de parte
del dolor, y hasta que muestre
el veneno su malicia,
para que mejor recete
su antídoto la cordura,
no hacer novedad; no os eche
nadie menos, ni repare
en voz ni en semblante; aliente
el corazon hácia fuera,
aunque hácia dentro rebiente;
que los estremos de honrado,
tal vez ignorado, advierten,
y si aprovechan algunos,
dañan infinitas veces.
¿Qué hiciérades sin dolor
á estas horas?

Felix.

Me parece,
que de Angela la calle
pasára, porque tuviese
su jurisdiccion el dia,
hasta que á la noche entre
en otra jurisdiccion
el alma.

Antonio.

Pues aunque os pese
habeis de venir á ella.

Felix.

Porque se vea, que tiene
ganas de sanar mi honor,
ningun remedio desprecie;
vamos, aunque es tan costoso,
como que de amor me acuerde,
y de él me olvide.

Antonio.

No olvida
quien se acuerda de que siente.

ESCENA XIX.

Dichos y don Luis al paño.

Luis.

No me bastaban, fortuna,
las confusiones crueles
de no saber de Leonor,
ni dónde, ni cómo fuese,
¿sino que añadirme quieras
la de que Beatriz pretende
hablarme? ¿qué me querrá?
pero sea lo que fuere,
pues el papel dice, que
seguro en su casa entre;
veré que me manda.

Felix.

Oid,
¿don Luis no es aquel que viene
hácia casa de Beatriz?
y aun en ella me parece
que entra.

Antonio.

¿Qué intentas hacer?

Felix.

¿Qué quereis que hacer intente?
lo que hiciera sin dolor,
al ver que don Luis me ofende.

Antonio.

¿Don Luis os ofende?

Felix.

Sí.

Antonio.

¿Quién, cielos, haberle puede *ap.*
dicho que él es? Ved....

Felix.

Quitad,
pues vuestro consejo es este.
¿Don Luis? ¿Ah don Luis?

Luis.

¿Quién llama?

Felix.

Yo os llamo.

Luis.

¡Ay de mí! ¡don Felix, *ap.*
y demudado el semblante!
¿Si don Antonio le hubiese
dicho, que soy yo el de anoche?

Antonio.

Echada está ya la suerte *ap.*
con todo el resto á una mano.

Luis.

¿Qué mandais?

Felix.

Saber, que tiene
que hacer en aquesa casa,
don Luis, quien, ya que no ofrece
clara palabra, la da
á entender tácitamente
de no entrar en ella.

Antonio.

Menos, *ap.*
que yo presumí, sucede.

Luis.

Bien se vé, que don Antonio *ap.*
no le ha dicho que yo fuese,
y bien, cuando sobresalta

cualquier vara al delincuente;
y pues lo mas nos mejora,
no lo menos nos arriesgue.
La palabra que á uno dí
cumpliré, el valor se esfuerce,
que si vengo aquí, no vengo
porque ver á Angela piense;
y pues dar satisfacciones
de como un hombre procede
nunca puede ser desaire;
Beatriz me llama por este
papel; á ver á Beatriz
vengo; y pues ella no tiene
que daros pesar, ni yo
porque el decirlo recele;
pues ni el secreto me obliga,
ni el escrúpulo me vence,
tomad el papel, y á Dios.

ESCENA XX.

Dichos, menos don Luis.

Felix.

¿Quién creera, que si tuviese
lugar el corazon, donde
nueva pena se alimente,
se le añadiera esta mas,
de que Beatriz ¡pena fuerte!
á don Luis escriba, y llame.

Antonio.

¿Cómo dice?

Felix.

De esta suerte.
Lee. *Pues podeis, sin que mi tio
os sirva de inconveniente,*

señor don Luis, os suplico
vengais al instante á verme,
que me importa, y os importa.
Don Antonio, aunque deseche
en parte vuestro consejo,
no tengo de hacer en este
lance, con dolor, lo que
sin él hiciera; que deje,
perdonad, de obedeceros.

Antonio.

¿Cómo?

Felix.

Como si yo hubiese
de obrar aquí, como obrára,
entrára donde supiese,
que me ofende con Beatriz,
quien con Angela me ofende;
mas no es bien que nuevo empeño
hoy nuevo escándalo empiece;
que una cosa es, que yo arguya,
que la palabra me quiebre,
y otra, que le informe ¡ay triste!
en duelos, que el duelo aumenten:
vamos de aquí, que no quiero
ningun delirio me fuerce
á errarlo.

Antonio.

Decís bien, vamos.

ESCENA XXI.

Dichos y Roque.

Roque.

¿Es hora de que te encuentre?

Felix.

¿ Qué me quieres ?

Roque.

De Beatriz
en casa dejaron este
papel. *Dásclo.*

Felix.

¿ De Beatriz ? Oid ,
pues nada hay que á vos reserve.
Lee. *Sin que espereis , ni la hora ,*
ni la reja , entrad á verme
al anochecer , pues ya
no es mi tio inconveniente.
Con unas mismas razones ,
poco , ó nada diferentes ,
á mí , y á don Luis escribe ;
con que es forzoso , que cese
aquel primero motivo
de reportarme prudente ,
y vaya á saber , que es esto ,
supuesto que ya anochece.
A Dios quedad. *Vase.*

Antonio.

Id con Dios.
Agora tras los dos entre
á donde intente escondido
estar á lo que sucede :
cumpla yo mi obligacion ,
y venga lo que viniere. *Vase.*

Roque.

Tras ellos es bien tambien ,
que yo por testigo entre ,
y lo que viniere venga.

ESCENA XXII.

SALA EN CASA DE DON ALONSO.

Don Luis, doña Beatriz, y poco despues doña Leonor al paño. (1)

Luis.

A serviros obediente
vengo á ver qué me mandais.

Beatriz.

Pon ahí esa luz, y vete
donde puedas avisarme
si hácia aquí Angela viniere:
vos esperadme á esa parte:
cé, Leonor, cé.

Leonor.

¿Qué me quieres

Beatriz.

Que oigas, y no te descubras.

Leonor.

En todo he de obedecerte.

Luis.

¿Qué prevencion será esta?

Beatriz.

Señor don Luis, cuanto aleve
es el hombre, que á su amigo
en solo el gusto le ofende,
vos lo sabeis; y sabeis
que será en el honor. Este
príncipio asentado, vamos
á que siéndolo don Felix

(1) *Juana pondrá una luz sobre un bufete, y se marcha.*

vuestro, y siéndolo Leonor
mia, á entrambos nos compete
por él, por ella, por mí,
y por vos mismo, que enmiende
el juicio lo que erró amor;
y así, entended, que á ponerme
de parte de la razon
os llamo, y.... Allí anda gente:
en tanto, que quien es miro,
retíraos á ese retrete,
que si es quien sospecho, nada,
ni aun con el tiempo, se pierde;
pues lo que os dijera á vos,
será lo que á él le dijere:
y así, ved que hablo con ambos. (1)

Leonor.

¿Qué enigma, cielos, es este?

ESCENA XXIII.

Dichos y don Felix.

Felix.

Sola está Beatriz: ¿pues cómo, *ap.*
si don Luis llamado viene
de ella, con ella no está?
mas no en discurrir me empeñe,
ni darme por entendido.
Perdona, Beatriz, si á verte,
llamado de tu papel,
no vine tan velozmente,
como quisieran mis ansias.

Luis.

¿Llamado de Beatriz viene

(1) *Escóndese don Luis.*

tambien don Felix? ¿qué es esto?

Leonor.

¿Qué es lo que Beatriz pretende,
que á mi hermano tambien llama?

Felix.

¿Qué mandas, pues, y que quieres?

Beatriz.

¿Perdido el color, la voz
torpe, el labio balbuciente,
á todas partes mirando,
uno dices, y otro sientes?
¿qué miras?

Felix.

Nada.

Beatriz.

¿Qué buscas?

Felix.

No sé.

Beatriz.

Fuerza, es que recele,
si sabe algo de que aquí
Leonor está.

Luis.

El alma teme *ap.*
si es su cuidado pensar
si le engaño, y al no verme
con Beatriz, juzga que estoy
con Angela

Felix.

Porque no eches
de ver en mí, ni un cuidado,
ni otra nueva causa inventes;
no admires, Beatriz, que cuando
el alborozo de verme
llamado de tí, debiera

traerme á tus plantas alegre;
triste me traiga un dolor.
Mi hermana (¡Ah tirana aleve! *ap.*
¿si voy á mentir, qué mucho
que de su traicion me acuerde?)
á un accidente postrada,
queda en manos de la muerte,
y aun muerta para conmigo.

Leonor.

Nada en lo que finge miente,
que es verdad muriendo estoy.

Luis.

¡Qué escucho! (¡cielo, valedme!)
sin duda donde ella fue
á ampararse, y socorrerse,
él la halló, y para matarla
mas á su salvo, accidente
va entablando, que despues
mejor su venganza honeste.

Beatriz.

Mucho de tan gran desgracia
me pesa; pero consuele
saber que de esos achaques
se sana muy facilmente,
si se aplican los remedios
á tiempo, y como uno llegue,
la vereis mejor.

Felix.

No sé.

Beatriz.

Yo sí.

Felix.

¿Cómo?

Beatriz.

De esta suerte.

Hablemos, don Felix, claro,
que aunque es la verdad, don Felix,
que se tratan los achaques
tan penosos, como este,
sin que empacho á quien los dice,
y á quien los escucha cuesten;
con todo eso, cuando caen
en quien mas, que tú, lo siente,
no es desdoro, y antes es
dicha, que doliendo empiecen
los remedios, que hay remedios,
que no sanan, sino duelen.
Males, pues, de amor, y honor
(no el oirlo te avergüence,
que en mí se ha quedado el rayo,
aunque hasta tí el trueno llegue)
son dos males tan contrarios,
que el alma que los padece,
implicándose uno á otro,
á sus mismas ansias muere.
Y son dos males tan uno,
que si á la cura obedecen,
y se convienen, el alma
mejorada convalece.
El remedio del amor,
es considerar, que pende
la inclinacion de un influjo,
que domina, aunque no vence.
El del honor, advertir,
que no hay venganza tan fuerte,
como no tomar venganza
si hay otro fin que lo enmiende.
Con que de parte de amor,
á aquesas plantas, don Felix,
te suplico por Leonor,

que el pasado enojo temples.
Yerros dorados llamaron
á sus yerros, mayormente
cuando caen sobre sugeto,
que si tú elegirle hubieses,
no le eligieras mas noble
en los naturales bienes,
en los bienes de fortuna
mas rico, ilustre, y decente.
Siendo así, ahora de parte
de Leonor otra, y mil veces
á tus pies, Felix, te pido,
que mires, que consideres,
que no hay quien se vengue, como
quedar bien sin que se vengue.
Lo ruidoso de la sangre,
por templado que se cuente,
suena á agravio; pero cuando
se le embaraza el que suene,
por mas que corra ruidoso,
suena queja solamente;
y siendo asi que de amor
y honor las suaves leves
medicinas no te apliques,
y estar mejor te parece
ofendido que quejoso,
y vengado que prudente;
(esto es, que sepa don Luis *ap.*
que otro remedio no tiene:)
la que á tus plantas humilde,
postrada y rendidamente
lloró, heroicamente altiva,
sabrá en tus manos ponerte
á tu enemigo, porque
tras lo lenitivo entre

lo cáustico: fuego, y sangre
cauterizen tus crueles
ansias, y quedes mejor,
cuando con esto lo quedes.
Dentro de mi casa está,
de donde salir no puede;
un caballo de mi tio
en aquella esquina tienes,
prevenidas estas joyas
que para tu fuga lleves,
y esta pistola en mi mano, (1)
para que de tí no piensen,
que ventajoso reñiste,
conque si él te diere muerte
se la daré en tu venganza;
que aun muerto no quiero dejes
de quedar siempre mejor.
Mira á lo que te resuelves,
pero no, no te resuelvas,
sin que yo otra vez te ruegue,
que acudas á lo mejor.
De tu mismo honor te duele
en tí y en Leonor, supuesto,
que cuando muerto le dejes,
y á tu casa vuelvas, ya
podrá ser que á ella no encuentres;
¿pues qué hareis? huir forzados
ella y tú; ¿será bien lleves
tú contigo una desdicha,
y ella otra, cuando puedes
con no publicarla nunca,
mejorarla para siempre?
Yo te he pagado hasta aquí

(1) *Saca una pistola.*

un afecto que me debes,
y aun has de deberme otro;
pues yo te ofrezco, don Felix,
si te restauras tu honor,
desde aqueste instante serte
tercera de Angela, y....

Felix.

Basta,
Beatriz, las lágrimas cesen;
que ellas y la accion te estimo
como debo, y me convencen
tus razones de manera,
que es fuerza que las acete.

Beatriz.

¿Dasme esa palabra?

Felix.

Sí,
siendo como me prometes,
noble.

Beatriz.

Mira si lo es. (1)

Felix.

Aunque pudiera ofenderme
de una amistad ofendida,
son tantos los intereses
que con vos, don Luis, mejora,
que nada hay de que me queje.

Luis.

No sé que respuesta daros,
si no es que los pies os bese
á vos y á Beatriz, á quien
tanto bien mi vida debe.

---

(1) *Saca á don Luis.*

Felix.

Parezca, don Luis, Leonor,
que a vos y á ella juntamente
daré los brazos y el alma.

Luis.

¿Pues como, si tú la tienes
á ese accidente rendida,
que en mí parezca, pretendes?

Felix.

Yo no sé de ella.

Luis.

Tampoco
yo.

Beatriz.

Yo si: bien salir puedes,
Leonor.

Leonor.

Humilde á tus plantas....

Dentro Alonso.

Hoy á mis manos, aleve,
morirás.

Beatriz.

¿Qué voz ¡ay triste!
aquella es?

Todos.

¿Qué ruido es este?

Felix.

Cuchilladas en tu casa
son.

ESCENA XXIV.

Dichos, doña Angela, don Antonio y Roque.

Angela.

¿Sabrán decirme ustedes

qué hay por acá?

Roque.

Don Antonio
y yo, á ver lo que os sucede
estábamos á esa puerta,
cuando un hombre, al sentir gente,
sacó la espada, diciendo....

Dentro Alonso.

Hoy vengaré con tu muerte
los agravios de mi casa.

Beatriz.

Mi tio: ¡desdicha fuerte!

ESCENA XXV.

Dichos, don Alonso con la espada desnuda.

Todos.

Teneos, señor don Alonso,
que aqui ninguno os ofende.

Angela.

¿Tan cerca estaba Sevilla,
que tan aprisa te vuelves?

Alonso.

Todos me ofendeis, y en todos
me he de vengar.

Beatriz.

Señor, tente,
que cuantos están aqui,
á solo servirte atienden.
Leonor, sabiendo que estabas
desde esta mañana ausente,
á vernos vino esta tarde:
su hermano el señor don Felix,
viendo que ya era de noche,
para acompañarla viene

por ella, y esos señores
con él.

Angela.

Miente, señor, miente,
que Leonor no ha estado acá
esta tarde. ¡Que tú pienses,
que has de salirte esta vez
con los engaños que sueles!
que me ha reñido Isabel,
que zelosa no me muestre,
y he de mostrarme zelosa.

Alonso.

¿Zelosa de quien?

Angela.

De este,
el primero, que casarse
conmigo, señor, pretende.

Luis.

¿Si casado con Leonor
estoy, cómo eso ser puede?

Angela.

Pues será de estotro, que
tambien aqui por mí viene.

Felix.

¿Cómo? si yo de Beatriz
soy esposo porque muestre,
que entre ingenio y hermosura,
el que puede elegir, debe,
si para dama la hermosa,
para muger la prudente.

Angela.

Pues ello ha de ser alguno;
ya que no hay otro, sea este.

Antonio.

¿De mí zelosa? ¿de cuando

acá ;

Angela.

De cuando ello fuere.

Alonso.

Caballero, que Leonor
á ver á Beatriz viniese,
Felix por su hermana, y que
se case con Beatriz Felix,
es creer lo que está bien ;
pero no que se sospeche,
que á vos os hallo en mi casa,
y que mi honor no remedie ;
dadle á Angela la mano.

Antonio.

¿Yo?

Felix.

¿Qué mal estaros puede,
si sois pobre y ella rica?

Antonio.

Ahora bien, coma y rebiente ;
echad esa mano acá.

Angela.

Ahora bien, tomad.

Alonso.

Como eche
los escándalos de mí,
mas que bien ó mal se emplee.

Roque.

Con que dirá la comedia,
aunque á don Antonio pese....

Todos.

Que para dama la hermosa,
para muger la prudente.

Cual es mayor perfeccion.

Para probar el autor que la discrecion es mas poderosa que la hermosura imaginó dos caractéres opuestos; el de Beatriz, fea, discreta y entendida, y el de Angela, hermosa, pero necia; formó la intriga presentando á don Felix y á don Luis enamorados de esta, y á doña Beatriz del primero, y distribuyó las situaciones de modo que doña Angela quedase desairada de los dos sugetos que la pretendian, su prima alcanzase la mano de su amante, y don Luis cumpliese á doña Leonor la palabra de esposo que la habia dado antes de conocer á doña Angela. Este asunto es interesante, y está desempeñado con la ingeniosidad propia del poeta. La accion, sin embargo, es menos ingeniosa y no tiene tantos incidentes como otras comedias suyas: los amores de don Luis y doña Leonor estan bien enlazados con el asunto principal y contribuyen al desenlace. Tiene lances y situaciones muy oportunos y verosímiles: veanse particularmente las últimas escenas del primer acto; la VI. y siguientes del segundo y la VII. y VIII. del tercero. No se reparten con profusion en esta comedia, como en otras de Calderon, las estocadas, ni se repiten en cada acto los desafios: el de los dos amigos, don Felix y don Luis, no se verifica por las acertadas y cuerdas reflexiones de don Antonio. La escena en que los reconcilia es una de las mejores de esta pieza; está bien imaginada, y perfectamente desenvuelta y dialogada.

Desde la primera escena conoce el espectador los dos caractéres principales, pintados en pocos versos,

con admirable exactitud, por doña Leonor. De doña Beatriz dice

En mi vida
ví muger mas entendida,
que lo es la Beatriz, testigo
sea con aplauso justo,
en las burlas, el buen gusto;
en las veras, la cordura;
en lo que cuenta, el donaire;
en lo que dice, el cariño;
en lo que viste, el aliño;
y en todo en fin, el buen aire,
tanto, para que concluya,
los méritos de Beatriz,
que me tengo por feliz
solo en ser amiga suya.

La descripcion del carácter de doña Angela, ademas de ser muy propio, tiene una gracia tan fina é ingeniosa en la espresion que encanta.

La hermosura para mí
no es alhaja, mayormente
hermosura solamente,
tan á solas, que no ví
sentidos que mas en calma
digan, hermosa me soy,
y no mas: mil veces voy
á ver donde tiene el alma,
creyendo que es escultura,
y solamente la encuentro
una fantasma que dentro
anda de aquella hermosura. &c.

Don Antonio es un personage agradable y gra-

cioso: no está enamorado, ni lo ha estado nunca, y se burla de las exageraciones de los amantes. Don Pedro Calderon, que agotó su ingenio en la espresion alambicada de estos caractéres en muchas comedias suyas, parece que quiso criticar este defecto por boca de don Antonio. Asi dice en la escena VI. del primer Acto.

De estos hipérboles, llenos
de crepúsculos y albores,
el mundo cansado está:
¿no los dejaremos ya
siquiera por hoy? Señores,
¿que nunca me pase á mí
esto de una muger ver
que sea mas que una muger?
En cierta ocasion me ví
en casa de una señora,
de quien decian que era
el Alba su pordiosera,
y su mendiga la Aurora.
A oscuras quedé algun rato,
y su luz no me alumbró
hasta que en la cuadra entró
un candil de garabato.
Mirad que sol tan civil,
el que arrastrando despojos
no puede hacer que sus ojos
alumbren lo que un candil.

Y mas adelante, hablando de doña Angela.

La cándida beldad leve,
que sierpecilla de nieve,
tigrecito de cristal,

como á negros nos trató
el dia del Angel.

El poeta, sin embargo de haber pintado á don Antonio con un carácter independiente y libre del amor, le casa con doña Angela, á quien no tiene la menor inclinacion. Es verdad que don Alonso, defendiendo el pundonor caballeresco, y escrupuloso de aquel tiempo, no podia permitir que su hija quedase sin marido, y debia sérlo el único hombre que se hallaba soltero, entre los tres que habia sorprendido en su casa. Don Antonio, en quien parecia natural la resistencia, se conforma sin ninguna dificultad, y esto es, á nuestro parecer, un poco violento á pesar de la reflexion que le hace don Felix, mayormente cuando el espectador ignora hasta aquel momento su pobreza. El poeta pudo haberla indicado antes en el curso de la accion, y haber presentado á este personage con alguna inclinacion al interés por su necesidad, al mismo tiempo que indiferente á la hermosura por su carácter. Creemos que el desenlace hubiera sido entonces mas verosimil y natural. La versificacion es fácil y armoniosa, y el estilo menos artificioso, que en la comedia anterior: quizá seria la presente una de las que compuso en su juventud.

INDICE

De las comedias contenidas en este tomo.

	Página.
El Astrólogo fingido	3
Examen.	121
Dar tiempo al tiempo	125
Examen.	274
El Tetrarca de Jerusalen. . .	277
Examen.	411
Cual es mayor perfeccion. . .	418
Examen.	573